



LAS NOTAS DEL DIABLO



Ramón Iglesias Rodríguez

Las notas del diablo

Ramón Iglesias Rodríguez

© Ramón Iglesias Rodríguez
Diseño de portada: Sara García
Corrección de estilo y revisión: Adoración Pérez Ferrer

© Bebookness, 2017

www.bebookness.com

ISBN: 9788417073343

Todos los derechos reservados y el contenido es responsabilidad única del autor.



Bebookness

Índice

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

A mi familia.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas, compañeros y amigos que me apoyaron y animaron para escribir este libro.

Agradecer a mi compañera de trabajo, Sandra, que desde el principio me dio ánimos, algunos consejos, apoyo y ayuda en el boceto para el diseño de la portada. Mi gratitud, también, para mis primos por sus primeros comentarios, correcciones y apoyo.

Y, por último, un especial agradecimiento a mis hermanos, Antonio y Victoria, a mi cuñada Encarna, cuñado Juan y a mi sobrino David que, desde que les expliqué este proyecto, me animaron a crearlo; y agradecer especialmente, por su gran apoyo, a mis padres que se ilusionaron igual que yo en este libro.

CAPÍTULO 1

Barcelona, Febrero de 2016.

Es una mañana fría de invierno. El cielo muestra un tono grisáceo, debido al cúmulo de nubes acechando tormenta y a la abundante contaminación de la ciudad.

Las calles están repletas de gente, como es habitual en el centro de una ciudad cosmopolita; los hay paseando, trabajadores que se dirigen a su puesto de trabajo, turistas haciendo fotografías y algunas personas pidiendo limosna en cualquier esquina o puerta de una tienda.

Entre la multitud se encuentra Julia Arnal, que se dirige a coger su automóvil, aparcado en una de las zonas verdes de la ciudad. Julia es una joven de 30 años, con un cuerpo delgado y de mediana estatura. La morena melena se mueve al compás de sus pasos y por las ráfagas de viento, cosa que le molesta, y no para de repeinársela una y otra vez.

La joven trabaja en el Departamento de Investigación y Criminología de los mozos de escuadra, policía autonómica de Catalunya. Mientras camina hacia el coche, mira en su *smartphone* las últimas noticias, ojea las redes sociales y repasa el correo electrónico. En unos minutos llega hasta su vehículo, lo abre y se acomoda en el asiento. Antes de girar la llave de contacto, se coloca el cinturón de seguridad y enciende la radio para escuchar música. Hecho lo cual, sale del aparcamiento enfilando la calle con destino a Sabadell.

Sabadell, media hora más tarde.

Pasada media hora, que es el tiempo necesario que separa su domicilio de la comisaría, llega al edificio de la Jefatura Superior, un complejo gigantesco de diseño moderno, que consta de cuatro edificios formando un rectángulo, en cuyo interior hay una zona ajardinada. En la periferia del complejo se puede observar un helipuerto y diversas zonas de aparcamiento.

Su despacho se encuentra en el primer piso del edificio principal. Tras pasar por la entrada de seguridad del complejo y aparcar su vehículo en la zona reservada para el cuerpo policial, entra en el edificio. A escasos metros hay un arco de seguridad; deja sus pertenencias en una bandeja que se introduce en la máquina de rayos X. Una vez pasada la seguridad de la entrada, se dirige al ascensor que se encuentra a la derecha del vestíbulo de entrada; en él, se pueden observar diferentes puertas con letreros, en los que se puede leer "*Despacho 1*", "*Despacho 2*", "*Servicios*"... y presidiendo este vestíbulo, una gran ventanilla de información.

Julia llega a la primera planta, una superficie cuadrada donde se observan diversas puertas, correspondientes a los diversos departamentos del cuerpo, WC y almacén, entre otras dependencias. La suya es la primera de la derecha junto a la escalera, en la que hay un pequeño rótulo que dice "*Departamento de Investigación y Criminología*", y justo debajo se lee: "*Srta. Julia Arnal*".

Saca la llave del bolso y abre la puerta de la oficina, una estancia amplia donde predominan los blancos y negros, todo de un diseño moderno y minimalista. En una de las esquinas, se puede ver una máquina de café; al fondo del despacho, se encuentra una gran mesa con dos sillas, todo en color blanco; en la mesa, reposan papeles, un ordenador, teléfono y varios lapiceros; justo al lado, se encuentra un perchero de color negro.

Preside la oficina un gran cuadro, donde se observa una vista de Barcelona con la torre *Agbar*, símbolo de modernidad de la ciudad. Por toda la estancia hay repartidas estanterías llenas de archivadores y libros.

Julia entra en su despacho, saca el teléfono del bolso y lo deja encima de la mesa; cuelga el bolso en el perchero y se quita la chaqueta para colgarla junto al bolso. Se sienta y enciende el PC. Comienza a repasar email y documentos de los últimos casos abiertos, a la espera de la llegada de su compañero.

Ella es una de las máximas responsables del departamento. El equipo lo forman varias personas; la mayoría, policías especializados en su sección, como la de archivo, análisis fotográfico, documentación y policía científica, entre otras. Todas ellas forman el departamento que dirige Julia junto a otro compañero.

Al despacho de al lado ha llegado su compañero David Coch, un hombre de 35 años, de complexión atlética, moreno de piel y cabello corto. Hoy ha

empezado un poco más temprano que de costumbre, porque tiene varios casos abiertos, bastante complejos, y debe preparar la documentación para la reunión que tendrá con Julia en escasos minutos.

Él y Julia forman equipo muy a menudo; mientras ella se encarga del estudio de las pistas y de la documentación de todos los casos que le llegan, él se encarga de la redacción de los documentos y de concertar las entrevistas, declaraciones con las víctimas o testigos de los casos y, conjuntamente, visitan el lugar de los hechos para su examen.

Pasados unos minutos, llaman a la puerta:

—¡Adelante! —exclama David.

En ese momento, entra Julia.

—¡Hola, David! Como no venías, he decidido venir yo —dice su compañera.

—Te has adelantado, en unos minutos iba yo a tu despacho —contesta él, con voz ronca.

—Te traigo los documentos de los dos últimos casos que ya se han cerrado, para que lo envíes al archivo. ¿Y esa voz tan ronca?, ¿una noche de fiesta? —añade ella.

David es una persona bastante seria y responsable en su trabajo, tiene un carácter abierto y lleva una vida social muy movida por su condición de soltero. No es la primera vez que llega con voz ronca a trabajar, después de pasar una noche de fiesta; pero, a pesar de ello, nunca ha tenido problemas en su trabajo.

—Bueno... sí. Salí un poco anoche —dice él, sonriendo.

—¡Venga, va! Vamos a tomar un café y luego nos ponemos con el trabajo —anima ella, con una pequeña sonrisa, añadiendo—: a ver si cambias esa voz.

—¡Perfecto! Lo necesito, señorita casera —dice David, con un pequeño hilo de voz.

Julia suelta una breve sonrisa. A pesar de su juventud y siendo también soltera, es bastante tímida y prefiere estar tranquila en casa, pasando el tiempo con una de sus grandes aficiones, la lectura, que salir de fiesta. Si sale alguna noche, rara es la vez que llega más tarde de las 3 de la madrugada.

—Hoy te invito yo —dice David, forzando la voz para ser escuchado con claridad.

David sale detrás de su compañera, cierra la puerta del despacho y cogen el ascensor para ir a la planta baja que es donde se encuentra la cafetería de la comisaría.

CAPÍTULO 2

Terrassa, Febrero de 2016.

En el parque de Sant Jordi de Terrassa, hay más afluencia de gente que lo normal para estas fechas. Son las 21h de un día fresco de Febrero. La gente ha salido de su casa para pasear, escuchar o simplemente observar el ambiente que hay en el lugar, especialmente, en el anfiteatro del parque.

En el lugar, se está celebrando un concierto de música *heavy* metal, con el grupo local "*The Metals*". El anfiteatro es un pequeño recinto abierto, con forma típica de los anfiteatros de la antigua Roma. En él se celebran conciertos y obras teatrales de pequeño formato, al que pueden asistir unas 250 personas, entre sentadas y de pie. El concierto que se está celebrando ha hecho lleno total.

El teatro está ubicado en uno de los lados del gran parque, donde también hay una amplia zona arbolada, jardines, parque infantil y un edificio municipal de diseño modernista.

En el evento, los asistentes están eufóricos; este género de música no tiene muchos seguidores, pero sí los suficientes para llenar pequeños o medianos espacios. Entre el público, se puede observar personas generalmente jóvenes o de mediana edad, vestidos con tejanos ajustados, camisetas negras y chaquetas de cuero, todas con diseños referentes al diablo, sin dejar de lado las melenas largas de la mayoría de los asistentes. También se ven chicas que no tienen vergüenza en subirse la camiseta y mostrar sus pechos al público o al mismo líder de la banda, si la chica se encuentra cerca del escenario.

En el exterior del anfiteatro, se ven personas que están sentadas en alguno de los numerosos bancos que hay, gente paseando de todas las edades que, posiblemente, no les gusta ese género musical ni el ambiente, pero sí les despierta curiosidad.

En el pequeño escenario, la banda está disfrutando del espectáculo que está ofreciendo con su líder y vocalista a la guitarra, Víctor Ballester. Todo el

grupo viste de negro sus particulares camisetas con símbolos satánicos y las características cabelleras largas. Víctor, a diferencia de sus compañeros, lleva una larga gabardina oscura encima. Él es una persona bastante alta, de 35 años, delgado, con una mirada seria y penetrante que, junto a su blanca piel, le da un toque terrorífico.

Después de hora y media de concierto, la banda se dispone a interpretar la última pieza de su repertorio. Para ello, eligen una canción muy conocida para su público e inédita para el grupo, ya que es la primera vez que la interpretan: es "*Harvester of Sorrow*". Esta pieza es una adaptación para ellos de la original que interpreta siempre el grupo Metálica. Empieza la canción y el público estalla en una gran ovación, a la vez que comienzan a dar saltos como si estuvieran bajo los efectos de una droga y alcohol. Mueven sus cabezas, arriba y abajo, e imitan a Víctor como si tuvieran una guitarra imaginaria, y no falta la chica que muestra sus pechos y el torso a todos, efecto de la misma euforia.

Pasan escasos cinco minutos y la canción llega a su fin con un gran acorde disonante, el estruendo de la batería y un gran juego de luces. El público estalla en un gran aplauso que dura varios minutos. Sin avisar, la banda repite la última estrofa de la canción, a modo de agradecimiento por los aplausos recibidos. Se acabó el concierto, el público asistente sigue aplaudiendo, mientras los integrantes de la banda se despiden y abandonan el escenario para dirigirse al *backstage*. El último, Víctor, dice unas palabras de agradecimiento y despedida, desaparece del escenario y se encienden todas las luces del teatro y exteriores del recinto. El público comienza a abandonar el teatro y se esparce por el parque.

Ya dentro del *backstage*, los músicos descansan, beben agua, refrescos, cervezas y comienzan a comentar cómo ha ido el concierto. Víctor se muestra cansado, está callado; al poco rato, se levanta de la silla, coge su guitarra y se dirige a la puerta para marcharse; en ese momento, sus compañeros se despiden de él.

—¡Buenas noches, Víctor! —dice Pol, compañero y amigo de Víctor.

Víctor se gira lentamente, con la mirada fija pero perdida, sus ojos muestran el cansancio.

—¿Te pasa algo, Víctor? —le pregunta Pol, al verlo raro.

Víctor hace una negación con la cabeza y sale del *backstage*, desapareciendo entre los árboles del parque. Los compañeros se quedan algo extrañados por su rara actitud, pero no le dan la mínima importancia, justificándola por el cansancio. "*Descansa, Víctor. Mañana será otro día*", piensa su amigo Pol.

CAPÍTULO 3

Sabadell, Febrero de 2016.

Después de una tranquila jornada laboral, Julia y David salen de la Jefatura para dirigirse a sus casas. Hoy, tienen los coches cerca de la puerta. Mientras caminan hacia ellos, David le propone a su compañera ir a cenar a un restaurante de la ciudad.

—¿Qué te parece si vamos a cenar por aquí? Seguro que en el centro hay algún restaurante para comer algo y estar tranquilos —comenta David.

—¡Bien! Me parece perfecto —contesta su compañera, sonriendo—. No conozco mucho esta ciudad, pero seguro que en el centro habrá algún sitio que esté bien para cenar —añade.

—¿Vamos en un coche o cada uno el suyo? —pregunta David.

—Vamos en el mío y, después, te traigo aquí.

—Vale, Julia. Ningún problema —dice su compañero, sonriente.

Se dirigen al coche de Julia, que lo tiene a escasos metros, entran en el vehículo y se dirigen hacia la puerta de salida del complejo. Al salir, Julia introduce una tarjeta en una máquina y, seguidamente, se abre la barrera de seguridad. Reanuda la marcha, despidiéndose del guardia de seguridad que se encuentra en la caseta.

El coche coge vía arriba, en dirección Sabadell centro. Durante el trayecto, Julia está concentrada en la conducción, apenas habla para no distraerse.

—¿Qué tal te va todo? —pregunta su compañero, rompiendo el silencio.

—Bien, te lo puedes imaginar, una chica soltera y tímida poco hace —contesta ella, sin quitar la vista de la carretera.

—¿Trabajo, casa, casa y trabajo? —pregunta su compañero—. Así no te va a salir pareja —añade él.

—Bueno... tampoco es eso, tengo mis libros, mi música, no me aburro y tampoco necesito hombres para pasarlo bien —contesta ella, girando un poco la cabeza.

—Pero no todo es lectura y música, hay más cosas con las que disfrutar de la vida —responde David, con una sonrisa.

—¡Lo sé! —exclama ella—. Esas cosas que tú dices no hace falta buscarlas, las chicas lo tenemos más fácil —seguidamente, suelta una risa—. Tampoco soy una mosquita muerta. También disfruto de esas otras cosas, pero no son las imprescindibles.

David se queda pensativo.

—No sé... creo que voy a tener que proponerte salir un día de fiesta conmigo y presentarte algunos amigos que tengo, seguro que los enamoras —añade él.

—¿Yo de marcha contigo? —Julia suelta una carcajada—. ¡No! Seguro que me llevas a uno de esos antros a los que vas con tus amigos, donde solo hay tíos buenos y chulos que piensan que toda mujer babea por ellos. ¡No me gustan esa clase de tíos!

—¡Vaya! Me lo vas a poner difícil —dice, mientras se le dibuja una sonrisa.

—¿Y tú, chaval? —pregunta ella—, eres el soltero de oro de la comisaría.

David se queda mirándola, callado, pensando qué contestarle.

—Bueno, creo que ya estamos en el centro de la ciudad —dice su compañero para cambiar de tema—. Si quieres puedes aparcar donde puedas y buscamos algún sitio para cenar.

Julia aparca en la misma calle por la que accedió al barrio, justo delante del parque de Catalunya, uno de los más grandes de la ciudad. En él puede verse una gran lago artificial con cisnes, paseos por una zona ajardinada y arbolada con zona de picnic, un parque infantil, un anfiteatro y un carril bici que transcurre por todo el parque. Son poco más de las 20h de la tarde.

—¿Qué tal si tomamos algo antes de ir a cenar? —pregunta Julia a su compañero, ya fuera del vehículo—. Así me explicas un poco de tu vida, soltero de oro —añade ella, con una amplia sonrisa.

—Por mí, perfecto —contesta David.

Entran en un bar y se sientan a una de las mesas que se encuentran en el fondo del local, uno delante del otro.

—Vas preciosa —dice David, sonriendo.

Julia, como de costumbre, viste de una manera informal, pero elegante. Ese día, se ha puesto un pantalón tejano negro, ajustado, una camisa de color verde pistacho claro y una chaqueta en color beige que, en conjunto, le hace una figura espectacular. Su compañero lleva unos tejanos negros, una camisa negra, con unas pequeñas rayas blancas, muy finas, y una americana negra.

—¿Qué, ¿me estas tirando los tejos?! —dice una sonriente Julia.

—¿Y por qué no? —contesta su compañero y se sonríe.

En ese momento, se acerca un camarero.

—¿Qué desean?

—Dos cervezas —contesta rápidamente Julia.

—¿Pero, si tienes que conducir! —advierte su compañero.

—No te preocupes, después no bebo —contesta ella.

Los dos llevan trabajando juntos varios años. Él llegó de una comisaría de Barcelona, lo ascendieron para el Departamento de Investigación. Julia ya llevaba años en la Jefatura de Sabadell. Desde que le asignaron a David, hacen una de las parejas más eficientes de la comisaría.

—¡Venga! —exclama Julia— Explícame algo de tu movida vida —añade ella, sonriendo.

—Pues... aunque no lo parezca, llevo una vida más tranquila de lo que te figuras; salgo menos que antes y también tengo libros y música con los que paso horas.

—Pues no lo parece —comenta ella, algo sorprendida.

—No tengo suerte con las chicas —dice él, algo serio—. Solo me aparecen mujeres para tener sexo. A veces, sí que apetece, pero tengo una edad y deseo estabilizar mi vida —dice David, mirándole a los ojos.

Él no quiere seguir siendo ese chico que salía casi cada noche de fiesta a pasarlo bien. Ahora, con un trabajo bastante estable, solo piensa en asentar su vida con una mujer y formar esa familia que siempre soñó tener.

Julia lo mira con una expresión entrañable, escuchando lo que comenta su compañero. Ahora, lo ve como una persona con la que podría intentar una relación o una buena amistad fuera del trabajo.

—¡No me lo puedo creer! Un hombre tan atractivo y que no tengas novia —responde ella, seria.

—Te lo puedes creer, Julia. Quiero estabilizar mi vida y formar una familia. Me encantan los niños —dice su compañero.

A David siempre le han gustado los niños. Solo tiene un sobrino y lo ha pasado bomba cuando era pequeño y aún, con 22 años, el joven sigue con una buena relación con su tío preferido. David siempre comenta cuando sale el tema, que le gustaría, si por él fuera, tener un equipo de fútbol formado por sus hijos.

Mientras siguen conversando y beben sus cervezas, en el exterior se puede escuchar el bullicio de la gente que todavía está en el parque o paseando por la calle. La noche se presenta algo más cálida de lo normal e invita a dar un paseo.

Pasa un rato y deciden ir a cenar. Eligen un bar-coctelería, con vistas al parque, que se encuentra a escasos metros de donde están. Una vez pagadas las cervezas, salen del local y se dirigen allí. Entran y se sientan a una mesa bien situada.

Sacan sus móviles y los colocan encima de la mesa. Esta semana tienen guardia, por lo que deben estar disponibles y localizables las 24 horas.

Se les acerca un camarero.

—¿Qué desean los señores? —pregunta el joven.

—Unos canelones de espinacas y un solomillo de ternera —comienza Julia a pedir, sin pensarlo demasiado.

—Para mí, lo mismo —añade su compañero.

—¡Qué copión! —dice Julia, sonriendo—. Para beber, agua para los dos.

El camarero da las gracias y se va con el pedido.

—¿Agua? —pregunta extrañado David.

—Sí, que no quiero aguantar a un borrachillo —dice, riéndose.

—¡Qué graciosa! —sonríe él

Pasados unos 15 minutos, llega el camarero con los dos primeros platos. Son obras de arte, nadie diría que en esos platos van unos simples canelones rellenos de espinacas. Parece un plato sacado de las manos del mejor chef del país.

—¡Qué aproveche! —dice Julia.

—¡Gracias, igualmente, compañera!

Comienzan a cenar y, en ese mismo instante, suena el móvil de Julia. Se sobresalta, lee la pantalla: "llamada entrante. Jefatura". Julia levanta la mirada hacia su compañero que la mira con sorpresa. "*Demasiado tranquilo ha ido el día*", piensa ella, mirándole a los ojos.

CAPÍTULO 4

Terrassa, Febrero de 2016.

Alex descansa de la euforia que tenía durante el concierto de música heavy. Ha pasado una hora desde el final del espectáculo y la joven ha decidido descansar en el parque de Vallparadís, que se encuentra a poco menos de media hora del parque de Sant Jordi. Es un gran espacio verde en pleno pulmón de la ciudad, con numerosas especies de árboles y vegetación.

La joven se sienta en uno de los numerosos bancos con los que cuenta el parque, antes de llegar a su casa. Por el lugar pasan personas todavía eufóricas por el concierto; otras, se acomodan en alguno de los bancos, dando rienda suelta a la pasión.

Alex es una chica hermosa de 25 años, con una estatura alta, cabello corto de estilo moderno y una complexión espectacular. Es la típica chica con la que todo hombre desearía relacionarse. Su hermosa figura no contrasta con la de los demás asistentes al concierto; su vestimenta es toda negra, con la diferencia de que sus pantalones no son del todo ajustados y en su camiseta no reza nada referente al diablo, tan solo una frase que dice: "Vive la vida".

Durante los minutos que está sentada en el banco, mientras observa la luna y siente la brisa por su cara, no es rara la vez que pasa un chico para tirarle los tejos, algún piropo o tan solo para invitarle a una copa y acabar la noche con una apasionada relación sexual.

Van pasando los minutos, cada vez hay menos gente y los que se encuentran cerca de ella se marchan para sus casas. No pasa mucho tiempo y Alex se queda sola en el parque, tan solo se escuchan los movimientos de las hojas de los árboles moverse con la brisa. La chica, con la mirada fija en la luna, recuerda momentos del concierto y del pasado. ¡Cuántas veces ha soñado con iniciar una buena amistad y de ahí pasar a un bonito romance! Pero ese sueño no se le ha cumplido todavía. Tan solo le salen amigos para una noche, y no es eso lo que desea.

El ruido de unos pasos sobre el crujir de las hojas caídas la despiertan; se había quedado traspuesta. Mira hacia los lados y, por el derecho, observa que se le acerca una persona alta y delgada. La escasa luz no le permite ver claramente quién es, si hombre o mujer. Su corazón comienza a acelerarse por el miedo, al ver que esa persona se dirige hacia ella. Se levanta del banco y comienza a caminar en sentido contrario, para alejarse de esa persona.

Mientras camina se gira y ve que la persona se dirige hacia ella más rápidamente, y es cuando observa que parece un hombre. Lleva una chaqueta larga y es bastante alto. Alex comienza a aligerar el paso y al ver que ese hombre comienza a correr, ella hace lo mismo, a la vez que comienza a gritar para llamar la atención de alguien. Pasan varios minutos y Alex tropieza con una piedra que sobresale del suelo y cae estirada al suelo; el hombre aprovecha y se lanza sobre ella.

El extraño hombre le tapa la boca, la coge y la lleva detrás de un edificio, donde hay abundante vegetación y es imposible ser visto a esas horas. Le ata las manos con un pañuelo y la tira al suelo. Ella intenta separar las manos pero es inútil, no tiene fuerza ante esa persona y ni siquiera puede verle la cara.

El hombre le baja como puede los pantalones y le separa las piernas a la fuerza. Seguidamente, se baja los suyos, se tumba sobre su espalda y comienza a abusar de ella sexualmente. Alex empieza a moverse para poder separarse del hombre y él, viendo su resistencia, coge una piedra de un considerable tamaño y le da un fuerte golpe en la cabeza, para inmovilizarla.

La chica deja de moverse y él continua con el abuso hasta el final. Se levanta, se sube los pantalones, observa el cuerpo de la joven y, sin decir nada, gira y se aleja a paso lento, perdiéndose en la oscuridad.

Pasan varias horas y el cuerpo de la joven yace inerte en el suelo. En ese momento, pasa un joven que se dispone a orinar en un rincón y se sobresalta al ver a la chica tirada y sin movimiento. Se acerca y la mueve para ver si ella reacciona. Al ver que sigue inmóvil, llama a los mozos de escuadra.

—Comisaría de los mozos de escuadra, ¿qué desea? —dice una voz grave.

—¡Hola! Acabo de encontrar una chica en el parque de Vallparadís, tiene el cuerpo semidesnudo y no se mueve —dice el joven, con voz nerviosa.

—¿Su nombre?

—Antonio.

—¿En qué zona del parque se encuentra?

—A la altura del hospital, casi delante.

—¿Y me dice que la chica está semidesnuda y no se mueve?

—Sí, lleva como un pañuelo en la boca y tiene sangre en la cabeza.

—Muchas gracias, señor. Ahora mismo se dirige hacia el lugar una patrulla y la ambulancia. Espérese hasta que lleguen.

—¡Sí, rápido, por favor!

El chico está nervioso, no sabe qué hacer, si tocarla para saber si está muerta o tan solo inconsciente. Comienza a caminar de un lado a otro. En la zona no hay ni pasa nadie. Son más de las 23h y ni siquiera una persona hay para pedir ayuda o tan solo no verse solo en la situación.

Se aleja unos metros para ver si llega alguien, pero no hay nadie, solo algún coche que pasa rápidamente, sin dar tiempo a que escuche su grito. Vuelve al lugar, se sienta en el suelo cerca de la chica y saca un cigarrillo, a la espera de los mozos de escuadra y la ambulancia.

Terrassa, minutos antes.

—¿Quién es? —pregunta David a su compañera.

—Llaman de la Jefatura, demasiado tranquilo ha ido el día.

Julia responde a la llamada.

—Julia, debéis ir urgentemente al parque de Vallparadís de Terrassa. A la altura del hospital ha aparecido una chica con signos de violación y posiblemente está inconsciente. Para la zona ya va en camino una patrulla y la ambulancia.

—A la orden, vamos para allá. *Ciao.*

—Adiós.

En ese momento, dejan de cenar.

—Creo que la cena se va tener que quedar aquí, y lo malo es que se tiene que pagar —añade David.

—¡Camarero, traiga la cuenta por favor!

El camarero se acerca a la mesa algo preocupado y extrañado.

—¿No ha sido de su agrado el plato? —pregunta el camarero.

—Sí, tranquilo. Es que debemos irnos... somos mozos de escuadra y tenemos una urgencia —le comenta Julia.

—¡Vaya, lo siento! Esperen unos segundo y ahora vengo.

El chico se marcha hacia la cocina, pasan unos minutos y vuelve.

—Me comenta el jefe que no paguen la cena, apenas han comido.

—Dé las gracias de nuestra parte a su jefe —le dice David—. No nos quedaremos con las ganas de probar sus platos. ¡Hasta la vuelta!

David y Julia se dirigen a la salida del restaurante. Una vez fuera, aligeran el paso hacia el coche que tienen a unos metros. Llegan a él y Julia se pone al volante, saca una sirena y la coloca sobre el techo, la acciona y salen del aparcamiento rápido, en dirección Terrassa.

En el trayecto, apenas hablan. Julia es poco habladora y cuando va de urgencia se concentra en la conducción, y más, cuando va a gran velocidad.

—¡Vaya! —exclama David—. Yo que quería estar tranquilo contigo, mi mejor compañera.

Julia suelta una risa.

—No me lo creo, seguro que tienes muchas más compañeras mejores que yo.

—Pues te lo puedes creer. En la comisaría, no hay nadie mejor que tú; cada día lo demuestras.

Julia se gira hacia él.

—¡Cuidado! —dice David, viendo que se pasa la salida de la autopista.

En ese momento, el vehículo sale apresuradamente de la autopista, para dirigirse al centro de Terrassa.

—Perdona, tenía la cabeza en otro sitio —se disculpa Julia.

Terrassa

Solo pasan unos veinte minutos y llegan al centro de Terrassa. Continúan la marcha por sus calles en busca del parque. A lo lejos, Julia observa una señal que indica "Hospital Universitario Mutua de Terrassa". Dirige la marcha hacia donde indica la señal y, en apenas unos metros, ve las sirenas del coche de los mozos de escuadra y la ambulancia.

—Allí es —dice.

Se dirigen hacia ellos y, llegando a la zona, aparcan justo al lado de donde se encuentran sus compañeros que, justo en ese momento, se bajaban de los coches. Julia abre la guantera y coge unos guantes de látex para ella y su compañero, una linterna y lo necesario para una primera investigación policial.

—Buenas noches —dice Julia a los policías que se encontraban en la zona.

—Hola, Julia. Ya nos han informado de vuestra llegada. El cuerpo de la chica está unos metros más adelante, justo bajando esa escalera.

—¡Perfecto, muchas gracias!

Julia y David se dirigen hacia la escalera. Mientras bajan se ponen los guantes y David enciende la linterna, al observar la deficiente iluminación del lugar.

CAPÍTULO 5

Terrassa, Febrero de 2016.

El edificio es una construcción antigua de cuatro pisos, en el barrio centro de la ciudad de Terrassa y se encuentra a pocos metros del parque de Vallparadís.

Víctor entra en el edificio; la entrada es pequeña, tan solo se ve una escalera estrecha a escasos metros, justo delante de la puerta y, en la pared de la derecha, están colgados los buzones de los vecinos. Al ser un edificio antiguo no tiene ascensor y Víctor tiene que subir hasta el tercer piso, que es donde se encuentra su casa.

Llega cansado por la subida; abre la puerta de su casa. La vivienda tiene poco más de 75 metros cuadrados, con un largo pasillo, desde donde se accede a dos habitaciones; una de ellas, el estudio de Víctor, el lavabo, la cocina y termina en un espacioso comedor con una gran ventana. La decoración del piso es sencilla; paredes de color crema en toda la casa y tan solo un par de cuadros que se encuentran en el comedor, en los que se puede observar a un conocido grupo musical *heavy*, y otro de un dibujo abstracto, lleno de colorido. En el mismo comedor, se puede ver una mesa mediana con cuatro sillas, de un color madera claro, un sillón biplaza, un mueble y una mesa para la televisión, todo del mismo color que la mesa y las sillas.

En la estancia hay un desorden general; papeles sobre la mesa, ropa en el sillón y objetos inútiles sobre el mueble.

Son pasadas las doce de la noche. Víctor deja su chaqueta sobre el sillón, va hacia la cocina y abre la nevera, coge un trozo de queso, pan y una cerveza. Víctor suele cenar muy poco, le da más importancia al desayuno y comida que a la cena; por eso, es habitual que cene muy poca cosa o no cene.

Va al comedor llevando las tres cosas con cuidado, para que no caigan; las coloca sobre la mesa y enciende la televisión con el mando que se encontraba

sobre la mesa. Mientras cena, en un canal local emiten las noticias y una preciosa presentadora comienza a dar una noticia de última hora.

"Noticia de última hora. Aparece en el parque de Vallparadís el cadáver de una joven con varios signos de violencia y con un fuerte golpe en la cabeza. Según los mozos de escuadra, se trata de una chica de entre 25 y 30 años. De momento, el caso está bajo secreto del sumario hasta nuevas investigaciones".

En ese momento, Víctor apaga la televisión, enciende el móvil y pone música tranquila para relajarse, mientras acaba de cenar. Pasada poco más de media hora, apaga el móvil, deja la mesa como está y se va al estudio. El habitáculo es una pequeña habitación, donde solo hay una mesa de ordenador con un portátil sobre ella, una silla, una butaca y una pequeña mesa auxiliar. En el fondo de la sala se observan dos guitarras eléctricas. Se sienta delante del PC y lo enciende, pone el reproductor de música, se coloca unos diminutos auriculares y con la música se queda dormido.

En el parque de Vallparadís.

Julia y David se encuentran delante del cuerpo de la joven. Los sanitarios de la ambulancia han hecho lo posible para reanimarla, pero ha sido inútil por la pérdida de sangre y la dificultad para respirar, debido al pañuelo que le tapa la boca.

—Muchas gracias —dice Julia al chico que encontró el cuerpo de la joven—. Ahora, mi compañero David te tomará declaración, pero tranquilo que no va a pasar nada —añade, al ver al joven muy nervioso.

David, viendo el estado del joven, le dice que se tranquilice. El chico comienza a darle toda la información que le pide David.

—¡Perfecto! Solo me falta tu número de móvil para poder tenerte localizable para posibles declaraciones —le dice David.

Mientras su compañero toma declaración al chico, Julia se agacha y comienza a observar el cuerpo de la joven. Ve que tiene las manos atadas y la boca totalmente tapada. También observa un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza, por donde sale un poco de sangre. Sigue mirando, ahora por el resto del cuerpo y observa varios hematomas en los brazos; levanta la manta

que los de la ambulancia han colocado para taparla y Julia ve que tiene los pantalones y las bragas bajados hasta las rodillas; observa que tiene algunos rasguños, debido posiblemente al roce con el suelo.

—Ha sido violada —dice Julia, al ver que hay restos de semen cerca de la vagina.

Los chicos de la ambulancia todavía están en el lugar y Julia se dirige a ellos:

—Ya pueden irse. La chica está muerta y ustedes ya no hace falta que sigan aquí. ¡Muchas gracias!

La ambulancia abandonan el lugar. En ese momento, Julia coge el móvil y llama a la Jefatura.

—Hola, Julia —dice una voz plúmbea desde el otro lado del teléfono.

—Hola, Juan. Envíanos al juez de turno para el levantamiento de un cuerpo.

—Ahora mismo.

—Gracias, compañero.

Mientras espera al juez, comienza a hacer fotos al cuerpo de la chica, al tiempo que su compañero ojea los alrededores del cuerpo y de la zona en busca de alguna prueba del autor.

—David, ¿has encontrado alguna prueba o has visto alguna cosa anormal en la zona? —pregunta Julia.

—No, ni una simple colilla. Aquí parece que no ha pasado nada.

—¡Vaya! —exclama ella—. Ya empezamos con las dificultades. Creo que no va a ser un caso fácil.

—Bueno... no te preocupes, todavía es pronto para saber si va a ser fácil o difícil. En cuanto acabemos esto, ¿te apetece una cerveza? —añade él.

—Sí, la necesito.

En ese momento, David observa que por la escalera bajan dos personas.

—Creo que ya está aquí el juez —le comenta a Julia, haciéndole una señal en dirección a la escalera.

Los dos hombres llegan donde están ellos.

—Buenas noches. Soy Jaime, el juez de turno.

—Hola, Jaime. Soy Julia y él es David. Somos del Departamento de Investigaciones de los mozos de escuadra.

El juez redacta el acta, la firma y se la entrega a Julia. Hecho lo cual, con la ayuda del otro hombre, introducen el cuerpo en un saco y lo suben a una camilla.

—Bueno..., ya está —dice Jaime—. Nos la llevamos. En un par de días tendrás los análisis de la autopsia en la comisaría. ¡Muchas gracias y buenas noches!

—¡Perfecto! Muchas gracias —responde Julia.

Mientras el juez y su ayudante se llevan el cuerpo hacia la furgoneta, ante la atenta mirada de Julia y David, éste propone: —Te invito a un *gin-tónico*.

—¡Vale! —dice Julia—. Hoy nos lo hemos ganado.

Suben las escaleras para dirigirse al coche. Llegan hasta él y tras arrancarlo, enfilan la calle arriba, en busca de un bar o licorería.

CAPÍTULO 6

Sabadell, Marzo de 2016.

Ha pasado casi un mes desde que se encontró el cuerpo sin vida de Alex en el parque de Vallparadís. Julia y David tan solo tienen una pista no relevante. Saben el nombre de la chica; el día de su asesinato, acababa de salir de un concierto de música *heavy* y, en ese momento, se dirigía a casa. Es lo contado por su ex novio Manuel.

Para Julia, Manuel era el principal sospechoso, ya que días antes habían discutido, pero los análisis de semen confirmaron que no era él. Descartando al círculo más cercano, la investigación la centran en el grupo de amistades, con la única pista de que le gustaba la música *heavy*.

El día, que ha amanecido espléndido, invita a pasear. En el despacho, Julia sigue centrada en el caso de Alex. Busca en la base de datos a personas fichadas por la policía, que tengan algo que ver en el mundo de la música *heavy*.

Observa la ficha de un hombre que fue detenido por acoso y violencia hace un par de años, a la salida de un concierto. Se le condenó a un año de cárcel, pero tan solo estuvo unos meses por buena conducta y falta de antecedentes policiales.

Julia apunta los datos del hombre en una hoja, para entregárselos a su compañero y poder compararlos con los análisis del agresor de Alex. Se siente apesadumbrada; llevan casi un mes y no tienen ningún dato ni pista importante que lleve al violador; tan solo el análisis de semen. Los demás datos son prácticamente irrelevantes.

Minutos más tarde, desde el Departamento de Análisis, verifican que los datos de la ficha del hombre fichado no coinciden con los del violador, por lo que queda descartado como posible sospechoso. Julia decide después de

descartar al hombre de la ficha, centrar la investigación en su círculo de amigos.

Las amistades de Alex no pasaban de una quincena, y a los que les gustaba la música *heavy*, tan solo eran poco menos de una decena. Según su ex novio, no tenía problemas ni los tuvo en los últimos días con ninguno de ellos.

Julia apoya los codos en la mesa y la cabeza sobre las manos, se acaban las pistas y no encuentra nada. Teme cerrar un caso por faltas de prueba. Es una persona que cuando empieza un caso no lo deja hasta que lo ha solucionado y con éste no va a hacer una excepción. Coge un papel y comienza a escribir:

-*Concierto al que asistió Alex.*

-*Grupos de música heavy.*

-*Conciertos de música heavy.*

Si por falta de pruebas debe descartar al círculo de amistades de la chica, deberá centrarse en el mundo de la música *heavy*, desconocido para ella, centrándose en grupos, eventos y hasta músicos. Encerrada en sus pensamientos, decide salir de la oficina.

Terrassa, en ese momento.

David continúa esperando. El bar está rebosando. Él está en una de las mesas que se encuentra más apartada del bullicio. De fondo, se puede escuchar el murmullo de la gente y el ruido de las tazas al chocar con el culo la barra del bar.

Son las 11 de la mañana y David ha quedado con uno de los amigos de Alex. El chico es uno de los pocos al que le gusta la música *heavy*; intentará sacar la máxima información posible, para desencallar el caso.

Pasados unos minutos se le acerca un chaval.

—Buenos días —dice con voz temblorosa.

—Buenos días. Eres Pedro, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, siéntate, por favor. ¿Quieres un café o algún refresco o cerveza? —le pregunta David para tranquilizarlo.

—Vale, me tomaré un cortado.

David llama al camarero y en un momento se acerca a la mesa.

—Un cortado, por favor.

En unos minutos, el camarero le sirve el cortado al chico y David comienza a hacerle unas preguntas.

—Bueno, Pedro, tranquilo. Solo quiero hacerte unas preguntas sobre el tema de tu amiga Alex.

—Vale, dígame.

—¿Cómo era vuestra relación? —comienza a preguntar David.

—Era buena, no nos veíamos mucho, pero cuando lo hacíamos, hablábamos, nos íbamos de compras o hacíamos un café. Era una relación buena.

—¿No discutíais nunca?

—No, no soy un chico que le guste la discusión, tampoco ella hacía nada por discutir. Teníamos cosas en común, como la música *heavy*. Hablábamos mucho de ello y fuimos más de una vez juntos a algún evento de ese género.

—*Ok*. ¿Sentías algo más que una simple amistad?

—No, no sentía nada especial por ella, tan solo una buena amistad, pero nada más. Creo que ella, por mí, tampoco sentía más allá. Pero siempre hemos congeniado y nunca nos hemos peleado. Las pocas veces que no estábamos de acuerdo, ha sido por tonterías; pero han sido contadas veces.

—¿Estuviste en el concierto al que ella asistió el día de su muerte?

—No.

Al chico se le escapan unas lágrimas.

—Sí que me lo propuso, pero yo no tenía ganas de salir esa noche. Ahora, me arrepiento de ello —continúa explicando el joven, a la vez que se emociona.

David se queda callado para tranquilizar al joven y quitarle un poco de presión.

—¿Estás bien? —pregunta David, al verlo así.

—Sí, estoy bien. Tan solo es que me he alterado; ella no se merecía eso, era una buena chica. La conocía hace varios años.

—Ya acabo, Pedro. ¿Sabes si esa noche le acompañó alguien? —pregunta David.

—No, no me comentó nada.

—Bueno, chico, con esto creo que es suficiente. Me quedo con tu número de móvil por si necesito algún que otro dato. Muchas gracias y tranquilo.

—De nada. ¡Ojalá se resuelva y cojáis al tío que le ha hecho eso. Alex no se lo merecía.

—Eso es lo que deseamos en el departamento que llevamos el caso. ¡Muchas gracias!

El joven abandona el bar con los ojos humedecidos. David lo observa alejarse y piensa que el chico no tiene nada que ver. Lo ha visto muy tranquilo mientras tomaba declaración. Ahora, piensa en su compañera, para saber si ella ha encontrado algo en la base de datos. En caso negativo, la investigación seguiría encallada y el círculo del expediente abierto.

Se levanta de la mesa y tras pagar las consumiciones sale del bar y saca el móvil de su bandolera.

—¿Julia?

—Hola, David. ¿Cómo ha ido?

—Bien, pero no he sacado nada relevante. El chico creo que no tiene nada que ver y no tiene ningún dato que pueda llevarnos al violador. Voy para la oficina, en diez minutos estoy ahí. ¿Me esperas?

—Sí, te espero.

David cuelga la llamada y se encamina hacia el coche, aparcado justo delante del bar. Empieza la marcha hacia la Jefatura, con la esperanza de que Julia haya encontrado algo importante.

CAPÍTULO 7

Terrassa, Marzo de 2016.

Casi un mes después de aquel día, Víctor recuerda ese momento de un modo extraño, con la duda de si fue un sueño o realidad. Lo único que recuerda es su estado en aquel momento; sintió placer a la vez que cansancio y sudor.

Está estirado en la cama y comienza a sonar el despertador, son las 9 de la mañana. Se incorpora y permanece un rato sentado en la cama, mientras sus huesos comienzan a estirarse, a la vez que sus ojos se abren lentamente. Ya despierto del todo, se va hacia la ducha.

En poco más de tres cuartos de hora, sale de la ducha como si se tratara de un hombre nuevo. Antes de salir a la calle, prepara en la cocina un café con leche y unas tostadas; y así, en ese tiempo, se le seca la larga melena. Mientras desayuna, ojea su correo electrónico en el teléfono y repasa la agenda. Esta noche tienen concierto en el pueblo costero de Canet de Mar, dentro de un festival de música *rock* y *heavy*.

Desde el último concierto, Víctor ha estado ensayando con el grupo nuevas piezas para su repertorio y perfeccionando las que tienen; pero, para esta noche, han decidido repetir el repertorio del concierto ofrecido en Terrassa hace apenas un mes, incluyendo la canción estrella. Víctor decide descansar y no tocar la guitarra hasta el momento del concierto, justo antes, para calentar y afinar. Tras desayunar, coge el tazón y lo lleva a la cocina; después, se dirige al dormitorio, una habitación amplia con un gran armario, cama de matrimonio y dos mesitas de noche, todo en color negro. En la habitación entra una estupenda luz, que llega desde el exterior a través del gran ventanal. Se quita el pijama y se viste como de costumbre. Hoy, elige un tejano de color negro, una camiseta del mismo estilo, con símbolos satánicos y se coloca encima una chaqueta de cuero. Se arregla el cabello y sale de casa.

Mientras baja las escaleras para salir a la calle, le vuelven esos recuerdos, con la duda de si es un sueño o realidad.

Sabadell, a la misma hora.

David llega a la Jefatura y se dirige a un aparcamiento que está delante de la puerta principal. Mientras aparca, observa a Julia en la misma puerta ojeando el móvil.

Baja del coche y camina hacia ella.

—¡Julia! —exclama.

—Hola, David. Me has asustado —dice ella, sobresaltada—, me has asustado —insiste.

—Perdona, no era mi intención. ¿Cómo te ha ido la búsqueda?

—No muy bien. Solo tengo un hombre, entre decenas de sospechosos que tengo en la base de datos.

—¡Vaya! Yo tampoco tengo nada convincente. El chico parece no tener relación con la violación y no le veo nada sospechoso. Según me ha dicho, esa noche no estaba con ella. En ningún momento mostró nerviosismo. No creo que mienta.

—¡Uf! —añade Julia, agachando la cabeza—. No va ser fácil.

—Lo intentaremos con el que tenemos fichado e interrogaremos a otro de sus amigos; si no hay pista convincente, habrá de empezar a investigar y vigilar esa clase de eventos. No sé dónde encontrar una pista concluyente.

Julia baja la cabeza.

—¡Bueno, bueno! A casos más difíciles nos hemos enfrentado y hemos cerrado bien —comenta David, para animarla.

Tras la pequeña conversación, suben las escaleras y entran en el despacho de Julia, que le entrega un papel con los datos del próximo hombre a interrogar.

—Ese es el hombre que hay que investigar. Ya he verificado que no ha sido él por las muestras de ADN; pero, posiblemente, haya asistido al concierto y visto algo —dice ella.

—¡Perfecto! Voy a ver si lo localizo.

—Ahora no, tranquilo. ¿Qué te parece si vamos a comer? —pregunta Julia.

—Como gustes. Si quieres, vamos al restaurante en el que no pudimos empezar la cena —añade David, mientras sonríe.

—Me parece fantástico.

En ese momento, Julia se levanta y de forma espontánea, le da un beso en la mejilla a su compañero. Él, sorprendido, le corresponde con otro igual, a la vez que le acaricia la espalda.

—¡Vamos, David!

Coge la chaqueta y el bolso que tiene sobre el sillón de la oficina, mientras su compañero la espera en la puerta.

—Esperemos que nos dejen comer o, al menos, acabar el primer plato —dice David soltando una carcajada.

—¡No seas gafe! —contesta ella, riéndose.

Pasados unos minutos, salen del edificio y se encaminan hacia el monovolumen de David, situado casi delante de la puerta. Suben al vehículo y tras pasar la puerta de seguridad, enfilan la avenida en dirección al centro de la ciudad.

CAPÍTULO 8

Canet de Mar, Marzo de 2016.

Empieza a hacer un poco de fresco en la terraza de la cafetería y Víctor decide pasar adentro. Estaba descansando de un día ajetreado. Desde que se levantó, no ha parado de ir de aquí para allá, papeleos y preparativos para el concierto que la banda tiene en poco más de dos horas.

Decidió salir, acabando de comer, hacia Canet de Mar y, una vez aparcado su coche, cosa bastante difícil en un pueblo de la costa, decidió descansar en una terraza de uno de los muchos bares que se encuentran en la céntrica plaza de la Llenya.

Esta plaza es una de las más conocidas por los vecinos, en la que confluyen varias calles; entre ellas, un gran paseo peatonal que conduce hasta el paseo marítimo y la playa; otra de las calles que salen de la plaza, es en la que se encuentra el Ayuntamiento, un edificio construido a principios del s.XX.

Víctor, al levantarse de la silla, observa la majestuosidad de la casa de Lluís Domènech i Montaner, un edificio de una preciosidad absoluta y se queda ensimismado mirando sus formas, sus adornos. Sale de su breve hipnosis, entra en el local y se sienta a una de las mesas. Saca el teléfono, mientras pide un cortado al camarero. En unos minutos, éste se lo sirve.

—Gracias —dice Víctor, mientras teclea en el móvil la aplicación mapas.

—De nada —responde el camarero.

El concierto de esta noche es en la pista municipal de atletismo. No conoce el pueblo, y para más seguridad y rapidez, busca en el *maps* la situación de la pista. Según el mapa, está tan solo a escasos 12 minutos a pie del lugar. Mira su reloj que marca cerca de las 20h. El concierto es a las 21:30h, por lo que tiene poco más de una hora, sin contar que debe estar un rato antes para prepararse y hacer la prueba de sonido.

Comienza a pensar si va a pie o en coche; en ese rato, el bullicio de la gente, tanto en el bar como en la calle va disminuyendo. Observa que en el local entra una preciosa chica, la mira y se sonríe. Ella ni siquiera se ha fijado, ya que ha entrado en el bar ojeando su móvil, sin mirar quién se encuentra dentro. La chica se sienta a una de las mesas y gira la cabeza hacia Víctor; él, en ese momento, desvía la mirada hacia la calle.

Pasados unos minutos, decide ir caminando, ya que tiene el coche bien aparcado y no sabe si en el lugar habrá sitio para estacionar. Se levanta de la silla y, tras pagar la consumición, sale del bar. Ojea otra vez el *maps* para mirar qué calle ha de coger para dirigirse a la pista. Ve que debe dirigirse por la calle de la izquierda, la misma donde se encuentra su coche aparcado. Se encamina calle arriba y unos metros más adelante llega hasta su coche, abre el maletero, saca su guitarra y vuelve a reanudar la marcha a paso ligero hacia la pista de atletismo.

Mientras camina, mira su correo electrónico, sus perfiles en las diferentes redes sociales y las noticias. Por la calle no ve mucha gente, son casi las 20h, tan solo alguna que otra persona que, a paso ligero o corriendo, deben ir a sus casas después de terminar la jornada laboral. La circulación de automóviles es tranquila; por lo que ve, no es una de las calles más transitadas del pueblo.

—¡Víctor! —grita una persona a lo lejos.

Víctor se gira repentinamente y, a escasos metros, ve a su compañero Pol que había aparcado el coche en la misma calle.

—¡Heiii! —exclama Víctor, al ver a su compañero—. ¿Vas para allá? —pregunta.

—Sí.

—Pues, vamos, que tengo el *maps* y ya sé el camino.

—¡Perfecto! —dice Pol—. ¿Estás bien? —añade—. Desde el concierto de Terrassa estás raro.

Pol conoce a su compañero desde hace años y, según su actitud, sabe si se encuentra bien o mal.

—¡Víctor! —vuelve a exclamar Pol, para llamar la atención de Víctor—. ¿Ves?, estás como ausente.

—Sí, estoy bien. No me pasa nada. ¡Vamos!, que si no llegaremos tarde.

Los dos compañeros aceleran el paso calle arriba hacia la pista, para ofrecer un nuevo concierto y otro éxito a la banda.

CAPÍTULO 9

Sabadell, Marzo de 2016.

—¡Uf! —exclama Julia—. Creo que he comido demasiado.

David suelta una carcajada. Mientras, Julia hace una base de datos sobre el mundo de la música *heavy*; grupos y blogs, entre otros datos.

—Esto está difícil —dice ella—. ¡No sabes la de datos que hay! Es como buscar una aguja en un pajar.

—Lo sé, pero tiene que haber algo que nos dé un poco de luz al caso. Yo buscaré información sobre el concierto al que asistió —añade David.

—Buena idea, compañero. A ver si desde la organización vieron a alguien comportarse de forma extraña o si hubo algún incidente.

En ese momento, David sale del despacho de Julia, despidiéndose con un cariñoso beso, al que ella corresponde de la misma manera.

Son poco más de las 21:00h y Julia termina la base de datos, antes de acabar su jornada laboral. Quiere dejarlo terminado, para tener un punto donde empezar a investigar.

Se levanta y recoge todo el papeleo, lo mete en su bolso y apaga el ordenador. En ese momento, llaman a la puerta.

—¿Sí? —pregunta, sobresaltada.

—Soy David.

—¡Pasa, pasa!

David entra en el despacho.

—Basta por hoy, ¿no?

—Sí, David, creo que por hoy ya está bien.

Julia le lanza una tierna mirada.

—Había pensado... —dice David con una cierta timidez.

—¿El qué?

—... había pensado... ¿si podíamos ir a mi casa a cenar? Pedimos unas pizzas o lo que te apetezca y si quieres vemos una película.

David, aunque es más abierto que su compañera, en las últimas semanas, su actitud hacia ella ha cambiado. Se muestra un poco más tímido, piensa más en ella.

Julia le echa una mirada cariñosa. Ella es mucho más tímida que él. Tan solo tuvo una relación de nueve meses; lo paso muy mal, hasta el punto de cerrarse al amor. Con su compañero, se ha dado cuenta de que ese cierre se está abriendo y cada vez se siente más a gusto a su lado.

—¿Y qué película tienes pensado ver? —pregunta ella, sonriendo.

—No sé. Ya lo discutiremos. ¿Te apetece?

—¡Vale! —exclama ella.

Por un momento, Julia se sonríe y recuerda que, hace cinco años atrás, sonreía de la misma manera, cuando su primer novio la invitó a salir,

—Si quieres vamos en mi coche y luego te traigo hasta aquí. No tengo problema.

—Vale —contesta Julia, poniéndose la chaqueta, mientras él le ayuda sujetando su bolso.

—¡Gracias! —le dice—. ¡Vamos!

Salen del despacho y tras cerrar la puerta bajan las escaleras hacia la salida del edificio. Ella se muestra algo nerviosa, como si se tratara de una primera cita; pero, a la vez, se siente bien y unos pensamientos positivos le hacen sacar una tímida sonrisa. Él se gira, la mira.

—¡Vamos, muchacha! —le dice David, al ver la lentitud de sus pasos, sumida en sus pensamientos.

—Sí, sí.

Salen del edificio hacia el coche, para descansar de la jornada y pasar una noche tranquila.

Canet, a la misma hora.

Víctor y Pol llegan a la pista de atletismo donde se celebrará el concierto. En el escenario, está casi todo preparado; los técnicos haciendo las pruebas de luz; también se pueden ver a algunos de sus compañeros colocándose en el lugar; al batería terminando de ubicar el instrumento para iniciar la prueba de sonido. El escenario es un hervidero de técnicos y músicos.

Pol sube al escenario y saluda al resto de los compañeros. Víctor comienza a desenfundar la guitarra para afinarla y subir para la prueba de sonido.

Faltan tres cuartos de hora para que el concierto comience; la pista casi está llena; solo se observan algunos lugares donde todavía se ve algún hueco, pero que no tardarán en ocuparse. En el centro y a varios metros del escenario, se puede ver una gran mesa donde controlan las luces y el sonido.

Víctor ha terminado de afinar y su compañero Pol lo llama al escenario para la prueba. Él asiente con la cabeza y sube las escaleras de acceso al mismo. Una vez arriba, se dirige a su lugar, se prepara y comienza a tocar algunas notas y melodías que interpretarán. Mientras, desde la mesa de control, van graduando los bajos y los agudos, ante la atenta mirada de Víctor y sus compañeros. Pasados unos minutos, uno de los técnicos alza la mano con el pulgar hacia arriba en señal de *OK*.

Tras la prueba, Víctor deja su guitarra en el lugar, apoyada en un artilugio exclusivo para ello y va hacia el grupo que está reunido hablando sobre el repertorio.

—Y para acabar, tocaremos "*Harvester of Sorrow*". ¿Te parece bien, Víctor? —dice Pol.

—Sí, ningún problema.

Sus compañeros asienten con la cabeza. Faltan poco más de veinte minutos para que comience el evento. El grupo se disuelve; algunos van a sus sitios, para repasar que todo está correcto antes de dirigirse al *backstage* y, otros, se van directamente.

Víctor decide irse al *backstage* para descansar un rato y tomarse una cerveza; su compañero Pol le sigue.

—¿Estás preparado, compañero? —pregunta Pol.

—Sí.

Mientras esperan, Pol le lanza una mirada de complicidad a Víctor.

Ellos se conocen de hace muchos años, mucho antes de formar la banda. Por sus gestos y miradas, mutuamente, saben si les pasa algo o si tienen algún problema.

Desde el concierto de Terrassa, Pol ve a su compañero algo raro, como pensativo. No quiere darle la mínima importancia, justificándolo por el cansancio, pero sabe que algo pasa por la cabeza de su compañero.

—Brindemos—dice Pol a Víctor, tras coger una cerveza y alzarla.

Los dos compañeros brindan, mientras se miran; Pol, pensando en un nuevo éxito del grupo, lo mismo que su compañero Víctor.

CAPÍTULO 10

Canet de Mar, Marzo de 2016.

El concierto ha empezado. Los asistentes están eufóricos, dan saltos, gritan, y solo acaba de empezar el espectáculo.

—Si así empiezan, ¿cómo acabarán? —pregunta Berta a Marc, su novio, mientras observan a su alrededor.

—Pues, imagínatelo —responde él.

En ese momento, el chico se vuelve y le da un cariñoso beso. Ella le corresponde, intentando que se sienta a gusto. Días antes discutieron, porque a él no le acaba de gustar ese género de música; tampoco le gustan las grandes afluencias de público, los bullicios. Si ha venido es por complacer a Berta.

Los dos forman una joven pareja moderna. Llevan poco tiempo juntos y congenian bastante bien. Ella es muy independiente, siempre a hecho lo que ha querido, aun teniendo pareja. Eso ha hecho que nunca acabe bien con ninguna; según dice ella, es lo más normal en una chica de 25 años. Marc es un poco mayor que ella y muy diferente. Sus siete años de diferencia sobre ella, hacen que discutan más a menudo que otras parejas de la misma edad; no le gusta salir demasiado, es más casero, todo lo contrario a Berta.

Hoy, el concierto es en su pueblo y ella no quería perderse este espectáculo. La entrada no era demasiado cara, por lo que decidió comprarla con semanas de antelación, ante el peligro de quedarse sin ninguna. A su pareja no le hacía gracia ir al concierto, ya que no es la clase de música que más le atrae, pero ella ya había comprado las entradas antes de consultárselo. El día que las compró, discutieron, pero al final él accedió, para acabar con la trifulca. Esta noche, aunque se siente bien porque está con ella, desea que finalice.

Hora y media después.

El espectáculo está llegando a su fin. En el transcurso del mismo, la gente estaba extasiada y no han faltado los gritos de los simpatizantes del grupo, saltos de alegría y algún que otro breve altercado, causado por el consumo de drogas y alcohol.

Berta se siente contenta pero, a la vez, irritada por una nueva riña con su pareja. El chico ha querido abandonar el concierto antes de acabar y ella quería quedarse hasta el final. Discutieron y él se fue, dejándola en el lugar.

El concierto acaba con la exitosa "*Harvester of Sorrow*". Berta suelta un eufórico grito. Ha bebido más de lo que acostumbra a hacer, pero se siente bien; tan solo está un poco malhumorada y algo entristecida por la situación con su pareja.

Empiezan a sonar las primeras notas de la canción y una fuerte ovación suena en el recinto. Berta se suma a esa ovación, a la vez que mira al líder del grupo en la pantalla instalada a la derecha, justo al lado del escenario. A través de esa pantalla, se ve a Víctor tocar el *solo* de guitarra de la canción, se observa cómo siente cada una de las notas que interpreta, su mirada fija en el cielo y movimientos de satisfacción o, posiblemente, de placer.

Pasan diez minutos aproximadamente y la canción llega a su fin, con un gran acorde y un gran juego de luces. El público estalla en un gran aplauso y gritos coreando el nombre del grupo. Los músicos del grupo dejan sus instrumentos en su sitio y se acercan al filo del escenario para saludar al público y agradecer la ovación.

—¡Muchas gracias! —dice Pol a los asistentes.

Al lado se encuentra Víctor, con cara cansada y mirada perdida. Tras el saludo del grupo a los asistentes, las luces se encienden y parte del público comienza a salir del recinto, entre aplausos de los que todavía se resisten a irse esperando un bis.

Berta espera unos minutos a que se despeje el recinto antes de salir. Tiene la puerta a unos metros, pero la gran afluencia hace que sea casi imposible salir. No sabe qué hacer cuando salga del recinto, tiene en su mente a Marc. Sabe que cuando llegue a casa, él todavía estará molesto y volverán a discutir y, pensando en la situación, prefiere llamarlo antes de subir a su casa.

En el *backstage*, la banda descansa del concierto que acaba de ofrecer. Pol guarda su instrumento, lo mismo que hace Víctor. Una vez hecho esto, cogen

una cerveza y comienzan a beber. Víctor, mientras bebe su cerveza, oye una voz interior que le dice "*hazlo, hazlo*", como si tuviera al lado a una persona que le está hablando al oído. No entiende el porqué de esa voz y de esas palabras. Tan solo siente la necesidad de salir e irse. Coge la guitarra y sale del *backstage*, mientras sus compañeros hablan sin darse cuenta de que se va.

Víctor está como en estado hipnótico. Su mirada está perdida, tan solo camina a paso ligero sin girar la cabeza ni mirar a su alrededor. Encamina la misma calle que cogió para venir al recinto, para dirigirse hacia su coche y espera llegar lo antes posible.

Por la calle no hay casi gente, solo alguna pareja cogida de la mano o algún grupo de amigos que acaban de salir del concierto y hablan sobre el tema. A lo lejos, Víctor ve a una joven que va a paso más lento y cabizbaja, como si fuera pensativa. Su larga melena rubia se mueve con el viento, cosa que le da un toque sensual, junto a su hermosa figura.

Mientras la observa, a Víctor le viene a la mente cómo sería su futuro con una bonita pareja. Siempre ha estado solo, su infancia no ha sido del todo fácil y cada vez que ve a una pareja feliz se pregunta por qué él no.

Metido en sus pensamientos, vuelve a oír "*hazlo, hazlo*" y siente una fuerte exigencia de sexo, pero no le da la mayor importancia, debido a que no es la primera vez que le pasa; pero esa voz vuelve a repetirle esas palabras y parece ser que tiene que saciar esas ganas antes de volver a su casa.

CAPÍTULO 11

Canet de Mar, Marzo de 2016.

Berta se dirige a casa; apenas hay gente por la calle y camina lentamente por el cansancio. Se siente entre entristecida y un poco enojada. Sabe que su relación no está pasando por el mejor momento; ella y Marc llevan tan solo nueve meses juntos. Los primeros meses fueron muy bien, pero estos últimos, casi siempre acaban discutiendo por culpa de uno u otro.

Ella no soporta que la manejen o dirijan su vida. Siempre ha decidido sus actos y desde que conoció a Marc ha intentado cambiar un poco, pero no lo que a él le gustaría. Ella le recrimina mucho el hecho de que se comporta muy protector con ella; y él, lo único que hace es llamarla por teléfono, porque ese día no la ha visto o no ha sabido dónde está.

Gira su cabeza y ve pasar a una pareja cogida de la mano; ella le besa a él y se juntan en un cariñoso abrazo. Berta los observa, a la vez que se pregunta dónde estará el secreto de la felicidad.

Son pasadas las once de la noche, su casa se encuentra a unos 15 minutos, justo en la carretera nacional y muy cerca del paseo marítimo. Mientras continua caminando, abre su bolso y llama a casa. Espera a que suene varias veces, pero no contesta nadie. "*¿Y Marc?*", se pregunta. "*Me dijo que iría a casa*", piensa. No le da mucha importancia al hecho de que Marc no coja el teléfono; posiblemente, esté en el lavabo o haciendo alguna cosa y no ha escuchado la llamada. Vuelve a mirar a su alrededor y no hay nadie. A lo lejos, ve caminando un poco más ligero que ella a un hombre con una guitarra.

—¡Ostras! —exclama—.

"*¿No será Víctor, el guitarrista de la banda?*", se pregunta. Por un momento lo duda, ya que no ve su cara debido a la distancia.

Han pasado casi unos diez minutos y llega a la plaza de la Llenya, justamente a mitad de camino. Está cansada y decide sentarse en uno de los bancos; ve que hay un bar abierto todavía. Se levanta del banco y se dirige al bar para tomar una última cerveza y, de paso, volver a llamar a su casa. Marc le dijo que lo llamara cuando saliera del concierto, porque así estaría más tranquilo, y quiere hacerlo para evitar otra discusión esta noche.

Entra en el bar y pide un refresco. No vuelve a beber una cerveza porque ya ha bebido bastante en el espectáculo. El camarero le sirve el refresco y se sienta en una de las sillas del bar. Solo está ella y una pareja hablando, y por los gestos que hace el chico, no es algo agradable. Berta vuelve a sacar el teléfono del bolso y llama a casa. No tiene suerte, Marc no coge la llamada y suelta con rabia el móvil dentro del bolso. No sabe por qué no coge la llamada, quiere pensar que está ocupado, ha salido o, posiblemente, se haya quedado dormido en el sofá. Si hubiera salido, Marc se lo hubiera comentado sin ninguna duda.

"¿Tan enfadado está?", piensa. Berta está preocupada. Le extraña esa actitud. Siempre que ha pasado algo así, Marc le ha llamado al poco rato. Descarta que se haya dormido, ya que él suele irse a dormir muy tarde. *"Dormido no puede estar"*, piensa.

Sale del bar tras abonar el refresco y se da cuenta que han pasado más de quince minutos desde que entró. Reanuda el camino hacia su casa, calle abajo, en dirección a la playa, justo delante tiene su casa. Por la calle no hay un alma; vuelve a ver al hombre de la guitarra y piensa de nuevo en el líder del grupo, Víctor. Llega a la altura de su casa, mira hacia la ventana y observa que no hay luz en el comedor.

—¡No hay luz! —exclama. Saca el móvil y ve que Marc le acaba de enviar un mensaje de texto.

"Berta, estoy muy enfadado contigo.

He salido a dar una vuelta por el paseo de la playa.

Creo que tenemos que hablar. Si quieres, te espero en el paseo".

Se pone nerviosa al leer el mensaje, no sabe qué hacer, si ir hacia donde se encuentra a ver si lo ve o ir para casa y dejar el tema para mañana.

Piensa unos minutos y decide ir en su busca, para zanjar el tema. Mientras camina hacia el paso subterráneo que une el paseo con la calle, por debajo del tren, imagina que posiblemente esté menos enfadado y todo acabe bien o todo lo contrario y acaben discutiendo y rompiendo tristemente su relación.

CAPÍTULO 12

Canet de Mar, Marzo del 2016.

—¡Lo necesito! —grita Víctor, mientras camina hacia la playa tras dejar en el coche su guitarra. Sus pasos son rápidos pero automáticos, como si lo dirigieran. Observa a la chica de lejos, que se ha girado y se le queda mirando. Tal vez lo reconoció, pero es casi imposible por la poca luz de la zona.

Esa voz interior sigue retumbando en su cabeza, siente una fuerte necesidad de sexo y la voz no para de decirle que lo tiene que hacer. Continúa caminando hacia la playa, mira a su alrededor y ve que no hay gente por la zona, tan solo alguna pareja hablando o mostrándose cariñosa. A la derecha, observa el bar en el que estuvo horas antes.

Al rato, se da cuenta que no está la chica que había visto. Hace un gesto de negación con la cabeza, pero continúa caminando hacia la playa y ve que el túnel que conduce a la playa está a pocos metros. Conforme se acerca al túnel, va escuchando esa extraña voz, a la vez que escucha el romper de las olas en la orilla de la playa, y de fondo, una hermosa luna.

—Me encanta —dice, mientras la observa unos minutos.

A cada paso que da, siente que su corazón se acelera y, a cada latido, esa voz le repite lo mismo: “*hazlo, hazlo*”.

Casi llegando al túnel, observa a la chica que vio antes, girando hacia la derecha después de pasarlo. —¡Es ella! —exclama.

Se dirige hacia donde se encuentra la joven. Se para al ver que ella también lo hace. Víctor la observa y ve que saca el teléfono de su bolso. En ese momento, oye en su interior: “*¡Adelante!*”.

Minutos antes.

Berta se encuentra en el túnel. Se dirige hacia la derecha, se para y observa que no hay nadie en el paseo. "*¿Dónde está Marc?*", se pregunta, al no ver a nadie por la zona. Saca el móvil de su bolso para llamar a Marc. Mientras mira el teléfono, siente como si hubiera alguna persona en el túnel, pero no le da la mínima importancia.

Busca en la agenda el contacto de Marc, vuelve a llamarlo, pero no responde. Enfadada, guarda el teléfono en el bolso y, en ese momento, alguien le pone un pañuelo en la boca y Berta da un grito inaudible. Siente que le aprieta el pañuelo hasta el punto de no poder gritar y, hecho esto, le cogen las manos. El hombre que la tiene inmovilizada empieza a empujarla hacia la playa, en dirección a una zona donde se ven varias barcas de pescadores en la arena. Ella intenta escaparse, pero es inútil, el hombre la tiene cogida de las dos manos, con fuerza.

Tras caminar unos metros, llegan a la zona de las barcas. El hombre la obliga a tumbarse boca abajo. Una vez tumbada, le sujeta las manos con la rodilla y una mano; con la otra, hurga en su bolso y saca varios objetos, entre ellos una goma del pelo. La coge y le ata las manos con fuerza. Berta nota cómo las manos quedan apretadas.

Al poco tiempo, siente que el hombre le desabrocha como puede el pantalón y se lo baja casi hasta abajo; seguidamente, le baja las bragas. Intenta gritar, pero no puede, apenas se le oye. Hay un momento en que no siente las manos del extraño, solo la presión de él sobre ella, pero escucha cómo baja la cremallera y enseguida él se le tumba encima. Con una mano busca su vagina y, no pasan unos minutos, siente que la penetra.

Berta se siente impotente, sin fuerzas; unas lágrimas comienzan a salir de sus ojos. Se pregunta por qué a ella. Cada embestida del hombre es un fuerte dolor en su interior y solo desea que se acabe.

Tiene la cabeza vuelta hacia la playa y entre lágrimas observa una grandiosa luna, único testigo de la monstruosidad que le está ocurriendo. Entre el dolor que siente, sigue con el pensamiento en su pareja y se pregunta dónde estará.

Tras varios minutos que a Berta le han parecido una eternidad, el hombre se separa de ella sin dejar de inmovilizarla con las rodillas. Siente dolor, pero lo que más le duele es su corazón; se siente sucia. Escucha cómo sube la

cremallera del pantalón y pasan unos minutos en que deja de sentir la presión de sus rodillas en el cuerpo y los pasos del hombre corriendo. Gira la cabeza hacia el otro lado y observa que el hombre se aleja corriendo y se encuentra muy cerca del túnel.

Entre sollozos, se acerca hasta las barcas, arrastrándose como puede y con cuidado de no herirse. Llega a una de ellas y comienza a restregarse con uno de los cantos para poder quitarse el pañuelo de la boca. Tras unos minutos intentándolo, consigue bajarse el pañuelo.

Respira fuerte, a modo de alivio y pide auxilio a gritos. No recibe ninguna respuesta, tan solo escucha cómo las olas rompen en la orilla y todo lo demás es silencio. Vuelve a gritar por segunda vez y solo escucha nuevamente el silencio. Al ver que no recibe respuesta a su auxilio, se pega de espalda a la barca y como puede se pone en pie.

"*¿Qué va a pasar ahora?*", se pregunta, mientras comienza a caminar lentamente hacia el túnel, en busca de Marc o alguien que le ayude. Espera encontrar a su novio; si no lo encuentra, no sabe qué hacer. Tiene las manos atadas y no puede ni siquiera moverlas. Ha conseguido coger el bolso, pero no sabe si lleva todo lo que tenía.

Mientras camina, observa de lejos un hombre. Cree que no es el que ha abusado de ella, pero piensa qué le puede hacer: "*¿matarme?*", piensa, mientras camina a su encuentro.

Pide auxilio con un fuerte grito. A los lejos, el hombre que ha visto se vuelve, alertado por su grito, se queda parado y segundos después corre hacia ella.

CAPÍTULO 13

Canet de Mar, minutos después.

Berta observa que el hombre que se dirige hacia ella no es Marc ni el que la ha violado; entonces, comienza a correr hacia él. El hombre llega hasta ella y se la queda mirando.

—¿Qué le ha pasado, mujer? —le pregunta, al ver el estado de Berta.

Ella intenta sujetarse los pantalones como puede y comienza a llorar.

—Necesito ir al médico. ¿Me puede desatar las manos? —pregunta ella entre sollozos.

El hombre hace lo que le pide.

—Vamos al coche, lo tengo muy cerca de aquí —dice él.

Mientras se dirigen al automóvil, Berta hurga en el bolso y nota que el teléfono continúa dentro. Lo coge y tras buscar en los contactos, llama a su novio Marc para explicarle lo sucedido. Suena tono varias veces, pero sigue sin contestar. "*¿Dónde está Marc?*" inquiere mentalmente, al tiempo que el hombre le abre la puerta para acceder al interior del coche.

Una vez dentro del automóvil.

—¿Cómo se llama? —pregunta el hombre con gesto de preocupación.

—Berta.

—La voy a llevar al hospital de Mataró. Es el que está mas cerca de aquí —añade él.

—Vale —responde ella, comenzando a llorar de nuevo.

Salen del aparcamiento y coge la carretera nacional en dirección a la autopista, para ir a urgencias del hospital. Durante el trayecto, ella se muestra callada, sumida en sus pensamientos. Él, de vez en cuando, observa el espejo interior para ver el estado de Berta o le pregunta cómo está.

Berta vuelve a mirar el teléfono y decide enviarle un mensaje a Marc: *"Marc, te he estado buscando por el paseo, voy al hospital de Mataró de urgencias, me han hecho daño"*.

El hombre le pregunta qué es lo que le ha pasado. Ella le responde que le han pegado y robado. Él se entristece por la situación que ha pasado ella, a la vez que se extraña de su estado para tan solo robarle.

—¡Qué poca seguridad! —dice el hombre, haciendo un gesto de negación con la cabeza.

Llegan a urgencias del hospital tras poco más de 10 minutos de trayecto. El hombre se baja del coche y le abre la puerta. Berta sale del vehículo y, acompañada del hombre, entra en el recinto hospitalario.

—Muchas gracias, señor —dice ella llorando.

—No hay de qué, Berta. Si quieres me espero a que salgas o hasta que llegue algún familiar tuyo.

—No hace falta. He avisado a mi pareja y supongo que ahora vendrá. ¡Muchas gracias! ¿Su nombre?

—Antonio.

—Le estoy muy agradecida, señor Antonio.

Seguidamente y con lágrimas en los ojos, Berta le da un fuerte abrazo como agradecimiento por lo que ha hecho. Antonio le corresponde de la misma manera.

—No hay de qué. Ya ha pasado todo. Ahora tranquila —añade él.

El señor la vuelve a abrazar como despedida y se aleja de ella. Mientras observa alejarse al caballero, Berta se dirige a la ventanilla de información.

—Buenas noches —dice llorando.

—Buenas noches —responde atentamente una joven al otro lado.

—He sufrido una violación —dice Berta llorando y en voz baja, para no ser escuchada por la gente que se encuentra en el recinto.

La joven de información le echa una mirada de asombro y perplejidad.

—Tranquila, mujer —dígame sus datos.

La chica apunta los datos de Berta en un formulario y, seguidamente, coge el teléfono y hace una llamada. Tras unos minutos hablando, cuelga el teléfono.

—Espérese aquí unos minutos que ahora la llamarán.

No pasan ni cinco minutos y sale un doctor de una de las puertas que la llama en voz alta. Berta se gira al escuchar su nombre y se va hacia donde se encuentra el médico que la ha llamado.

—Pasa, joven —dice un joven doctor con voz suave y tranquilizadora.

Berta entra en la consulta, se sienta en una de las sillas y el doctor, tras cerrar la puerta, se sienta a su lado.

—Tranquila, mujer, ahora le haremos unas pruebas. He llamado a los mozos de escuadra para que lo denuncie. Tranquila, que ya ha pasado.

—Vale —dice Berta entre lágrimas y cabizbaja.

En ese momento, llaman en la puerta de la consulta.

—¿Quién es? —dice el doctor.

Se abre la puerta y aparece una enfermera comentándole que hay un chico que pregunta por la chica. En ese momento, Berta gira la cabeza, levanta la mirada y comienza a llorar fuertemente. En la puerta aparece Marc, que se va hacia ella, al verla en ese estado y le da un fuerte abrazo.

Cerdanyola del Vallés, Marzo de 2016.

—¡Uf! Creo que he bebido demasiado —dice Julia, entre risas.

—¿Estás bien? —pregunta su compañero David.

—Sí, estoy bien, pero creo que no puedo coger el coche ahora.

—No te preocupes, Julia. Quédate esta noche aquí y mañana vamos juntos al trabajo.

—No sé... quedarme aquí, con un hombre como tú.

Julia suelta una sonora carcajada a la que él le corresponde de la misma manera.

—No te preocupes, soy inofensivo.

David se levanta de la silla y comienza a recoger lo que hay sobre la mesa. Julia lo ayuda.

Durante la cena, los dos compañeros han estado hablando de sus vidas; su comportamiento ha sido diferente al habitual. Julia se ha sentido más bien y a gusto de lo normal, y David se ha mostrado más tímido de lo que es.

—Me ha encantado cenar contigo, Julia.

Ella se sonroja y le sonrío.

—Y a mí también —añade ella.

Julia cambia de tema y se centra en el caso del violador *heavy*.

—¿Crees que pillaremos a ese tío?

—¿Y por qué se nos iba a escapar? ¡Claro que lo vamos a coger! Nunca se te ha escapado un caso de las manos, todos los has resuelto; seguro que encuentras algo que nos dé un poco de luz para pillarlo.

—Encontraremos, David. Somos un equipo.

David le sonrío.

—Venga, dejemos de hablar de trabajo, relájate. ¿Qué película quieres ver?
—le dice David.

—La que quieras, no soy muy de películas.

—Tengo “El vuelo de la libélula”, creo que te gustará. ¿La has visto?

—No.

—Perfecto, estoy seguro que te va a gustar. Siéntate y ponte cómoda, estás en tu casa, Julia.

—Gracias —le responde ella, a la vez que se acomoda en el sillón.

David saca un DVD de uno de los cajones del mueble del comedor, lo introduce en el reproductor, coge el mando y se sienta junto a Julia. Le da al botón del mando y, en ese momento, comienzan los trailers. Ella se acerca un poco más a él, hasta sentir su cuerpo pegado a ella; en ese momento, comienza la película.

CAPÍTULO 14

Cerdanyola del Vallés, Marzo de 2016.

Suena el despertador en la habitación de David. Sin levantarse y de forma automática lo apaga y continúa durmiendo. Pasan unos minutos y David se despierta sobresaltado.

—¡David! —dice Julia desde el otro lado de la puerta.

—¡Voy! —responde su compañero con voz plúmbea.

David se sienta en la cama, mira el reloj y ve que son las ocho de la mañana. Echa un vistazo a la ventana que tiene delante y observa que el día está nublado. Se levanta y comienza a estirarse, brazos arriba, y a vestirse.

Julia ve desde la ventana del comedor que el día está gris. En la calle, se puede ver que hace bastante aire por el movimiento de las copas de los árboles; también puede verse el trasiego de personas, muy normal por la hora que es en un día laborable.

Mientras sigue observando el exterior, recuerda lo bien y lo a gusto que se ha sentido en casa de su compañero. Aunque pasan muchas horas juntos, son solo horas laborales; pero, para Julia, es la primera vez que pasa muchas horas fuera del trabajo con David. Se pregunta si se estará enamorando de él. Hace una negación con la cabeza, pero sabe hace tiempo que no sentía lo mismo con otro compañero.

Se abre la puerta de la habitación y ella se vuelve. Aparece su compañero vestido con un tejano y una camisa azul claro.

—¡Buenos días, señorita!

—¡Buenos días, compañero! —responde Julia, con una sonrisa.

—¿Has dormido bien?

—¡Muy bien! ¡Muchas gracias, David!

Se acerca a ella.

—No hay de qué, Julia —responde.

Se acerca más y le da un cariñoso beso en la mejilla; ella corresponde de la misma manera, con una tímida sonrisa.

—¿Desayunamos aquí o fuera? —pregunta David.

—Como tú quieras, David.

—Pues ven. Vamos a la cocina y preparamos el desayuno —dice David, mientras la coge para ir a la cocina.

La cocina del piso es bastante amplia; los muebles son todos de color blanco; la pared es también blanca, pero tiene una pequeña cenefa a media altura, que le da un toque de color al conjunto. Hay una mesita en la pared que se puede plegar o abrir, en donde pueden comer dos personas. David comienza a sacar unas tazas para el café, unas tostadas de pan y unos botes de mermelada, mantequilla y crema de cacao.

—¿Tienes asistenta? —pregunta Julia, al ver la cocina tan ordenada y limpia.

—No, no tengo asistenta.

—La tienes muy limpia y ordenada, David. ¡Me encanta!

—¿Es que por estar soltero y vivir solo la tengo que tener desordenada y sucia? —inquire él, sonriendo.

—No, para nada, pero no es muy habitual.

En ese momento, Julia sonríe y comienza a colocar los utensilios, mientras él prepara unas cápsulas de café para introducirlas en la cafetera.

Tras ponerlo todo en la encimera de la cocina, Julia coge los botes y las tostadas y las va colocando sobre la mesita. David lleva lo que falta.

—¿Que planning tienes hoy, Julia? —pregunta su compañero que, seguidamente, le da un mordisco a una tostada con mermelada.

—Pues, la verdad, es que no lo sé. No sé cómo comenzar o continuar el caso. No tenemos ni una punta del hilo que nos lleve al ovillo del asunto.

—Yo iré a visitar al organizador del concierto al que asistió Alex; tal vez él haya visto o tenga conocimiento de algún incidente, en caso de que lo hubiera.

—Me parece perfecto. A ver si tienes suerte y encuentras esa punta del hilo.

Ha pasado media hora desde que empezaron a desayunar, recogen todo y salen del piso para empezar una nueva jornada laboral.

Terrassa, a la misma hora.

Víctor se levanta sobresaltado; ha tenido una pesadilla, ha soñado con una especie de criatura diabólica. En el sueño, esa bestia le decía que tenía que continuar tocando esa música y llegar hasta el final. De la figura recuerda unos ojos rojizos y toda envuelta en una túnica.

Cuando era un niño, su madre le contó una experiencia que tuvo en casa. Desde pequeño, ella hizo que él se interesara por el mundo esotérico y paranormal. Le acabó gustando, pero una mala experiencia, hizo que dejara el tema y ese mundo oscuro.

Mientras sigue sentado en la cama, recuerda lo que sucedió anoche en Canet de Mar. Solo sentía la necesidad de sexo. Cuando lo hacía, escuchaba esa voz que, en algún momento, le decía: “*Acaba y vete*”. En esas ocasiones, hacía lo que la extraña voz le ordenaba, como si se tratara de un robot manejado por una extraña mano.

Minutos después de hacerlo, experimentaba cansancio y, al rato, un pequeño dolor de cabeza, pero no recordaba ningún orgasmo y se preguntaba si la chica sentiría lo mismo.

Se levanta y se dirige a la ducha. Hoy no tiene nada importante que hacer, por lo que aprovechará para preparar el programa que interpretará la banda, en un concierto que celebrarán en pocas semanas en una población cercana a Barcelona.

Mientras se ducha, comienza a pensar en ese próximo concierto y en cómo debe ser. Es la primera vez que se realiza un concierto de música *heavy* en la población y Víctor quiere que sea espectacular.

Un rato después, Víctor sale de la ducha con cuidado, se pone una toalla alrededor de la cintura y va a su habitación. Se viste en poco tiempo, un pantalón tejano, camisa y una chaqueta, todo en tonos negros, como es habitual en él.

Pocos minutos después, sale de su casa para ir al bar, como de costumbre, y tomar su café con leche, acompañado de la prensa escrita. En ese rato,

también espera redactar el programa.

Mientras baja las escaleras hacia la calle.

—No puede faltar “*Harvester of Sorrow*”, nuestra pieza estrella —dice, mientras continua bajando las escaleras.

Sale del edificio y gira hacia la izquierda en dirección al bar, con el pensamiento en un nuevo éxito de la banda.

CAPÍTULO 15

Sabadell, Marzo de 2016.

Julia y David llegan a la Jefatura Superior para empezar una nueva jornada laboral; entre otros casos, se centrarán el mayor tiempo en el caso del violador *heavy*.

Como de costumbre, antes de subir a sus oficinas, los chicos se toman un café en la cafetería de la comisaría, que se encuentra en la planta baja del edificio. Hoy, debido al tráfico, han llegado un poco más tarde de lo habitual, por lo que se toman el café rápidamente, para no perder mucho tiempo de su jornada.

Salen de la cafetería y cogen el ascensor para ir a la primera planta. En escasos minutos llegan a la planta y, seguidamente, se dirigen a sus respectivas oficinas.

—Bueno, vamos a ver cómo va hoy —dice Julia.

—Seguro que va bien —responde David.

Ella se acerca a él y le da un beso de despedida y él le da otro, a la vez que le pone una mano en la cintura.

—Luego nos vemos, compañero.

Se separan y se dirigen a sus respectivas oficinas. Julia, nada más entrar en su despacho, se dispone a colgar la chaqueta en el perchero y, seguidamente, el bolso. Saca el móvil y se sienta delante del ordenador. Lo enciende y lo primero que hace es mirar el correo electrónico para ver si hay nuevos mensajes.

Tiene varios correos nuevos, enviados de varias comisarías de Catalunya. A su departamento llegan todos los casos, sean de donde sean. Cada caso lo gestiona la comisaría correspondiente a esa zona, pero desde su departamento tienen constancia de cada uno de ellos, ya que son los que dan el *OK* para cerrarlos.

Mira detalladamente los mensajes recibidos, lee los asuntos y hay uno que le llama especialmente la atención. Dicho mensaje llega de la comisaría de Pineda de Mar.

Asunto: Violación de una joven en la playa de Canet de Mar.

Julia abre el mensaje, lo comienza a leer; tan solo pone que una joven de 26 años ha sido violada en la playa de Canet de Mar, cuyo nombre responde a Berta. El mensaje acaba diciendo que horas después fue atendida en el hospital de Mataró, donde se le realizaron las pruebas oportunas; se le dio de alta horas más tarde y se le ha citado días después para darle los resultados.

Al leer el mensaje, Julia llama a la comisaría de Pineda de Mar, para profundizar en el caso y saber si está relacionado con el caso de Vallparadís o es un caso aislado.

—Buenos días. Soy el inspector Joan de la comisaría de Pineda, ¿qué desea?

—Buenos días, señor. Soy Julia de la Jefatura Superior e inspectora del Departamento de Investigación y Criminología. Llamo para saber algún dato más de la violación de Berta y si tienen el informe completo.

—¡Cómo no! Ahora mismo le envío por correo electrónico el informe completo.

—Muchas gracias, inspector —responde Julia.

—No hay de qué.

Tras colgar el teléfono y esperar unos minutos, Julia actualiza su correo y observa que ha llegado el mensaje de la comisaría de Pineda. Según el mensaje, la chica fue cogida por la espalda cuando se dirigía a la playa, llevada hasta la misma a una zona de barcas y allí fue violada por la espalda, por un extraño. La joven no pudo ver su cara, solo su cuerpo a lo lejos, cuando se alejaba del lugar y según su descripción, es un hombre delgado.

Lo que le llama la atención a Julia es que horas antes de la violación, la chica asistió a un concierto de música *heavy* y se dirigía a casa cuando fue atacada. En su trayecto no observó nada ni a nadie raro.

A Julia se le acelera el corazón: otra violación horas después de un concierto de música *heavy*. La misma música que le gustaba a la chica de

Vallparadís. Coge el teléfono y llama a su compañero. En poco más de un minuto, David entra apresurado en la oficina de Julia.

—¿Qué hay de nuevo, Julia?

—Lee este informe —dice ella, mientras se lo acerca con la mano.

David lee con detenimiento el informe entregado por Julia y, tras hacerlo, mira a su compañera.

—¿Estas pensando lo mismo que yo? —pregunta ella.

—Es posible. Creo que puede ser otro caso del violador *heavy*, ¿no? —dice él, a la vez que le devuelve el informe.

—Hay tres puntos en común; el primero, lo hace horas después de un concierto de esa música; segundo, son chicas jóvenes y, tercero, lo hace por la espalda.

—Sí. Eso significa que podemos estar ante un violador en serie.

—¡Exacto, David! Voy a llamar al inspector Joan de Pineda para traspasar el caso a nuestra comisaría e investigarlo nosotros. Le pediré los datos de la chica; una vez los tengamos, te pido que vayas a hacerle unas preguntas, ¿te parece bien?

—¡Perfecto, Julia! —responde David, con una sonrisa.

Ella le sonríe y, seguidamente, él sale de su oficina, mientras ella coge el teléfono para llamar a la comisaría de Pineda de Mar. Al tiempo que suena el tono, piensa en la posibilidad de estar delante de un caso de violaciones en serie. Coge un papel y un lápiz y, en ese momento, oye la voz del inspector al otro lado del teléfono.

CAPÍTULO 16

Canet de Mar, Marzo de 2016.

Una vez traspasado el caso de la violación de Canet a la Jefatura Superior, David se desplaza a la población costera para un pequeño interrogatorio a la víctima.

El caso cobra mucha importancia para David y Julia porque, dependiendo de lo que explique la joven, el equipo estaría delante de un posible violador en serie, pero hay un punto que no concuerda, y es que ha sucedido en dos poblaciones diferentes; en ese caso, es posible que sean casos distintos o que el violador se mueva por la zona.

David tiene los datos y el número de teléfono de la chica, que momentos antes le ha facilitado su compañera. Mira el papel y verifica que ha llegado al sitio. Llama en el piso y enseguida contesta Berta.

—¿Quién es?

—Hola, Berta. Soy David, mozo de escuadra.

—¡Ah, sí! Ahora le abro.

David espera unos segundos y escucha el ruido que avisa de que puede entrar en el inmueble. Abre la puerta y sube las escaleras hasta el segundo piso, que es donde vive la chica. Nada más llegar, Berta lo está esperando en la puerta de su casa.

—¡Hola, Berta! —dice, cuando llega junto a ella—, soy David.

—Hola, señor —le dice con voz nerviosa.

—¿Cómo estás?

—Mejor. Pero todavía no del todo —contesta la chica—. ¡Pase! —añade.

Entran en el piso y Berta cierra la puerta. Una vez dentro, se dirigen al comedor y Berta le ofrece una bebida. David acepta; pide una cola y cuando la chica se la sirve, los dos se sientan tranquilamente.

—¿Qué tal estás? —pregunta David, iniciando la conversación.

—Estoy algo mejor, pero tengo miedo de salir sola por la noche y de día voy muy insegura.

—Te entiendo. No es una situación fácil de olvidar. Ahora quiero que estés tranquila y si hay alguna pregunta que te moleste me lo dices y paso a otra.

—Vale, señor.

—No me digas señor, dime David.

Antes de empezar, le comenta a la joven que grabará la conversación por seguridad. Ella no ve ningún problema en que lo haga.

—¿Viste a alguien en situación extraña hacia ti? —comienza preguntándole David.

—No, no vi a nadie, había mucha gente y estaban todos exaltados por el espectáculo. También estuve un rato acompañada por mi novio, por lo que tampoco estuve muy pendiente de las demás personas.

—¿Tu novio estuvo solo un rato? ¿Pasó algo?

—Sí, a él no le gusta esa clase de música; yo le compré la entrada sin consultárselo y vino conmigo, pero no quiso quedarse todo el concierto y acabamos discutiendo.

—¿Qué te dijo cuando acabasteis la discusión?

—No me dijo nada, tan solo se fue y me dijo que ya hablaríamos.

—Y cuando llegaste a casa, ¿qué te dijo o qué pasó?

—No llegué a casa, ni siquiera estaba él allí cuando fui; lo estuve llamando a su móvil porque quería verme y hablar conmigo; me citó en el paseo marítimo, donde me esperaba.

—Es decir, te citó cerca de donde fuiste violada.

—No, me atacaron antes de llegar al paseo y lo hizo por la espalda.

—Una vez pasado el ataque, ¿recuerdas cómo era ese hombre?

—No, no recuerdo mucho; en todo momento, el hombre trató de que no lo viera. Al marcharse, yo giré la cabeza y, cuando se alejaba, le vi la silueta. Tan solo puedo decir que me pareció un hombre delgado y creo que llevaba melena.

—Vale, creo que con esto es suficiente, no te molesto más. Te voy a pedir un favor, Berta.

—Dígame, señor. Perdóne, David.

—Que cualquier dato del hombre o rasgo que recuerdes me lo hagas saber; éste es mi número de teléfono —dice David, a la vez que le entrega una tarjeta.

—Vale. No se preocupe.

—Bueno, Berta, te dejo tranquila. Muchas gracias y recupérate pronto.

—No hay de qué. Gracias por todo —responde ella.

En ese momento, David le da la mano y se despide. Berta lo acompaña a la puerta.

David sale del edificio. Mientras se dirige al coche, piensa en si el novio de Berta tiene algo que ver en el suceso. Parece raro que su novio la citase en el sitio donde fue violada, justo horas después de discutir con ella.

Llega al coche, se introduce en él, lo arranca y sale del aparcamiento en dirección a la autopista; en la Jefatura le espera su compañera para comentar el interrogatorio.

Sabadell, casi a la misma hora.

Julia espera a su compañero con el interrogatorio de Berta. Durante la espera, ha apuntado en una hoja los datos más importantes recogidos hasta ahora.

-El violador actúa horas después de un concierto de música heavy.

-Ataca por la espalda, para no ser visto.

-Escoge chicas jóvenes de 25 y 26 años.

-Dos casos, dos poblaciones diferentes.

También ha redactado la ordenanza, para vigilar esos lugares donde se celebren eventos, musicales o no, sobre el mundo del *heavy metal*. Julia cree que es el mismo autor, pero se mueve por diferentes lugares, ya que tiene dos casos y los dos son en poblaciones diferentes.

Tras redactar la ordenanza, la ha enviado vía email a todas las comisarías de Catalunya. En la ordenanza dice:

ORDENANZA DE SEGURIDAD

Tras la aparición de dos casos de violación en Catalunya, justo después de conciertos de música *heavy*,

se ordena el envío, a cualquier evento donde la música *heavy* sea la protagonista, de una o dos patrullas, para su seguridad.

La patrulla permanecerá una hora antes del inicio hasta el cierre del local, una vez vacío.

En caso de incidentes, se enviará un informe completo a la Jefatura Superior.

JEFATURA SUPERIOR

Es la primera medida de seguridad desde el primer caso. Con esta medida, esperan cercar al autor y cogerlo antes de otro caso. En ese momento, llaman a la puerta.

—¿Si? —pregunta Julia.

—Soy David.

—Pasa.

Su compañero abre la puerta y entra con una leve sonrisa. Se acerca a la mesa donde se encuentra Julia y se dan un beso.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta ella.

—Bien. La chica ha estado bastante tranquila y comunicativa. Me ha explicado algo que me ha dejado pensativo.

—¿El que?

—Poco tiempo antes de acabar el concierto, su novio y ella discutieron; él se marchó dejándola en el concierto y la citó para hablar de ello en el paseo, cerca de donde fue violada.

Acto seguido, David le muestra la grabación de la conversación que ha mantenido con la joven.

—¿Crees que el novio de ella tiene algo que ver con la violación? —pregunta Julia, tras escuchar atentamente la grabación.

—No sé... sí que me parece raro; y si es casualidad, es una mala casualidad. Lo que pasa es que me ha comentado que nunca se ha llevado mal con su novio, estaban bien.

—Puedes pedir una prueba de semen y huellas al joven y cuando las tengamos las comparamos con las encontradas en el cuerpo de Berta. ¿Te parece bien?

—¡Perfecto!

David guarda la grabadora y ella le muestra la ordenanza que ha enviado a todas las comisarías.

—Me parece bien, Julia. A ver si damos con el autor, pero creo que no va ser muy fácil.

—Lo sé, David.

CAPÍTULO 17

Premià de Mar, Abril de 2016.

Durante la semana, Víctor ha descansado y ha aprovechado que no tenía ensayos para ordenar el estudio y las partituras. Ha recordado esa noche, cuando le hacía el amor a una chica en la playa, después del concierto ofrecido la semana anterior. Recuerda esa voz interior y la extraña visión después de finalizar el concierto.

Hoy, tienen reunión en Premià de Mar, una ciudad costera cercana a Barcelona, muy conocida por su fiesta mayor y su pasado textil, que nunca ha ofrecido un concierto de música *heavy*.

Víctor ha quedado con su compañero Pol, para ver el lugar donde tendrá lugar el evento. Entra en un bar situado en la parte de abajo de la plaza de los Países Catalanes, según pone en un cartel informativo del *parking*.

Desde la mesa a la que se ha sentado, la única de color blanco y redonda, se puede observar una vista de la gran plaza, la gradería y una zona de mesas de ping pong.

Desde esa parte de la plaza se puede subir al centro de la misma, a través de unas escaleras, y justo delante de la plaza, hay un gran edificio en construcción que, por el diseño exterior, parece ser de oficinas y una gran superficie comercial.

Según muestra el GPS de Víctor, la plaza es la más grande de la ciudad. Dispone de un escenario de diseño moderno, una buena gradería y le llama la atención una especie de jaula de *hamster*, en la zona infantil, para que los niños suban y bajen por el tobogán o una barra.

Mientras espera a Pol, Víctor coge el diario. En el bar se puede ver una gran barra en el lado derecho y a la izquierda unas seis mesas. En alguna de ellas, se ve una pareja de personas mayores hablando y jugando en el móvil; en otra mesa, una pareja muy callada.

Dentro de la barra del bar, una chica joven maneja unos quintos y le acompaña una señora mayor que sale de la barra y se sienta donde se encuentra el matrimonio jugando con los móviles. Por lo que se ve, parece ser la dueña del bar.

El diseño del establecimiento es en tonos marrones y cremas, con un ambiente acogedor y familiar. Víctor localiza el periódico, cuando se acerca la persona que estaba sentada junto al matrimonio mayor y le pregunta:

—¡Hola!, ¿qué desea?

—¡Buenos días! Quiero un cortado corto de café —responde Víctor.

En unos minutos, la mujer le sirve la consumición con un poco de chocolate en polvo por encima.

—¡Gracias! —dice Víctor.

Un chico alto entra en el bar, saludando a todos y se mete en la barra con la chica que estaba con las cervezas; en ese momento, sale la chica, coge un carrito y abandona el bar despidiéndose de todos, en especial, del matrimonio que se encontraba en una de las mesas.

Víctor, por lo que observa, el bar lo lleva una familia y, posiblemente, llevan muchos años. Le da un sorbo al cortado y piensa que es uno de los cortados más buenos que ha probado.

Se levanta, coge la prensa y comienza a leerla. Se para en una de las páginas centrales, donde pone el titular "*Violación en Canet de Mar*". Lee la noticia, se queda un poco pensativo y gira la página una vez la ha acabado de leer.

Mira hacia la calle y observa gente pasar con carros de compra, seguramente, por la cercanía de algún supermercado. En la plaza, hay poca gente y mira con detenimiento el escenario donde tocará el grupo. Se fija en la parte trasera con forma de V y sin ninguna pared.

"¿Y por qué no han tapado esa parte trasera?", piensa Víctor. Se queda pensativo, mientras desaprueba el diseño general, vanguardista o contemporáneo, del anfiteatro. "*Los diseñadores de eso no tienen ni puta idea de música*", vuelve a pensar, haciendo gestos de negación con la cabeza.

—¡Buenos días! —dice Pol.

Víctor se gira al escuchar el saludo de su compañero, al que no ha visto

entrar. Se sienta con él y la misma señora que le sirvió el cortado se acerca a la mesa y le pregunta a Pol lo que quiere. Éste pide una cerveza, y no pasan muchos minutos cuando la misma señora se la trae.

—¡Muchas gracias! —dice Pol a la señora.

—De nada —responde ella, amablemente.

Víctor comienza a hablar con su compañero. Han quedado en poco más de media hora en el centro cívico de la población, para hablar con el regidor de cultura sobre el concierto.

Pol le pregunta a la mujer dónde está el centro cívico y le contesta que está una calle más abajo de la plaza, un edificio de color azul.

Víctor le comenta el repertorio que ofrecerán y su compañero le da el *OK*.

—¿Ésta es la plaza donde tocaremos? —pregunta Pol, mirándola.

—¡Sí, y no me gusta! Está muy abierta y muy al aire libre —dice Víctor—. Esa parte trasera... —añade.

—Ya —responde Pol—. Después de hablar con el del Ayuntamiento, iremos a ver las dimensiones; pero, por lo que veo desde aquí, necesitaremos tapar esa parte de atrás con alguna tela o algo, de esa manera nos aseguramos de que no accedan al escenario desde atrás y así, también, nos resguardamos del aire.

—Me parece muy buena idea —asevera Víctor—. Si hace viento... lo pasaremos un poco mal.

Pol mira su reloj y observa que es la hora de ir a la reunión. Se levantan de sus sillas y Víctor se acerca a la barra del bar para pagar las consumiciones.

—Cóbreme cuando pueda —le dice Víctor al joven que estaba detrás de la barra.

—¿Todo? —pregunta el joven.

—Sí, sí, todo.

Víctor abona las consumiciones y junto a Pol se dirige hacia la puerta. En ese momento, entra la chica que antes había detrás de la barra, pero esta vez acompañada de una niña pequeña, muy guapa, que parece ser es su hija, que entra velozmente y se va hacia la mesa donde está el matrimonio y la señora

del bar. Tras ella, entra un niño más pequeño que, soltando a su madre de la mano, entra en el bar diciendo:

—¡¡¡Y el Ramón pequeño!!!

Pol se sonríe, al ver la situación y se queda enamorado por la vitalidad de los dos chiquillos.

—Adiós, buenos días —dice Pol, mientras sale del bar.

Víctor se despide de la misma manera que su compañero y se encaminan a la calle que pasa por la parte de abajo de la plaza y por delante del gran edificio en obras. Mientras caminan, vuelven sus cabezas hacia la imponente grada de la plaza, que se alza metros arriba delante de ellos. Giran la calle hacia abajo y ven el edificio de color azul.

—¡Ahí es! —exclama Víctor.

Siguen caminando calle abajo hacia el edificio y Pol vuelve a girarse, dejando atrás esa grada que espera llenar en unos días, con un nuevo concierto del grupo.

Sabadell, a la misma hora.

Julia y David continúan investigando el caso de las violaciones. Tras el interrogatorio de Berta, el caso se encuentra en nivel difícil; hay incertidumbres, ya descartado su novio por la prueba de las huellas, se centran en el ambiente de los conciertos; camino complicado por la semejanza de los asistentes a esos eventos.

En el supuesto de no encontrar nada claro, por desgracia, deberán esperar a otro nuevo caso, para buscar alguna otra prueba o, con un poco de suerte, que el autor cometa un fallo o pillarlo *in fraganti*; pero, para eso, deben estudiar y vigilar el movimiento de las personas que asisten a esa clase de conciertos.

Julia, mientras mira su correo, observa que desde la comisaría de Premià de Mar les anuncian un concierto de música *heavy*, en el que desplegarán la vigilancia ordenada desde la Jefatura. De todas formas, Julia decide ir a verificar la seguridad desplegada y ver el ambiente de un concierto *heavy*; y así, de primera mano, observar qué clase de personas asisten a un evento de esas características.

Tras repasar el correo, tomar algunas notas y preparar unos documentos, Julia sale de su oficina y se dirige a la de su compañero. Llama a la puerta y desde el otro lado le contesta David que pase. Ella abre la puerta y se dirige hacia él.

—¡Hola, David! —dice, cariñosamente.

—¡Hola! ¿Alguna novedad? —pregunta, sonriente.

—Ninguna. ¿Te apetece ir de concierto *heavy* esta noche? —pregunta ella.

—¿De concierto *heavy*? —responde él, algo extrañado.

—No me gusta esa música, pero quiero observar qué clase de personas van a esos conciertos. Si quieres, después podemos cenar juntos en mi casa — responde Julia.

—Es decir... vamos en plan de trabajo, más o menos, ¿no?

—Digamos que un poco, sí.

Julia sonrío.

—Yo también tengo curiosidad en saber qué clase de gente va —responde David.

—¡Perfecto!, a media tarde vamos para Premià de Mar.

—Vale —asiente David.

En ese momento, ella se acerca a él y le da un cariñoso beso, a la vez que le acaricia el brazo. Julia sale sonriente de la oficina, para continuar con los datos y documentos que tiene pendientes.

CAPÍTULO 18

Horas más tarde.

Son las siete de la tarde. Tras el parón del mediodía, Julia ha continuado con su trabajo; entre ellos, debía cerrar un caso de maltrato, pero continúa centrada en el caso más importante de los últimos meses, los casos del violador de Vallparadís.

Ha estado buscando en varias páginas *web* todos los eventos y conciertos donde la música *heavy* es la protagonista. Ha puesto máximo interés en los grupos que actúan, pero cada vez se siente más abrumada por la dificultad que está teniendo el caso. Julia no pensaba que esa música tuviera tantos seguidores, y a eso se le suma que el autor, en caso de que sea el mismo, ha actuado en diferentes ciudades, cosa que dificulta la investigación.

"*Necesito una pista*", dice Julia metida en pensamientos, mientras continúa la búsqueda de datos que cree importantes.

Pasados unos minutos, suspira y agacha la cabeza, cansada mentalmente; la levanta y llama por teléfono a su compañero.

—Dime, Julia —contesta David desde su oficina.

—Hoy ya no puedo más —dice con voz plomiza—. ¿Qué te parece si lo dejamos por hoy y nos vamos para Premià? —propone.

—Ningún problema —contesta David—. Tú eres la jefa —añade.

—¡Perfecto! Recojo todo y te toco en la puerta —dice más animada.

Julia cuelga el teléfono y sonríe, pensando en la situación ocurrida, "*lo llamo por teléfono, cuando tengo su oficina justo al lado*". Comienza a recoger documentos que coloca ordenadamente a un lado de la mesa, coge su chaqueta y el bolso e introduce en él su teléfono. Sale de la oficina y ve que su compañero David ya la espera en la puerta.

—¿Vamos? —pregunta él, sonriente.

—¡Vamos! —contesta ella, con un sonrisa.

Los dos se encaminan hacia la escalera, para ir a la planta baja. Llegan abajo y se dirigen a la puerta principal del edificio, mientras se despiden del agente que se encuentra en la ventanilla de información. Salen de la Jefatura y se van hacia el coche de Julia.

—Vamos en mi coche —dice ella.

Llegan al vehículo, situado a pocos metros y tras salir del complejo policial, se dirigen a la autopista en dirección a la población costera.

Premià de Mar, horas después.

Pasada poco más de media hora, Julia observa el cartel indicador de Premià de Mar. Sale de la autopista, pasan el peaje y tras rebasar una rotonda, Julia observa que cerca hay un supermercado. Mira la hora y ve que son poco más de las ocho de la tarde.

—¿Qué te parece si compro algo para la cena y cenamos en mi casa? —pregunta Julia.

—Me parece bien —responde David.

—Tampoco nos quedaremos todo el concierto. No me gusta esa música —añade ella.

—A mí, tampoco —dice él, sonriendo.

Tras unos metros, pasan un par de rotondas que conducen a la entrada del supermercado, a través de una gran rampa descendente. Llegan al *parking* y estaciona el vehículo justo delante de la entrada. Mira su reloj, que marca prácticamente las 21:00 horas. Se dirigen a la entrada y David observa que cierran en media hora. Una vez dentro, una señorita que se encuentra en información les saluda amablemente.

Los dos comienzan a dar una vuelta rápida por el establecimiento y admiran su grandiosidad para ser un supermercado. Llegan a la frutería. Les atiende una guapa señorita, con unos hermosos ojos grisáceos. La chica estaba comenzando a recoger la mercancía pero, al verlos, se dirige a ellos.

—¡Hola! —saluda sonriente—. ¿Les ayudo? —añade con su jovial y suave voz.

Julia ve que lleva enganchada una placa, en la que se puede leer *Elisa*, seguida de un número.

—¡Tranquila! —dice Julia—. Cuando acabemos te aviso.

La chica les sonrío y continúa con unas lechugas que introducía en una caja para, seguidamente, colocarlas en un carro metálico.

Julia escoge unas manzanas rojas, muy brillantes, y unos plátanos. Le pregunta a su compañero si quiere alguna otra clase de fruta, a lo que él contesta que le gusta las que ha escogido, —Ya puedes pesarnos esto, joven —dice Julia.

La joven deja en ese momento unas coles, con las que hacía los mismo que con las anteriores lechugas y se dirige hacia la balanza.

—Ya te queda poco para acabar, ¿no? —pregunta Julia, mientras le entrega la fruta para su pesado.

—Sí —responde alegre la joven.

David observa en la panadería, que se encuentra justo al lado, unos vistosos pasteles, y como llamado por sus colores, se dirige hacia la sección.

—¡Hola! —saluda David, para llamar la atención de la chica de la panadería.

En ese momento, sale de lo que podría ser el obrador del pan, una guapa y delgada joven, con un cabello moreno y largo.

—¡Hola! —contesta alegremente la chica— ¿Qué le pongo?

En ese instante se acerca Julia y comienza a mirar la pequeña nevera de la panadería.

—Ponme doce *macarons* variados —contesta David, sonriente—. También un par de trozos de esta tarta de queso —añade, señalando la exquisita tarta.

La chica comienza a prepararle los *macarons* cuidadosamente, en una bandeja y, seguidamente, hace lo mismo con los dos trozos de tarta.

—¿Desean algo más? —pregunta la chica.

—No, Judith —responde David, al observar que, según su placa, la chica tiene ese nombre.

Tras coger algo de postre y unas pizzas que estaban cerca de la frutería, dan una última vuelta al supermercado, antes de dirigirse a la caja para pagar la

compra. En ese momento, Julia observa a un joven con algunas características del violador, según la descripción de la última víctima, pero no le da la mínima importancia debido a que, posiblemente, hay muchas personas con esas mismas características.

Tras pagar la compra, Julia y David salen del supermercado y se cruzan con la chica de la panadería, que iba acompañada de otra chica más baja de estatura, con gafas y muy parlanchina, que llevaba un carro con bolsas de basura.

—Adiós, Judith —dice Julia, con una sonrisa.

—Adiós, buenas noches —responde la chica sonriente.

Julia y David se dirigen al coche e introducen la compra en el maletero. En pocos minutos, salen para el centro del pueblo en busca de la plaza donde se celebrará, en breve, el concierto de música *heavy*, con la esperanza de ver algo que les dé un poco de claridad a los casos.

CAPÍTULO 19

Premià de Mar. Minutos después.

La noche se presenta cálida, ni una ráfaga de aire. En el escenario de la plaza están ultimando los preparativos, para que dé comienzo el espectáculo. Empieza a verse personas jóvenes que se acercan y suben a las gradas para ocupar el mejor sitio. Todavía hay algunos niños jugando a la pelota muy cerca del escenario.

—¿Me pone una cerveza? —le dice Víctor al chico que se encuentra detrás de la barra del bar, el mismo que había cuando vino con su compañero días antes.

—Ahora mismo —responde amablemente el chico.

Mientras Víctor observa lo que va sucediendo en la plaza, a la vez que ojea el diario, el camarero le sirve una fresca cerveza. Comprueba que la gradería de la plaza se llena en poco tiempo; en el escenario ve un gran cartel, en la parte del fondo, que pone "*Premià Heavy Festival*".

Víctor mira su reloj y se da cuenta de que solo falta apenas una hora para que comience el espectáculo que ofrece su banda y otro grupo barcelonés. "*Más de una hora nos queda*", piensa, al saber que él y su grupo tocan después de la segunda parte.

El bar está bastante lleno de gente. Víctor ve que también está el mismo matrimonio que había anteriormente; esta vez, acompañados por otra pareja más joven, que parecen ser de su familia. Por momentos, entran y salen personas del bar. A Víctor le llama la atención una pareja que acaba de entrar. Ella, con una melena morena, lleva un tejano ajustado y una camiseta azul claro que realza una figura espectacular y sensual. El hombre que la acompaña viste informal, con unos tejanos negros, camisa verde pistacho y una americana de color negro. A Víctor le llama la atención su estilo informal, pero a la vez elegante. Ve que se sientan a una mesa que se encuentra más al fondo del local, junto al matrimonio mayor. En ese

momento, saca de su bolsa bandolera, de color negro, una bolsita con una pequeña bandeja, que contiene unos dulces que parecen hamburguesas de diferentes colores.

—Nunca he probado los *macarons* —dice ella.

—Te gustarán Julia —responde él.

Víctor escucha algo de la conversación y se pregunta qué será eso de los *macarons*, no lo había oído ni visto nunca. "*Debe ser alguno de esos dulces que han traído de otro país y se han puesto de moda aquí*", piensa Víctor.

Mientras ojea la plaza, mira el bullicio del bar, piensa en el repertorio que interpretarán y en el solo que tocará en la canción "*Harvester of Sorrow*", una de sus favoritas y de la que puede sacar todo su potencial interpretativo.

La plaza está casi llena, la grada repleta y queda poco más de media hora para que comience el concierto. En el escenario, ya se prepara el grupo que comienza el concierto. Los técnicos acaban sus últimas pruebas de luz.

Víctor observa la seguridad del evento, que cuenta con varias parejas de los mozos de escuadra y policía local.

—Hola, Víctor.

Se gira y es su compañero Pol, que acaba de entrar en el bar y se sienta a su lado.

—Hola, Pol —responde sonriente Víctor.

—¿Qué tal estás? —pregunta su compañero.

—Bien, haciendo tiempo —responde.

—¿Y tu guitarra? —pregunta al ver que no la lleva con él.

—La tengo preparada en la carpa que han instalado al lado del escenario. Hay una para nosotros y otra para el otro grupo. ¿Has visto la seguridad que hay? —le pregunta, al ver la inusual seguridad que hay para el evento.

—Sí —responde Pol, mirando hacia la plaza—. Posiblemente, es por los casos de violación que han sucedido últimamente en algunos conciertos.

—Puede ser eso —dice Víctor, algo pensativo.

Julia prueba el pequeño dulce de fresa que le ha dado su compañero. En ese momento, el camarero le sirve un cortado a ella y otro a su compañero David. Desde la mesa donde se encuentran, Julia observa el movimiento de la plaza, gente subiendo a la gradería; la mayoría, jóvenes vestidos con ropas oscuras y sus melenas características.

También comprueba el despliegue de seguridad.

—Veo que han efectuado la ordenanza que envié días atrás —dice a su compañero.

—Sí. Han enviado dos patrullas de mozos y una de policía local —responde David, mirando a la plaza.

Julia nota que en el escenario comienzan a salir los componentes del primer grupo; en ese instante, suena un aplauso en la plaza. Todavía hay gente subiendo por la gradería y llegando al lugar. La barra del bar que han instalado justo al lado del escenario comienza a llenarse de jóvenes, para empezar la fiesta.

En ese momento, Julia observa a dos personas que se encuentran un par de mesas más afuera; su aspecto es el típico de las personas que les gusta esa música.

—¿Vamos a chafardear? —pregunta Julia a su compañero.

—¡Vamos! —contesta David, a la vez que asiente con un movimiento de cabeza.

David paga las consumiciones y salen del abarrotado bar; se dirigen hacia la derecha, en dirección a la plaza. Llegan a ella tras subir unas anchas escaleras y observan que la grada está llena y la gran plaza comienza a no tener ningún hueco.

Se apagan las luces y con un ensordecedor estruendo armónico comienza el concierto. Segundos antes, el cantante del grupo ha empezado a cantar una canción en inglés.

David mira a su alrededor, el espectáculo está tranquilo, de momento. Hay gente que da sus primeros saltos y grita. También hay algún matrimonio mayor que pasa por la plaza, espantado por el ensordecedor ruido de la música.

—Me gusta más el juego de luces que la música —dice Julia con voz muy fuerte a su compañero.

—Esta música es insoportable —responde él, casi inaudible, por mucho esfuerzo que haga.

Julia advierte que hay mucha gente con las características del violador, incluidos algunos músicos, lo que le hace pensar que el caso es, todavía, más difícil. Cualquiera persona de éstas puede ser sospechosa o, a lo mejor, el violador no está entre ellas.

En la plaza, la seguridad es bastante alta; se puede observar una pareja de mozos de escuadra cerca del escenario; otra, moviéndose entre los asistentes y una patrulla de la policía local que llega en el coche y, tras salir de él, comienzan a patrullar por la zona.

—La seguridad está cubierta —dice David a su compañera.

—Sí —responde ella—. La cosa, de momento, está tranquila, pero hay que esperar a que el alcohol y las drogas comiencen a hacer de las suyas —añade.

En ese instante, pasa una de las parejas de mozos de escuadra por su lado y Julia les aborda enseñándoles la placa de identificación. Habla con ellos unos minutos y verifica que conocen el caso de las violaciones y la orden de seguridad para estos eventos.

David les comenta que cualquier mínimo altercado, por muy pequeño que sea, cualquier persona con comportamientos extraños o, sea lo que sea, debe ser avisado al departamento inmediatamente superior, para su investigación.

Julia, mientras escucha a su compañero, observa que el ambiente comienza a ser más activo; los gritos son más frecuentes y ya se ve a alguna persona más alegre que de costumbre, debido a la ingesta de alcohol.

—David, ¿nos vamos ya? Esta música es insoportable, quiero algo de tranquilidad —comenta Julia, casi gritando.

—Sí, sí. Esto no hay quien lo aguante —responde él.

Julia se agarra al brazo de su compañero y se encaminan hacia la escalera por la que subieron minutos antes y que transcurre por delante del bar.

—¿Tomamos algo antes de ir a cenar? —pregunta con voz más baja David.

—Sí; y después vamos a mi casa a cenar.

En pocos minutos llegan al bar y, tras sentarse en la misma mesa, piden unos refrescos. El establecimiento continúa lleno de gente. A Julia le llaman la atención dos hombres que están sentados en una mesa situada hacia la salida. Por lo poco que escucha, supone que deben ser músicos.

—Esos dos de ahí son músicos —le dice Julia a David.

Él gira la cabeza y observa a los dos hombres.

—Tienen toda la pinta por su forma de vestir —responde él—. Están hablando sobre lo que van a tocar.

Tras una charla con su compañero, Julia se levanta y él va tras ella.

—Sí, vámonos ya.

Una vez abonada la consumición, salen del bar, ante la mirada de uno de los hombres que parecen ser los músicos. Ella mira hacia la plaza y observa movimiento con el ensordecedor sonido de esa música. Se vuelve a su compañero.

—David, si quieres, cuando acabemos de cenar te puedes quedar en mi casa; tengo una habitación libre —dice ella con una tímida sonrisa.

—¡Vale! Y mañana vamos juntos a la Jefatura.

Julia le sonrío. Ella no suele invitar a nadie a su casa, y menos a dormir, a no ser que sea un familiar, su madre o alguna amiga, pero con su compañero es diferente; algo siente que hace que le invite a pasar la noche con ella; cada vez necesita más su compañía y se pregunta si él sentirá lo mismo.

CAPÍTULO 20

Casi media hora más tarde.

El público está eufórico, gritan el nombre del grupo que ha acabado de actuar en la primera parte del concierto.

En el *backstage*, Víctor y sus compañeros esperan a que el grupo anterior abandone el escenario para entrar ellos en escena. Están preparados para salir, unos técnicos preparan el escenario para la banda “*The Metals*”. Pol se asegura de que todo está preparado y hace una señal a sus compañeros para que comiencen a salir al escenario.

Primero sale Pol y el público estalla en una gran ovación, al ver que comienzan a salir los músicos para iniciar la segunda parte del espectáculo. Tras Pol, aparecen el resto y se colocan en sus respectivos lugares. Víctor espera a que todos estén colocados y, en ese momento, sale él con su característica imagen, acompañado de una gran ovación del público asistente.

Una vez están colocados todos en el escenario, Víctor repasa al grupo y da la señal de comienzo. En ese momento, un gran y ensordecedor acorde abre el recital. Las luces del escenario acompañan a cada uno de los acordes, como si se tratara de un baile. Los asistentes no dejan de gritar y saltar, debido a la euforia.

Mientras la banda continúa tocando, en una de las esquinas de la plaza y cercana al escenario, llega una patrulla de los mozos de escuadra y retienen a un joven que, por lo visto, está bastante ebrio e intentó agredir a otro hombre, pero todo quedó en un pequeño incidente sin importancia, por la rapidez del cuerpo de seguridad.

La banda continúa su actuación y en cada canción que interpreta crece la excitación del público asistente al concierto; aumentan los gritos y las personas ebrias.

Víctor, mientras mira al escenario, disfruta de cada nota que toca con su guitarra, siente cada acorde y disfruta al ver al público que lo está pasando bien. Se siente contento, porque el grupo está haciendo disfrutar y, todavía, le queda la pieza final, con su espectacular solo de guitarra. Esa es su canción favorita y con la que más goza; pero, últimamente, está extrañado por una inusual figura que se le aparece nada más acabar el *solo*, y que desaparece en segundos. Pero lo que más le extraña es la voz, una voz que le susurra las palabras: "*hazlo, hazlo*".

En esos momentos, piensa si será la misma figura que vio una vez, hace muchos años, en una sesión de espiritismo que hizo su madre, en la cual vio aparecer otra extraña figura.

Pasa casi media hora desde que comenzó su recital y el concierto está llegando a su fin. El grupo toca el último acorde de la penúltima canción y el público responde con un gran aplauso.

Víctor anuncia que interpretarán "*Harvester of Sorrow*" y que con esa canción finalizará el concierto. Aprovecha para despedirse de los asistentes y da las gracias por sus aplausos y la acogida al grupo.

Las luces cambian a un rojo fuerte y con un gran estruendo a cargo del batería, el tema final comienza. La banda inicia la pieza y Víctor, a la vez que toca, prepara su *solo*. Unos minutos después, comienza el espectacular *solo* y nota en su interior cada nota y motivo musical que interpreta. Sus gestos son de auténtico placer; cierra los ojos para sentir la música que le gusta en su interior y, al abrirlos, tan solo observa a esa extraña figura delante del escenario. No hay público, pestañea al ver esa rara situación y como si se tratara de un sueño, todo vuelve a estar normal. "*¿Qué me ha pasado?*", se pregunta extrañado, mientras continúa con su *solo*.

Al interpretar las últimas notas del *solo* de guitarra, escucha como si fuera un susurro: "*hazlo, hazlo*". La pieza llega a su fin con un gran acorde y el mismo juego rojizo de luces que al principio.

Con ese último acorde y el estruendo de la batería, acaba el concierto y se apagan las luces del escenario. El público ovaciona a la banda, a la vez que grita: "*otra, otra, otra*". Se encienden las luces y los componentes

comienzan a despedirse del público antes de salir del escenario, acompañados del sonido de los aplausos del público.

En pocos minutos, el grupo se sienta para descansar, al tiempo que recibe la felicitación del grupo anterior. El último en salir del escenario es Víctor, que se dirige a la nevera donde les han dejado preparados unos refrescos, cervezas y agua. Coge una botella de agua y se sienta para descansar, agacha la cabeza y cierra los ojos. Al abrirlos, vuelve a aparecerle la misma extraña figura, con las mismas características; solo está ella y nadie más. La figura se aleja, a la vez que le susurra: “*hazlo, hazlo*”. Víctor pestañea y todo vuelve a la normalidad. Todo ha transcurrido en pocos segundos.

—¡Víctor, Víctor! —le dice su compañero Pol.

—Sí, dime —responde él sorprendido.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, al verlo algo callado y pensativo.

—Sí, estoy bien, solo un poco cansado —dice con voz plomiza.

Víctor se levanta de la silla, comienza a sentir esas ganas de sexo que tiene últimamente después de los conciertos. En su cabeza oye el susurro de esa voz que le dice las mismas palabras y él hace negación con la cabeza y se toca con la mano derecha la sien.

Coge su guitarra y sale del *backstage*, para saciar esas ganas de sexo y acabar con esa necesidad que siente y no puede dejar pasar.

Barcelona, a la misma hora.

Julia y David están terminando la cena. En el transcurso de la misma, han intercambiado opiniones sobre el caso de las violaciones, han hablado de sus aficiones, sus gustos y algo de sus vidas personales.

David se muestra más tímido de lo normal cuando está con su compañera, a la vez que más cariñoso y positivo, ante el caso de las violaciones, cuando Julia no encuentra esa pista necesaria para su resolución.

Pasados varios minutos, Julia se levanta de la silla y comienza a recoger la mesa. Su compañero se suma y le ayuda en la tarea.

—No, no —dice ella—, ponte cómodo que esto lo hago yo en un momento.

David asiente con un gesto de cabeza y tras dejar en la pequeña cocina lo que había cogido, se dirige al sofá.

La vivienda es un piso pequeño con un gran comedor, al que se llega por un pasillo desde donde se accede a la cocina, lavabo y dos habitaciones; la de matrimonio y una más pequeñita.

En el comedor predomina el color blanco de las paredes, que contrasta perfectamente con el negro del mobiliario.

David espera sentado en el sofá. Delante tiene una mesita auxiliar de color negro y, desde su posición, puede ver el televisor. Coge su móvil y ojea el correo electrónico; ve que no tiene nada importante; seguidamente, echa una ojeada a las redes sociales. En ese momento, aparece su compañera desde la pequeña cocina con la tarta comprada esa misma tarde y unos cafés.

—¿Te apetece? —pregunta, mientras se acerca al sofá.

—Sí, me encanta el café y después de comer no me puede faltar.

Julia deja la bandeja sobre la mesa y corta dos trozos de tarta. Le entrega uno a él y, el otro, más pequeño, se lo queda ella y se sienta a su lado.

—¿Estás a gusto? —pregunta ella, tímidamente.

—Sí —responde él, sonriendo—, me encanta tu casa.

—¡Gracias! —contesta ella.

Julia siente un poco de nerviosismo. Hacía tiempo que no tenía esos nervios ante un hombre. Hace varios años que conoce a su compañero, pero el caso de las violaciones la ha acercado un poco más a él. Lo ha conocido mejor y ha comenzado a sentir algo que no tenía pensado.

David, al ver que su compañera lo mira, acerca su cabeza, a modo de intentar darle un beso, pero su inusual timidez y el miedo a la reacción de ella, echa para atrás su cometido.

—¿Qué quieres hacer? —dice David, para cambiar la situación.

—No tengo muchas películas —contesta ella—, solo algunos juegos de mesa bastante divertidos.

—¿Juegos de mesa? —pregunta él.

—Sí. Tengo uno de unos dados, que a través de ellos debes inventar una historia —responde ella, sonriente—. A mí me gusta y me divierte.

—Pues, tráelos y jugamos un rato. Seguro que tienes una imaginación muy creativa —dice él.

—Vale. Y si te aburres o no te gusta, me lo dices y dejamos de jugar.

Julia se levanta del sofá y se acerca al mueble. Abre un cajón y saca una caja, se acerca a la mesa y la deja sobre ella. Se sienta en el sofá, junto a su compañero, que la observa. Abre la caja y saca de dentro varias cajitas de colores, una de ellas con tan solo tres dados. Abre una de ellas, de color naranja y saca nueve dados, con dibujos en sus caras, y los tira sobre la mesa.

—¿Empezamos? —pregunta ella, mirándole tímidamente a los ojos.

—¡Juguemos! Tu empiezas —responde él, cariñosamente.

Ella sonrío y comienza la partida.

CAPÍTULO 21

Premià de Mar, minutos más tarde.

La plaza comienza a quedarse vacía tras el concierto; los asistentes se esparcen por las calles colindantes. Se escucha todavía el murmullo de los que no se deciden a irse de la plaza. Los bares de los alrededores comienzan a recoger las terrazas.

Los mozos de escuadra continúan por la zona, junto a los policías locales, a la espera de que la plaza quede desierta para bajar el nivel de seguridad. En el escenario, los técnicos comienzan a recoger todo el material y cableado.

En ese momento, aparece el equipo de limpieza municipal y comienza a limpiar la plaza de vasos de plásticos, papeles, etc... casi hay tanta actividad como antes.

Víctor encamina la calle abajo hacia su coche. Sus pasos son lentos y su actitud pensativa. Por la calle pueden verse grupos de amigos que hablan del concierto, parejas que continúan hablando del evento o que muestran su amor y no dejan de besarse y abrazarse.

No se vislumbra ninguna chica joven. Tras caminar varios metros, llega a su coche, lo abre y entra. Sale del aparcamiento en dirección a la autopista. A pocos metros de su ubicación inicial, gira hacia la izquierda y coge una calle ancha. Por esa zona no ve a nadie, ni un alma. Llega a un semáforo que en ese momento estaba en verde y gira hacia la izquierda y advierte una señal de indicación hacia la autopista, Premià de Dalt y Vilassar de Dalt.

Tras recorrer poco más de un kilómetro y pasar alguna rotonda, a pocos metros, observa una indicación de entrada a la autopista y otra gran rotonda. A la derecha divisa a una chica joven, ojeando su teléfono. Víctor aminora la velocidad y, en ese momento, vuelve a escuchar esa extraña voz en su interior que le dice: "*hazlo, hazlo*".

Observa que la chica se desvía hacia la derecha y se mete en un descampado, habilitado para aparcamiento de coches, a pocos metros de lo que parece ser un colegio. Víctor pierde de vista a la chica y continúa su marcha, poco a poco. Recorridos unos metros más, llega a la rotonda, hace el *STOP* y, al entrar en ella, vuelve a ver a la chica que cruza un paso de peatones. Él continúa y llega a la altura del paso y se lo cede a ella. Sigue, poco a poco, haciendo la rotonda, muy pegado a la derecha. En su interior continúa escuchando esa voz, a la vez que se le aparece una difuminada figura humana al lado de la chica. En alguna de estas apariciones, puede apreciar que esa figura lleva una túnica negra con capucha y solo se le ven unos ojos rojizos.

Tras pasar a la chica, Víctor detiene su coche y acciona los intermitentes. Sale rápidamente del coche y corre hacia ella, que se encuentra a pocos metros. La chica, al verlo, da un grito y comienza a correr al ver a Víctor que se acerca a ella.

Víctor corre tras ella y a la altura del colegio, y muy cerca del escampado, la chica tropieza con un resalto de la calzada y cae al suelo. Víctor la alcanza y se abalanza sobre ella. Intenta callarla con una de sus manos sobre la boca, haciendo sus gritos inaudibles.

Víctor consigue ponerla de pie.

—¡Tranquila, chica! Vamos a hacer el amor —dice, susurrándole en el oído, mientras escucha en su interior la misma voz extraña.

La chica continúa resistiéndose inútilmente. Víctor la sujeta como puede, empujándola hacia el descampado, que se encuentra unos metros adelante. Llegan al lugar y la arrastra hacia un espacio entre dos coches aparcados. Son pasadas las once de la noche. No hay nadie por el entorno y poca luz, tan solo el reflejo de los intermitentes de su vehículo.

Víctor la obliga a ponerse de rodillas y contra la pared. Él se apoya sobre ella para inmovilizarla. Le desabrocha con la mano libre el botón del pantalón y se lo baja lo más que puede. Se baja el suyo y, en ese momento, ella, aprovechando un descuido, le da un mordisco en la mano que le tapa la boca, haciendo que la suelte.

La chica se da la vuelta rápidamente y tras colocarse de pie, le propina una patada. Víctor se retuerce y la chica aprovecha para salir corriendo hacia la

carretera para ser vista por algún conductor.

Víctor sale tras ella y al ver que pasan algunos coches, se sube el pantalón y se encamina corriendo hacia su vehículo, por temor a ser visto. Recorridos pocos metros, alcanza el coche, se sube y quita las luces intermitentes. Comienza la marcha y observa que pasa un coche policial.

Respira por no ser visto por la policía y prosigue la marcha hacia la autopista. Llegando al peaje, ve la extraña figura y la voz le susurra de nuevo. Pestañea, y ese ser ha desaparecido. Con la mirada perdida, accede a la autopista para dirigirse a su casa, con el deseo de realizar lo que su mente le dice.

Barcelona, a la misma hora.

—¿Quieres otro café? —le dice Julia a su compañero.

—¿Tienes una cerveza? —pregunta David—. Me apetece una cervecita —añade, sonriendo.

Julia se levanta y se dirige a la cocina, ante la mirada cariñosa de su compañero.

Tras las partidas a los dados, han estado riendo por las historias variopintas de ellos, se han cruzado miradas cariñosas que días atrás no se cruzaban, han mostrado más cariño mutuo y han hablado de sus vidas, sus gustos y *hobbies*.

Julia le trae minutos después una cerveza y se sienta a su lado.

—¿Estás bien? —interpela, algo preocupada.

—Sí, sí, tranquila —responde, amablemente—. Estoy muy bien y a gusto.

Ella le acaricia una mejilla a la vez que le sonrío.

—Hace tiempo que no entraba ningún hombre en mi casa —dice ella.

—¿Ah, sí? —contesta su compañero, con sorpresa.

—Últimamente, me encanta estar contigo, ahora que te voy conociendo —dice Julia—. No eres lo que aparentas.

—Gracias, Julia. Tu eres un encanto y una chica estupenda —le dice David—. Ya te dije una vez que no soy lo que parezco.

David se acerca a ella y le da un cariñoso beso en la mejilla, mientras le coge la cara.

Julia siente nerviosismo, pero no se atreve a dar ningún paso sobre sus sentimientos y cambia de tema.

—¿Qué *planning* tienes mañana? —pregunta Julia.

—Pues no sé. Tengo algunos casos que preparar para que los cierres, pero todo depende del caso del violador —dice él—. ¿Qué tienes tú pensado?

—¡Uf!, no sé qué buscar —dice ella, bajando la cabeza—. Todo está muy abierto. No hay nada que nos lleve a un punto claro. Hay muchos tíos con las características que conocemos. Lo hemos comprobado esta misma noche.

—Es verdad. Con esas características hay miles y si a eso añadimos que las bebidas y las drogas pueden influir en el estado de esas personas y causar esos actos... —añade David.

—Sabemos que lo hace por la espalda, pero eso para mí no es importante. Es una pista insignificante. —dice ella.

—Verdad —contesta él.

David, en ese momento, mira su reloj y ve que son casi las doce de la noche. Ella lo mira.

—¿Te quieres ir ya? —pregunta ella—. Te puedes quedar. No hay problema.

—Vale —contesta David—. Me sabe mal que tengas que llevarme a Sabadell y después volver.

—Tengo una habitación libre. Cuando quieras irte a dormir, solo debes decirlo —añade ella.

—De momento, no. ¿Quieres echar otra partida a estos dados? —pregunta él, sonriendo—. Me encanta la imaginación que tienes para contar historias.

—Pues, ¡venga! —dice ella, seguido de una risa burlona.

David coge de nuevo los dados que continúan esparcidos sobre la mesa, los tira y, entre las imágenes que pueden verse, hay una de un chico y una chica con un corazón. Los dos cruzan una mirada cariñosa y Julia comienza a explicar su historia, ante la atenta y cariñosa mirada de su compañero.

CAPÍTULO 22

Terrassa, horas más tarde.

Durante el recorrido que separa Premià de Mar de Terrassa, Víctor ha vuelto a escuchar ese susurro en su interior, que apareció justo acabado el concierto. También se le ha aparecido ese ser o figura en el trayecto, desapareciendo segundos después.

Llega a su casa casi una hora después. Se siente cansado, pero con las mismas ganas de sexo. Necesita hacerlo, pero hace caso omiso a su deseo y a esa extraña voz.

Se sienta en el sofá y enciende el televisor para ver si desaparece ese impulso. Vuelve a escuchar ese susurro que le dice que debe hacerlo. "*No he podido*", dice él interiormente, con la mirada fija.

Sacude la cabeza, mira la tele y ve que están programando un *reality*. Cambia de canales y acaba apagándola, porque no hay nada que le guste.

Mira el reloj y observa que son más de las doce de la medianoche. Se levanta y va hacia su dormitorio.

—A ver si puedo dormir —dice, mientras va a su habitación.

Llega al dormitorio y ve otra vez esa figura, pero como si se tratara de una sombra, y tras sacudir la cabeza, la figura desaparece. Otra vez esa voz vuelve a susurrarle las mismas palabras. Se quita la ropa y tras apartar el nórdico, se mete en la cama. Siente un deseo sexual inevitable; decide auto complacerse.

Mientras se masturba, recuerda escenas de sexo anteriores, hasta que termina. Sudando, se dirige al lavabo para limpiarse. Tras lavarse vuelve a su dormitorio y se mete en la cama de nuevo. Evoca, en ese momento, cuando de niño vio una figura parecida a la que se le aparece. Fue en una especie de reunión esotérica que realizó su madre y que recuerda como si hubiera sido ayer. Entre esos pensamientos se queda dormido.

Pasan unas seis horas y Víctor se levanta sobresaltado; esa voz lo ha despertado. Está sudando. Ha tenido una pesadilla. Se levanta con la mirada fija adelante. Se viste rápidamente y sale de casa, mientras sigue escuchando ese susurro incansable.

Tras salir del edificio, se encamina a pasos rápidos y largos. Su mirada está fija y apenas pestañea. Mira a su alrededor y no ve a nadie. Ni un alma por el barrio.

Ha caminado varios minutos y a lo lejos ve una chica joven con cabello pelirrojo y corto. El parque de Sant Jordi está cerca. Comienza a aligerar el paso hacia la joven. Vuelve a escuchar el susurro a la vez que su deseo sexual va en aumento. Su mirada fija en la chica que tiene a pocos metros y, a su lado, tiene a ese ser que señala hacia la joven. Víctor corre hacia ella.

Ariadna se dirige hacia su vehículo que está aparcado en una de las calles colindantes al parque de Sant Jordi. Son poco más de las 6 de la mañana y va a su trabajo, en el otro extremo de la ciudad. Mira su reloj y le queda casi una hora para empezar su jornada laboral.

Mientras camina hacia su coche, observa el parque, solitario todavía a esa hora de la mañana. Nadie por la calle. Mira hacia su coche y lo ve ya a escasos metros.

Casi llegando a su vehículo, siente un fuerte golpe en las piernas que la tira al suelo. En ese momento, ve de reojo a un hombre alto y de cabello largo. El agresor le tapa la boca y los ojos con un pañuelo que ata por detrás. La obliga a caminar hacia una zona del parque donde hay una especie de chiringuito de refrescos y alejada de la calle.

Ella, durante el trayecto, forcejea con él, consiguiendo soltar una mano. Justo, en ese instante, recibe un fuerte golpe en el costado izquierdo. Ariadna cae y comienza a ser arrastrada hacia la parte de atrás del chiringuito.

Llega al apartado lugar y el hombre la estira en el suelo. Nota que comienza a bajarle la falda que llevaba hoy puesta y, seguidamente, la ropa interior. Consigue de nuevo soltar una mano y, al intentar coger la suya al agresor, recibe un puñetazo en la cabeza.

Ariadna escucha que el hombre se baja la cremallera del pantalón, le separa las piernas y la penetra violentamente; ella suelta un grito inaudible, debido al pañuelo que lleva atado.

Durante el transcurso del violento acto, ella intenta huir, separarse de él, pero es inútil, debido al dolor que siente por los golpes recibidos y la fuerza que él ejerce sobre ella.

Han pasado unos largos minutos. El agresor acaba, se sube el pantalón y tras levantarse, sale veloz del lugar, perdiéndose en el parque y sin tiempo para que ella pueda verlo.

Se quita el pañuelo, exhausta. Con los ojos llorosos se sube la ropa interior y la falda. Sale de atrás del chiringuito y ve de lejos al hombre correr por el parque, alejándose velozmente. Ella, al verlo, comienza a correr tras él, pero ve que es inútil alcanzarlo y desiste en perseguirlo.

Parada en medio del parque, se mira y comienza a llorar. Observa a su alrededor y no ve a nadie. Se pregunta, una y otra vez, por qué le han hecho eso. Se da cuenta de que no tiene el bolso. Corre hacia el lugar y ve que está tirado en el suelo. Lo coge, mira en su interior y comprueba que no le ha robado nada.

Se dirige de nuevo al coche, para ir a la comisaría más cercana para hacer la denuncia. Llega a su automóvil, entra y antes de salir del aparcamiento llama a su puesto de trabajo.

—¡Buenos días! Dígame —dice una voz masculina y grave.

—Hola, soy Ariadna.

—¡Hola, Ari!

—No sé si podré ir hoy a trabajar —dice, comenzando a llorar.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta el hombre—. Espera, que te pongo con Toni.

—¿Qué te ha pasado, Ari? —pregunta Toni, encargado de la tienda.

—He tenido un problema muy serio y voy a la comisaría a denunciar —dice llorando.

—Ari, tranquila —contesta, amablemente—. No vengas hoy a trabajar. Cógete el día y tranquilízate —dice con voz suave y tranquilizadora.

—Gracias. Ya te explicaré cuando pase todo.

—No te preocupes —contesta Toni. ¡Cuídate!

Ariadna se despide y cuelga la llamada. Sale del aparcamiento para ir a la comisaría más cercana de la ciudad. Continúa llorando y evocando ese espantoso momento y recuerda haber escuchado en las noticias otra violación en la ciudad, meses antes, pero con más mala suerte que ella y comienza a temblar, pensando que podía haber acabado de la misma manera que la otra chica.

CAPÍTULO 23

Sabadell. Horas más tarde.

Son poco mas de las nueve y media de la mañana. Julia y su compañero David comienzan su trabajo como habitualmente. El movimiento en la Jefatura es el normal de cada día, aun siendo sábado.

Por un lado, David está terminando de archivar los últimos interrogatorios de algunos casos, entre ellos se encuentran los de las violaciones. Mientras introduce los datos en el PC, imprime y archiva. En su mente está la noche anterior con su compañera Julia. No pensaba o no tenía en mente enamorarse, pero con su compañera está pasando algo y siente emociones cuando la ve.

Entre esos pensamientos, se queda atascado en los datos que está pasando del caso del violador de la música *heavy* y observa que hay muy pocos, y los pocos que hay son irrelevantes. Piensa igual que su compañera. El círculo de sospecha es todavía muy amplio. Haría falta un fallo del agresor o pillarlo en la escena, cosa improbable.

En el despacho de al lado, se encuentra Julia trabajando en las pistas que tiene sobre el caso más difícil de resolver hasta ahora. Por mucho que busca algo relevante, más difícil lo ve.

En el concierto al que asistió con David, se le confirmó la dificultad del caso. Hay mucha gente, desde seguidores hasta músicos, con las características que describen. Sus ropas son muy similares. Es como buscar una aguja específica entre miles. Esperaba con optimismo algún movimiento raro que hiciera sospechar de alguien, pero fue inútil.

Ya cansada de buscar e intentar dar con algo, abre su correo electrónico y entre varios email, ve con detenimiento uno que le llama la atención el "*asunto*": *Incidente en el concierto de música heavy de Premià de Mar.*

Julia lo abre rápidamente. En el mensaje explica un pequeño altercado de dos individuos por un intento de agresión de uno de ellos. El incidente quedó

solucionado minutos después y sin nadie herido.

Tras leer el mensaje, Julia se queda pensando. Ayer no hubo ninguna violación tras el concierto. De ahí deduce que el autor no asistió. Julia se apoya con los codos, muy pensativa. "*Otra pista insignificante*", piensa cabizbaja.

Se reincorpora y comienza a escribir en una hoja.

VÍCTIMAS:

-Alex. Terrassa. 25 años. FALLECIDA

-Berta. Canet de Mar. 26 años.

Mira lo escrito y niega con la cabeza.

—Dos violaciones, nada en común entre ellas y dos lugares diferentes —susurra—. El agresor viaja o, posiblemente, sean dos violadores y casos aislados. Pero... ¿y la casualidad de los conciertos *heavy*?

Julia se sobresalta al escuchar el teléfono. Mira el aparato y ve que le llaman de recepción.

—¿Sí?

—Julia, te paso una llamada de la comisaría de Terrassa —dice una voz masculina y ronca.

—Perfecto, ¡pásamela! —contesta Julia.

Tras un silencio corto.

—¿Hola? —dice una voz jovial.

—¡Hola, soy Julia! ¿Qué desea? —responde Julia.

—Soy el comisario Fernando de la comisaría de Terrassa. Tengo una chica aquí, que ha denunciado una violación, y por el *modus operandi* del autor, posiblemente sea el mismo que el de la violación de Vallparadís.

Julia se sobresalta.

—¿Dice que la chica está ahí? —pregunta Julia rápidamente, a la vez que comienza a recoger sus cosas.

—Sí, llegó sobre las siete y está bastante mal. Está acompañada por nuestros psicólogos.

—¡Perfecto! —exclama Julia—. En veinte minutos estoy ahí. Necesitamos hablar con ella.

—Te esperamos, Julia —dice el joven policía.

Julia cuelga la llamada y tras recoger sus pertenencias, apaga el PC y sale corriendo de su oficina. Llama en la puerta de su compañero y tras escuchar decirle que pase, entra y se dirige a paso lento hacia él.

—David, vamos a Terrassa ahora mismo —dice Julia.

David se levanta y comienza a recoger sus cosas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, algo extrañado por la emergencia.

—Tienen en la comisaría a una chica que ha denunciado una violación con el mismo *modus operandi* que las anteriores —contesta Julia.

David apaga el PC y salen a paso ligero de la oficina. Mientras van a la planta de abajo, David le dice a Julia que irán en su coche, que lo tiene más cerca de la puerta.

Llegan hasta el vehículo y después de salir de la Jefatura, cogen la carretera principal hacia Terrassa.

—Este caso puede darnos alguna pista importante —comenta Julia—. Hay tres casos y dos de ellos en la misma ciudad.

—Posiblemente, el autor sea de Terrassa, ¿no? —pregunta David.

—Eso es —responde ella, sonriente—. Hoy mismo voy vamos a reforzar la seguridad en los eventos de música *heavy* que se realicen en Terrassa.

—¿Solo conciertos? —pregunta David.

—No, toda clase de eventos; pero, sobre todo, en conciertos —responde ella—. Esta clase de personas se mueven por todos los lados donde se mueva su mundo, ¿no crees?

—Tienes razón —dice David, a la vez que asiente con la cabeza—, pero hay un punto que no acabo de entender.

—¿Cuál?

—En los anteriores casos, actuó minutos después o un rato después de finalizar el concierto; en éste, ha actuado al día siguiente —dice David.

—Ya he tenido en cuenta ese punto. Poniéndonos en lo peor, posiblemente el autor no fue al concierto y no es el mismo hombre; es decir, que sea un caso aislado o, mirando el lado positivo, sí que fue al concierto y por lo que sea no pudo hacerlo esa misma noche y lo hizo por la mañana —responde con una sonrisa.

—Eres impresionante —contesta su compañero—, has nacido para esto, tienes una cabeza esplendida para este trabajo.

—Gracias, David —dice ella, a la vez que le acaricia la mejilla.

Terrassa, minutos antes.

"¿Por qué me ha pasado a mí?", se pregunta una y otra vez Ariadna, mientras no para de llorar.

Después de denunciar la violación que acababa de sufrir, el policía que la ha atendido le ha recomendado que esperara para tranquilizarse, y viendo que no lo lograba, ha decidido llamar al Departamento de Psicología para dar apoyo a la joven.

En la denuncia, la chica no pudo describir mucho al autor, tenía los ojos tapados por un pañuelo. Solo pudo decir que tenía el cabello largo, porque lo sintió sobre su cara y, tras el acto, vio alejarse a un hombre delgado y melena. También dice que debía ser él, porque a esa hora en el parque no había nadie, ni en ese momento ni antes del ataque.

La chica le dijo al policía que estaba sola en Catalunya; sus padres viven en Andalucía, de donde es originaria y que estaba en Terrassa por un amigo; al encontrar trabajo, decidió quedarse, momentáneamente.

No para de sollozar y los psicólogos intentan ayudarla y tranquilizarla. Ella no dice nada, tan solo llora y se pregunta el porqué.

—Ahora vendrán de la Jefatura de policía los investigadores de un caso que, posiblemente, tenga algo que ver con el tuyo, Ariadna —le dice una joven psicóloga—. Respóndeles las preguntas tranquilamente y, cuando acaben, te vamos a llevar al hospital para unos análisis y para que te mediquen. No va a pasar nada, tranquila —añade la psicóloga, mientras le acaricia la cabeza.

Llaman en la puerta. Se acerca la otra psicóloga, un poco mayor que la otra, a la puerta y abre.

—¡Hola! Somos los mozos de escuadra de la Jefatura Superior. Mi nombre es Julia y mi compañero David —dice Julia, estrechando la mano a la psicóloga.

—Pasen —dice la especialista.

Julia y David entran en el departamento y se acercan a la joven.

—Hola, Ariadna —dice Julia, con voz suave.

Julia la abraza fuertemente, ante la mirada de David, y la chica comienza a llorar desconsolada por lo sucedido.

Se separan del abrazo y la joven se queda cabizbaja, sollozando.

—¿Nos pueden dejar a solas? —pregunta Julia a una de las psicólogas.

—Ningún problema —responde la especialista más joven.

Las dos psicólogas salen de la estancia, dejando a solas a los dos policías junto a la joven, que continúa llorando. Una vez se han quedado los tres, Julia le pregunta a la joven si puede responder a unas preguntas. La chica asiente. En ese momento, David saca su móvil y prepara la aplicación para poder grabar.

—Por tu seguridad y posible prueba en un futuro, vamos a grabar la conversación, ¿sí? —pregunta Julia.

—Vale —responde la joven.

Julia, al ver a la chica con la cabeza agachada, se la levanta y observa a la joven llorando.

—Ariadna, no agaches la cabeza, que esto no te haga caer. Eres muy joven y tienes una vida por delante, y nosotros te vamos a ayudar, ¡tranquila! —le dice Julia, con voz suave y tranquilizadora.

La joven mira a Julia con los ojos llorosos. Julia mira a su compañero y ve que de sus ojos se escapan unas lágrimas.

CAPÍTULO 24

Terrassa, horas después.

El sonido ensordecedor de un claxon sobresalta a Víctor.

—¿No mira? —grita enfadado el conductor del vehículo.

—¡Perdone, señor! —responde Víctor, tras el susto.

Mientras caminaba ligeramente, pensaba en lo ocurrido horas antes. Esa necesidad de sexo, esa extraña voz y ese raro ser.

—Necesito un café —dice, mientras continúa caminando hacia su casa.

Durante el trayecto, se acuerda de su madre, a la que hace mucho tiempo que no ve, y que por culpa de una asociación esotérica a la que se inscribió dejó de ver, aunque mantiene un esporádico contacto telefónico.

A escasos metros, observa el letrero de un bar y se dirige rápido hacia el local. Llega hasta el establecimiento y entra. Es de un diseño moderno, donde destaca su barra, justo, delante de la puerta; a varios metros, con rayas verticales en negro, unos taburetes de un diseño vanguardistas, en contraste con el color gris claro de las paredes del local.

Víctor se sienta a una de las mesas libres en el fondo izquierdo. Coge el diario que estaba sobre una mesa de al lado y se sienta. En ese momento, se le acerca una joven camarera, muy risueña.

—¡Buenos días! ¿Qué desea el caballero? —pregunta, amablemente.

—¡Hola!, un café con leche y un croissant, por favor —responde Víctor.

—Ahora mismo se lo traigo —añade la joven camarera.

Mientras se aleja la joven, Víctor abre el diario y comienza a ojearlo.

“Violador de Vallparadís. Según nos ha informado el Departamento de Investigación de la Jefatura Superior de los mozos de escuadra, todavía es pronto para encontrar al autor de las violaciones. Tan solo se sabe que tiene el cabello largo y se mueve por el mundo de la música heavy. Del mismo

departamento han redactado una ordenanza, para vigilar toda clase de evento de ese género musical. Por ahora, esto es lo que pueden informar”.

Víctor lee la noticia y observa una fotografía del parque de Vallparadís. Se queda pensativo. Recuerda haber tenido una relación sexual con una joven después de un concierto y también recuerda esa extraña voz al acabar.

“¿Cómo puede haber gente que haga esas cosas?”, se pregunta.

Se acerca la camarera y le sirve su café con leche y el croissant.

—¡Muchas gracias! —le dice Víctor, amablemente.

Víctor pasa la página y continúa leyendo el diario, mientras comienza a beber el café con leche. En el bar puede observarse el típico ajeteo de un día laboral, a primera hora; muchas personas solas o en grupo que toman su desayuno.

Tras beberse el café con leche, Víctor se levanta de la silla y se dirige a la barra para pagar. Abona el dinero y sale del establecimiento.

Una vez afuera, Víctor observa a dos hombres que están conversando.

—Sí, esta misma mañana han violado a una joven en el parque de Sant Jordi —comentaba uno de los hombres, con una voz ronca.

—¡Ostras! —exclama el otro—. ¿Han cogido al tío?

—No, no lo han cogido. Voy a ver las noticias por si dicen algo —contesta seriamente el de voz ronca.

Víctor se queda pensativo al escuchar la breve conversación. *“Esta misma mañana he tenido una relación sexual”*, piensa Víctor. ¡Qué casualidad!

Se queda minutos parado, por el escaso recuerdo del acto. Tan solo recuerda unos segundos, pero no el inicio y muy poco del final. Se preocupa por su poca memoria durante el acto sexual. Con esos pensamientos, reanuda los pasos hacia su casa, con la cabeza baja.

Tras varios minutos caminando, llega hasta su casa. Se sienta delante del ordenador y abre su correo electrónico. Ve que tiene varios email; entre ellos, uno de su compañero Pol. Lo clica y comienza a leerlo.

ASUNTO: Concierto este fin de semana en Barcelona. ¿Disponibilidad?

Según el email, Pol explica un nuevo bolo inminente, en una importante sala de Barcelona. Víctor ya está acostumbrado a esta clase de bolos que salen a última hora, ya que es muy habitual en verano.

¡Hola, Pol:

Por mí, sí. Nos vemos.

Víctor.

Con este breve mensaje contesta Víctor a su compañero Pol. Víctor no acostumbra a negarse a esta clase de bolos de última hora. Suele pensar que siempre es bueno un ingreso extra e inesperado.

Mientras continúa leyendo los email de las redes sociales de las que es muy activo, vuelve a pensar en ese estado sexual que tiene cuando acaba de tocar la última canción, que suele ser “*Harvester of Sorrow*”. Se pregunta el porqué de esa extraña voz y de la rara figura.

“¿Será una mala casualidad que cuando hay una violación coincide con mi estado?”, se pregunta.

Una vez ya acabado de leer su correo y ojear las redes sociales, se levanta, se dirige al comedor y se estira en el sofá, para descansar y comenzar a pensar en ese concierto de última hora que les ha salido. Metido en esos pensamientos, se queda dormido en pocos minutos.

Horas después.

Tras el interrogatorio realizado a Ariadna, la tercera víctima del violador *heavy*, Julia y David deciden ir a tomar un café, antes de dirigirse a la Jefatura, para continuar con su trabajo de oficina. En el interrogatorio no sacaron ninguna pista importante. La joven se dirigía a su trabajo, no tiene pareja y nunca ha tenido ningún asunto que pudiera llevar a que le hicieran lo que le han hecho. Para Julia no hay ningún sospechoso claro, pero sí que están casi seguros de que es el mismo hombre de los anteriores casos de violación.

Justo al salir de la comisaría de Terrassa, Julia ve un bar y deciden entrar y charlar.

—Imposible—dice Julia, negando con la cabeza.

—¿El qué? —pregunta David, frunciendo el ceño.

—Otra violación y no tenemos nada en claro. Tan solo algo de su fisonomía y ya está. ¡Hay muchos tíos así! —dice Julia.

—Tranquila, Julia. Seguro que se nos está pasando algo por alto y todavía no lo sabemos —comenta su compañero, al verla algo alterada.

Julia se muestra apesadumbrada y molesta por la situación del caso. Continúan estancados, contando con tres víctimas. Les hace falta una pista más concluyente.

—Hay que comparar las muestras de semen y nos aseguraremos de que son del mismo autor. Si eso no es así, estaríamos ante tres casos diferentes —comenta ella.

—Llamo al laboratorio para que vayan trabajando —dice David.

David coge el teléfono y llama al Departamento de Análisis y hace la petición de comparación de muestras de semen encontrado en las víctimas.

—El lunes las tenemos, Julia —dice, sonriendo.

—¡Perfecto, gracias, David! —dice ella, seguido de un cariñoso beso en la mejilla.

—¿Comemos por ahí? —pregunta él, al ver la hora que es.

—Estaba pensando lo mismo —añade ella, cariñosamente.

Su compañero le acaricia suavemente la mejilla.

—Hoy estás muy guapa, Julia.

—¡Gracias! —contesta ella, tímidamente.

Tras una hora conversando, se levantan y una vez pagada la consumición se dirigen al coche, para ir a la Jefatura y acabar el papeleo antes de ir a comer. Ella, espontáneamente, se coge al brazo derecho de su compañero, y él sonrío, animadamente, por tan bonito gesto.

CAPÍTULO 25

Sabadell. Horas después.

“Su mensaje ha sido enviado”.

La ordenanza de seguridad para la protección en eventos de música *heavy* ya está enviada a los cuerpos de seguridad de Terrassa.

Antes de enviarla, David ha redactado en el PC el interrogatorio de Ariadna y, una vez acabado, lo ha archivado en su correspondiente carpeta. Mientras realizaba el trabajo, pensaba en que no puede ser tan difícil encontrar una pista que lleve hasta el autor. Está seguro, igual que su compañera, que el violador es de Terrassa o vinculado a esa ciudad.

Mira su reloj y observa que son poco más de las 12 del mediodía. Siente la necesidad de ver a Julia. Se levanta y va a su despacho. Llama en su puerta.

—¿Quién es? —pregunta desde el otro lado su compañera Julia.

—David. ¿Puedo pasar?

—¡Pasa, pasa! —responde ella.

David abre y entra sonriente, ante la mirada atenta de Julia, que se encuentra sentada delante del ordenador y rodeada de papeles, como de costumbre.

—¡Hola, Julia! —dice y le da un cariñoso beso en la mejilla—. ¿Qué haces? —pregunta, seguidamente.

—Haciendo anotaciones y ordenándolas cronológicamente.

—He enviado la ordenanza que redactaste a los cuerpos de seguridad de Terrassa. A ver si tenemos suerte y enganchamos a ese tío —dice él.

—¡Muy bien, compañero! —exclama ella, sonriente.

David se sienta junto a ella y le ayuda a ordenar datos y papeles. Durante el tiempo que dura ese trabajo, David muestra su interés hacia ella,

acariciándole suavemente la espalda, el brazo, sonriéndole..., a lo que ella responde con tímidas sonrisas.

—David, ¿por qué las personas a las que les gusta la música *heavy* llevan diseños algo diabólicos en sus ropas? —le pregunta Julia, tras unos segundos de miradas.

—Sinceramente, no lo sé —responde él—. A lo mejor, como es una música rara...

—Creo que deben tener algún significado esos dibujos con ese género, ese color negro generalizado. —dice ella, con cara pensativa—. ¡Vamos a recoger y salimos a comer! —añade, repentinamente.

—Lo que tú digas, jefa —dice él, de forma sarcástica y sonriendo.

Seguidamente, David sale de la oficina de Julia y se dirige a la suya, despidiéndose de su compañera con un beso y un “*hasta ahora*”.

Terrassa. Una hora después.

El móvil de Víctor comienza a vibrar y, seguidamente, suena un tema *heavy*. Víctor se despierta sobresaltado, mira su teléfono y ve que su madre le está llamando.

Mira el reloj, mientras continúa la música en su móvil. Es, prácticamente, la una de la tarde. Se da cuenta de que se ha quedado dormido casi cuatro horas.

Recuerda que hace meses no sabe nada de su madre. La última vez que habló con ella, fue por las fiestas de Navidad, para felicitarle. Desde que su madre conoció a un tal Mario, su actual pareja, él se distanció de ella, al no ver muy bien esa relación, por el cambio de actitud de su madre. Alguna vez le dijo a su madre que no le gustaba Mario; estaba y, según la última conversación, está metido en un mundo esotérico que no le gusta y quería meterla a ella. Desde aquel momento, discutió con su madre y sus comunicaciones son muy esporádicas, y sus reuniones casi nulas. Ella cambió de domicilio, a un barrio de uno de los extremos de Terrassa y él se fue a otro de la misma ciudad, separado varios kilómetros.

Pasados unos minutos, Víctor coge el teléfono y llama a su madre.

—¡Hola, Víctor! —dice su madre, con voz seria.

—¡Hola, mamá! He visto tu llamada. ¿Qué te pasa? —responde él, a la vez que bosteza.

—¿Cómo estás? —pregunta su madre.

—¡Bien! Como siempre, liado. ¿Y tú? Te escucho muy seria.

—¡Bien! Un poco cansada. ¿Sabes que he dejado a Mario?

—No, no lo sabía. Hace tiempo que no hablamos mamá. ¿Cómo iba a saberlo?

—Tienes razón, hijo. Me gustaría volver a verte más a menudo, hablar contigo más veces, volver a tener la relación que teníamos antes de conocer a Mario. Al dejar a ese hombre estoy más tranquila, he dejado el mundo del esoterismo; he visto que solo me traía problemas personales y psíquicos —le explica ella, con voz triste.

—Me alegro por ti. Yo ya te lo dije muchas veces. ¡Estabas ciega! —le contesta él.

—No, Víctor. Yo estaba enamorada. No sabes lo que es eso.

—¿Y qué pasó para que lo dejaras? —pregunta Víctor.

—Hace meses vi que hacía unas cosas que no me gustaban. Me pidió una fotografía tuya, pero no se la quise dar. Al final, accedí, porque me dijo que quería darme una sorpresa. Días después, me pidió un poco de mi sangre, solo unas gotas. A eso me negué rotundamente, porque veía algo raro.

—¿Sangre tuya? —pregunta sorprendido—. Eso es muy raro, mamá.

—Sí, hijo. Pasaron algunas semanas y una noche me levanté con el dedo manchado con un poco de sangre seca. Le pregunté y me dijo que no se había dado cuenta. Me explicó que, posiblemente, fue un pequeño pinchazo que me hice la noche anterior cuando estuvimos de fiesta y habíamos bebido un poco.

—Mamá. Todo eso es muy extraño —dice Víctor.

—Yo, aquello no lo vi tan raro. A los pocos días, yo quería pasar unos días en la montaña y el no quería. Me ponía la excusa de que tenía cosas que hacer. Le dije que las podía hacer a la vuelta, tan solo eran unos días, y se negó. Aquel día discutimos por eso y yo decidí irme de casa. A las horas volví para intentar hablar con él tranquilamente y no estaba. Lo llamé por teléfono y no contestaba. Así estuve hasta el día siguiente que contestó. Ese

día me dijo que no podía hablar conmigo. Yo, al escuchar esa excusa, le contesté que no podíamos seguir de esa manera y me contestó que lo dejáramos.

Víctor escucha con detenimiento lo que le explica su madre.

—Mamá. Ya te dije que no me gustaba ese tío —dice él.

—Lo sé, hijo. Pero no me lo repitas, por favor —responde ella—. Me gustaría hablar contigo. Me dijo algo que no me gustó y, desde entonces, tengo miedo.

—La semana que viene no puedo, me voy unos días de descanso y vuelvo porque tengo un concierto en Barcelona. Si quieres, podemos vernos la siguiente semana.

—Vale, hijo. Hablamos antes para quedar y confirmarlo, ¿sí?

—Me parece bien. Me llamas unos días antes.

—Gracias, hijo. ¡Hasta pronto! Un beso.

—Adiós mamá y me alegro por ti. Un beso.

Víctor cuelga la llamada de su madre y se queda pensativo por lo que le ha dicho. "*¿Qué será eso que tiene que decirme y que tiene miedo?*", se pregunta.

Mira el reloj y observa que es casi la una de la tarde. Se levanta y va hacia la cocina; abre la nevera y advierte que la tiene casi vacía.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunta al ver la escasez.

Cierra la nevera y se dirige al comedor. Coge sus cosas y sale de casa. Llegando abajo, decide ir a comer una pizza y, de paso, comprar algo para la cena. Mientras camina por la calle hacia una pizzería cercana, ve que no hay mucha gente, tan solo personas que, posiblemente, se dirigen a sus casa después de una mañana de trabajo.

Recuerda, de nuevo, las palabras de su madre. Recuerda las veces que le advirtió sobre ese tío y se pregunta qué será eso que le da tanto miedo y que, posiblemente, él tenga algo que ver, al escuchar las palabras de su madre.

CAPÍTULO 26

Sabadell. Dos días después.

Julia se siente más feliz que meses atrás. Intenta arreglarse un poco más y piensa más a menudo en su compañero David.

Como cada lunes, Julia acostumbra a comenzar a trabajar un poco antes. Después del café matinal en la cafetería de la Jefatura, ha subido a su despacho para empezar a ordenar papeles de la semana anterior que le quedaron pendientes y mira el correo, para saber si hay algo nuevo.

Ha pasado un domingo de descanso en su casa, leyendo, escuchando música y ordenando, pero no ha dejado de pensar en David. Siente que lo echa de menos más de lo habitual.

Mientras continúa ordenando papeles en su despacho, no deja de pensar en él, deseando que llegue, para poder verlo y saludarlo. Se siente como una adolescente que se enamora por vez primera.

Tras ordenar el papeleo, comienza a pensar en el caso de las violaciones. Son tres las víctimas y continúan sin ninguna pista importante. "*¿Por qué esa relación del diablo y la música heavy?*", se pregunta.

Cierra el correo electrónico y pone el buscador: "*La música heavy y el diablo*", escribe en la casilla y teclea INTRO.

A continuación, se le abren decenas de artículos, que solo hacen referencia a la historia de grupos de *rock* y el significado de esos símbolos, pero no encuentra nada relacionado a casos de violación. Su intuición la lleva a continuar buscando esa extraña relación y escribe: "*El diablo en la música heavy*".

En ese momento, llaman a la puerta.

—¡Adelante! —contesta, sabiendo que es su compañero David.

La puerta se abre y aparece un sonriente David. A ella se le iluminan los ojos y se le dibuja una tierna sonrisa al verlo.

—¡Buenos días, Julia! —dice David, mientras se acerca a ella.

—¡Hola, David! Aquí estoy buscando información sobre esa curiosa relación de la música *heavy* y el diablo —dice ella.

David le da un cariñoso beso.

—¿Y has encontrado algo relevante? —pregunta.

—De momento, no —responde ella.

Julia mira el PC y le llama la atención el primer artículo que aparece: “*La música y el diablo, anecdotario del rock*”. Lo abre y comienza a leerlo, ante la mirada atenta de David.

Pasados unos minutos de silencio, en los que Julia ha leído el artículo, sonrío y gira la pantalla hacia su compañero, para facilitarle la lectura de lo que acababa de leer.

—Lee, David —le dice ella, sonriendo.

“El sonido del Diablo se ha vuelto un elemento característico del heavy metal. ¿Pero qué hace que el heavy metal suene diabólico? La respuesta es la nota del diablo: El tritón o el si bemol”.

Julia observa a David cómo lee el artículo.

—¡Bien! Pero eso no nos da ninguna pista referente al autor —dice él, tras leer el artículo.

—Lo sé, pero nos enseña la opción de investigar el otro lado de la música —contesta ella.

—No te entiendo, Julia —dice él, moviendo la cabeza negativamente.

—Han sido tres víctimas; dos en una misma población, pero las tres han sido violadas horas después de los conciertos. La tercera chica, Ariadna, fue violada muchas horas después en su ciudad porque, posiblemente, el autor no pudo llevarlo a cabo antes y lo hizo cuando tuvo ocasión. El autor no tiene por qué ser un seguidor. ¿Y si es un músico?

—Ya, pero esos datos no son seguros ni concluyentes. Si investigamos el otro lado, se abre mucho más el círculo —contesta él.

—Para eso necesito saber a fondo qué es esa nota. Búscame el teléfono del conservatorio de música; quiero saber cuál es esa *nota del diablo*. ¿Me haces el favor? —le dice Julia, sonriente.

—Claro que sí. Voy a mi despacho y busco el teléfono y pido cita con el responsable —dice él.

—¡Gracias, cielo! —responde Julia, sonriendo.

David sale del despacho de Julia para dirigirse al suyo. Julia, mientras, comienza a buscar en *internet* “*La nota del diablo*”, para ver si encuentra algo referente a esa nota. En pocos minutos llaman a su puerta.

—Pasa, pasa —dice ella, convencida de que es su compañero David.

—Julia, he llamado al conservatorio y, si quieres, podemos ir durante la mañana. Está el profesor de música antigua y él nos puede ayudar. Le tengo que confirmar que iremos —añade.

—Pues, no se hable más. ¡Vamos!

David sale ligero del despacho de Julia, para ir al suyo y confirmar la visita. Julia, por otro lado, recoge sus cosas, apaga el PC y se dirige a la puerta para reencontrarse con David.

Tras encontrarse en la puerta del despacho de David, los dos agentes bajan las escaleras al piso inferior y salen del edificio. Deciden ir en el coche de Julia, al tenerlo más cerca de la puerta. Tras salir del complejo policial, encaminan la vía principal hacia el centro de la ciudad.

Pasan un poco menos de 20 minutos de trayecto, entre calles céntricas de Sabadell, y llegan al conservatorio de música. El edificio parece un palacete del s.XIX. En su fachada, de tres plantas en color crema, se pueden observar varios balcones; entre ellos, una gran balconada central y su entrada, con una gran puerta flanqueada por dos grandes ventanales.

Tras aparcar en una calle cercana, Julia y David entran en el edificio. Se dirigen a información, que se encuentra a unos metros de la entrada.

—¡Buenos días! Somos policías del Departamento de Investigación de la Jefatura Superior. Mi nombre es Julia y él es David —dice Julia sonriente, a una señora de mediana edad que se encontraba en el pequeño habitáculo de información.

—¡Hola! —contesta amablemente la señora—. Sí, el profesor les está esperando. Ahora mismo lo llamo para que sepa que están aquí.

La señora coge el teléfono y hace una llamada.

—Ya pueden subir. El profesor les está esperando —les dice unos segundos después—. La primera planta a la izquierda. Ya verán que hay un pequeño cartel que pone “*Música antigua*”—añade, sonriente.

—¡Muchas gracias! —contesta David.

Julia y David suben las escaleras hacia la primera planta. Llegan y ven un gran vestíbulo rodeado de puertas, donde se pueden leer varios departamentos, aulas, entre otras. David localiza la puerta donde deben ir.

—Aquella es —dice a Julia, mientras le hace un gesto con la cabeza.

Se dirigen hacia el aula y, una vez delante, Julia llama suavemente a la puerta.

—¡Adelante! —se escucha una joven voz desde el otro lado.

Al abrir la puerta, Julia observa una pequeña aula, donde hay muy bien colocadas y ordenadas unas 10 sillas y sus mesas. Presidiendo esas sillas hay una gran mesa, donde está un joven mirando el PC y escribiendo. “*¡Qué joven!*”, piensa Julia al verlo.

—¡Buenos días! —dice el profesor.

—¡Buenos días, Profesor! Soy Julia y él es mi compañero David —contesta Julia, amablemente.

—Ya me han comentado. Soy Marc, responsable y profesor de música antigua. Me han comentado que desean información sobre la *nota del diablo*.

—¡Exacto! —dice Julia.

—¡Siéntense! —dice Marc, señalándoles las sillas.

Marc se levanta y coge otra silla y se sienta junto a ellos.

—Les voy a explicar lo principal y básico. Esa famosa nota, en verdad, no es una nota, sino dos notas que forman un intervalo musical, cuyo sonido es muy peculiar. En la Edad Media, fue prohibida porque el que la interpretaba era poseído por el diablo. Esto es lo que se decía. Esa persona poseída hacía cosas incestuosas.

Julia y David escuchaban la explicación del profesor atentamente.

—A estas notas o intervalo la llamaban *nota del diablo* o *Diábolus in música*. La prohibición acabo con la introducción del nuevo solfeo inventado por Guido d’Arezzo, que es el solfeo que conocemos hasta ahora. Desde

entonces, ese sonido llamado en la actualidad como *tritono*, fue introduciéndose paulatinamente en algunas obras, llegando a ser un sonido imprescindible en la música *heavy*.

Julia mira con asombro a David, al escuchar la explicación del joven profesor.

—¿Ha dicho que quien tocaba ese sonido hacía cosas incestuosas, supuestamente poseído por el diablo? —pregunta Julia, interesada por la explicación.

—Sí, se decía que robaban, tenían relaciones sexuales fuera del matrimonio y violaban, entre otras cosas.

A Julia se le dibuja una sonrisa y mira con los ojos muy abiertos a su compañero. Seguidamente, se levanta de la silla.

—No le molestamos más, Profesor. Su explicación nos ha ayudado bastante. Se lo agradecemos —dice Julia al profesor, mientras le extiende su mano.

—Ha sido un placer —responde el profesor con una sonrisa satisfactoria.

Julia y David se dirigen hacia la puerta, tras despedirse del profesor y salen del aula. Mientras bajan las escaleras, Julia muestra una gran sonrisa a David, por la buena pista que acaban de escuchar.

—¿Has escuchado, David? —pregunta Julia a su compañero.

—Sí, y sé por dónde vas a tirar la investigación —responde David.

—El violador es un músico.

—Puede ser. Pero músicos *heavy* hay muchos.

—Es verdad, pero recuerda que de los tres casos que hay, dos son de Terrassa. El autor es de Terrassa —dice Julia, sonriendo —creo que la explicación del profesor nos ha acercado al violador —añade.

Saliendo del edificio y tras despedirse de la mujer de información, Julia le da un cariñoso beso a David, muestra de su satisfacción y contenta por el giro que ha tomado la investigación.

CAPÍTULO 27

Terrassa. Horas después.

—Café, por favor —pide Víctor al camarero.

Durante la comida, Víctor no ha dejado de pensar en lo que le ha dicho su madre y se muestra preocupado. La pizzería está casi vacía, lo normal de un lunes a mediodía. Tan solo un par de mesas ocupadas. Víctor se encuentra sentado a una de las mesas de un rincón del local. El camarero le sirve el café y Víctor aprovecha para pedir la cuenta. Mientras comienza a bebérselo, escucha las noticias que programan en la televisión del canal local.

“Según las últimas informaciones del Departamento de Investigación, que es el que lleva el caso de las violaciones, el caso continúa abierto”. Dice la presentadora de los informativos. Seguidamente, pasan la conexión a la Jefatura Superior.

“Tenemos una información importante que nos acerca al violador —dice un joven portavoz de la policía—. Con esta información esperamos cerrar el caso en pocas semanas o días —añade”.

“Desde la Jefatura piden la colaboración ciudadana. Si han visto alguna persona en actitud extraña cerca del parque de Sant Jordi de Terrassa, que llame al teléfono de los mozos de escuadra. Conforme vayan apareciendo nuevas noticias iremos informando”.

Acaba diciendo la presentadora antes de dar paso a la sección de deportes.

Víctor se queda pensativo mirando el televisor, tras escuchar la noticia. *“¿De Terrassa?”*, piensa interiormente. Vuelve a recordar las últimas relaciones sexuales que ha mantenido y la casualidad de su coincidencia con los casos. Lo que le parece extraño es que no recuerda el acto en sí, solo la necesidad de realizarlo, de tener ganas de sexo y recuerda esa voz y esa extraña figura, que realmente se le aparece tan... tiene como unas lagunas en su cabeza, a las que no encuentra explicación.

"¿Cómo puede ser que haya gente que haga eso?", se vuelve a preguntar interiormente. Yo sería incapaz. Antes muerto, volviendo a recordar la mala coincidencia y rogando a Dios que no sea él.

Pensativo y sin pestañear, se sobresalta al escuchar el sonido de su teléfono. Víctor mira la pantalla y observa que su compañero y amigo Pol le está llamando.

—¡Hola, Pol! ¿Cómo estás? —dice, con voz pesada.

—¡Bien! ¿Tú, qué tal? Te iba a decir si querrías venir esta misma tarde a Barcelona. Me quieren vender una guitarra de segunda mano y prefiero que la pruebes antes de comprarla. Tú tienes más mano para eso que yo —dice Pol.

—¿A qué hora? —pregunta Víctor.

—A las siete y media he quedado con el chico; antes, imposible.

—Vale, Pol. ¿Vamos en tu coche o en el mío? —pregunta Víctor.

—Si quieres, vamos en el mío y, después, te traigo a casa. Esta noche ceno en casa de mi hermana. Te dejaría en tu casa y vuelvo.

—¡No! —exclama Víctor—. ¡Vaya tontería ir y volver! No te preocupes, envíame la dirección exacta y nos vemos en el sitio.

—Víctor, que de verdad no me molesta.

—No te preocupes. Así aprovecho y voy a visitar a un colega —le dice Víctor.

—*Ok*. Ahora te paso la dirección por *watsApp*. Nos vemos luego, compañero —dice Pol, con voz alegre.

—¡Perfecto! Hasta luego, Pol.

Víctor corta la llamada, le da el último sorbo al café, que ya estaba frío, se levanta y paga la comida en la barra. Sale de la pizzería. Mientras camina hacia su casa, que se encuentra a pocos minutos, piensa en lo que tiene que preparar para llevarse, los tres días que va a estar fuera de casa. Tenía pensado irse el fin de semana, pero adelanta la salida un día, debido al concierto que ofrecerán en Barcelona.

Tras varios minutos caminando, llega a su casa y, después de dejar sus cosas sobre el sofá, se dirige al dormitorio y comienza a mirar el armario.

—Creo que no necesito mucho para dos días y medio —dice, mientras comienza a sacar ropa del armario.

Después, saca una vieja maleta de tamaño pequeño y mete la ropa, una vez doblada; añade unos calcetines y algo de ropa interior. En ese momento, oye el sonido que proviene del móvil. Se va hacia el estudio, donde lo tiene cargando. Ve que le ha llegado un *whatsApp* de Pol donde le dice la dirección de Barcelona. Mira su reloj; tiene tiempo para hacer una siesta. Vuelve a su dormitorio y pone el despertador a las 17:30h. Seguidamente, se estira en la cama, quedándose dormido minutos después.

Sabadell. A la misma hora.

Después de comer juntos, David continúa su trabajo en la Jefatura. Mientras redacta unos informes que están pendientes de juicio, piensa en Julia, lo feliz que se ha sentido a su lado. No recuerda el tiempo que hacía que no se sentía así. Imagina un futuro con ella.

A ratos, recuerda el caso de las violaciones. Tras la entrevista con el profesor, siente que están cerca de cerrar el caso y, aún más, sabiendo la intuición de Julia en estos casos. Mira su reloj y ve que son las 16:00 h.

—¡Uf! —exclama, viendo la hora y el trabajo que tiene que hacer—. No sé dónde vamos a llegar —dice, sabiendo de los recortes que sufren, sumado al aumento de la delincuencia.

Continúa trabajando para acabar durante la tarde. Sabe que si no lo hace, llevará con retraso toda la faena, sin contar que no salga algún imprevisto en el caso del violador o salgan nuevos casos que investigar.

Vuelven a su mente sus sentimientos por Julia. Hasta ahora, era el típico soltero que ni se le pasaba por la cabeza iniciar una relación, y tras trabajar incesantemente con Julia, se le ha despertado el amor, cambiando su forma de pensar. Desea decírselo, pero teme el rechazo.

"Se lo debo decir", piensa, "el no ya lo tengo".

Se sobresalta al escuchar que llaman a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Julia —dice su compañera desde el otro lado.

—Pasa.

Julia entra sonriente al despacho de David. Se acerca hasta él y le da un cariñoso beso. David le corresponde con otro, a la vez que siente un cosquilleo en el estómago.

—He encontrado algo importante sobre el autor de las violaciones —le dice Julia, con una amplia sonrisa.

—¿De verdad?

—Sí. He mirado por *internet* qué grupos *heavy* actuaron en los conciertos anteriores a las violaciones. En todos ellos, han actuado dos grupos; uno por cada parte, pero solo hay uno que ha estado en todos. El grupo es de Terrassa, bastante conocido en este mundo y se llama “*The Metalls*”.

—¿*The Metalls*? —pregunta, asombrado por el descubrimiento de su compañera.

—Y lo mejor de esto, es que todos los integrantes de esta banda son de Terrassa, y uno de sus guitarristas coincide con la descripción de las víctimas.

—Pero... ¿y en todo Terrassa solo hay esta persona con esas características? —pregunta David, buscando algo más convincente.

—Los hay, pero recuerda que músicos de este género no abundan. Según lo que he encontrado en *internet*, hay pocos y tan solo dan alguna clase o algún que otro bolo.

—Puede ser. Pero no veo nada convincente esa pista. También puede ser cualquiera de los músicos de las otras bandas que, por lo que sea, se mueven por Terrassa y otras ciudades —dice David, intentando encontrar algo más.

—David. He buscado por *internet* música *heavy* con ese famoso “*tritono*”, y tan solo me han aparecido unas 15 canciones. He llamado a las chicas para preguntarles si recordaban algunas canciones que interpretaron en esos conciertos, y me han contestado que los repertorios eran muy diferentes, pero todos los conciertos han acabado con una canción titulada “*Harvester of Sorrow*”, muy famosa por su *solo* de guitarra y una de las que tienen ese “*tritono*”.

—*Ok*. Y seguro que esa canción la interpretaba el grupo local “*The metalls*”, ¿no? —le pregunta David.

—¡Exacto! Ese tema tiene el famoso “*Diábolus in música*”.

—Julia, cada vez me sorprendes más —dice David, sonriendo.

—Prepárate que este sábado nos vamos de concierto a Barcelona, a escuchar en directo a “*The Metalls*”, con su líder, Víctor, presunto violador.

David observa a su compañera cómo sonríe. Con estas comprobaciones y la intuición de Julia, sabe que tienen al violador de la música *heavy*.

CAPÍTULO 28

Barcelona. Horas después.

Son poco más de las siete de la tarde. Víctor espera en el lugar indicado por su compañero Pol. La calle está en el barrio de Ciutat Vella de Barcelona, cercana al Ayuntamiento. En la calle se encuentra algún comercio de souvenirs, alguna de alimentación y una de tatuajes. Se pueden ver, también, algunas prostitutas apoyadas junto a unos portales, a la espera de algún cliente falto de sexo.

Víctor divisa a su compañero Pol entre los transeúntes, que se acerca a paso ligero y esquivando a la gente.

—¡Hola, Víctor!

—¡Hola, Pol!

—Perdona, que el aparcamiento por la zona es complicado —dice Pol, jadeando.

—Tranquilo, acabo de llegar hace escasos cinco minutos.

Pol saca su teléfono y mira la pantalla.

—Voy a mirar qué piso era.

Víctor mira la calle, mientras su compañero revisa el teléfono.

—¡Vale! ¡Vamos!

Víctor se acerca al portal, junto a su compañero. Pol llama al timbre y una voz joven les indica que pueden subir. Pol empuja la puerta de madera, tras escuchar un sonido. Entran en el viejo edificio y observan el pequeño recibidor; la finca no dispone de ascensor, por lo que se dirigen a las escaleras que se encuentran, justo, delante.

Tras pocos minutos, llegan a la segunda planta y llaman a la puerta. Enseguida abre un joven bastante bien vestido.

—¡Hola! ¿Eres Luis? —pregunta Pol.

—Sí, sí. ¡Adelante!

El joven le da un apretón de manos y, seguidamente, hace lo mismo con Víctor.

—Él es Víctor, compañero de banda. Ha venido porque entiende más de guitarras que yo. Él será quien la va a probar y me dirá qué opina.

—Ningún problema.

Entran en el piso. La vivienda no tiene nada que ver con el viejo edificio. Puede verse un inmueble moderno, de diseño minimalista, donde abunda el color blanco. Tras pasar un largo pasillo en forma de ele, llegan al amplio comedor donde, en una de sus esquinas en un atril específico, reposa una bonita guitarra eléctrica de color rojo, junto a un gran amplificador.

El joven se acerca a ella seguido de Víctor y Pol. La coge y se la entrega a Víctor. Ante la atenta mirada de su compañero, Víctor comienza a ojear la guitarra. Mira sus cuerdas, su mástil, su cuerpo y toca cada una de sus cuerdas.

—Es una marca bastante buena —dice, mirando a su compañero.

—Me la compré hace un par de años para poder aprender, pero debido a mi trabajo no puedo dedicarme a ello. Me falta tiempo —dice el joven.

—Víctor, prueba cómo suena —le dice Pol.

Víctor enchufa la guitarra al enorme amplificador y comienza a afinar cada una de las cuerdas. Ya totalmente afinada, toca diversos acordes armónicos y melódicos.

—Suena muy bien.

Víctor continúa probando el instrumento por todos sus registros y con todas las técnicas posibles, mientras Pol lo mira atentamente.

—¿Por qué no tocas el tema principal de “*Harvester of Sorrow*”? —le propone Pol.

Víctor asiente con la cabeza a la petición de su compañero y comienza a tocar la melodía del famoso tema. Pol lo mira, junto al joven. Minutos después, termina la melodía. Pol y Luis comienzan a aplaudir espontáneamente.

—¡Qué bien tocas! —exclama el joven.

—¡Gracias! —responde Víctor, pausadamente.

—¿Eran 200 €? —pregunta Pol.

—Sí, incluida la funda y el cable —dice el joven.

—Vale la pena —dice Víctor, dejando la guitarra en el atril—. ¡Llévatela!

En ese momento, el joven se dirige a una de las habitaciones y sale con la funda en color negro. Coge la guitarra y la reposa en su lugar. Pol saca su cartera y saca unos cuantos billetes de 50 € y le entrega cuatro al joven.

Víctor observa inmóvil la escena. De pronto, comienza a sentir esa necesidad sexual. Vuelve a escuchar esa extraña voz que le susurra: "*hazlo, hazlo*". Con la mirada perdida en un punto del comedor, se le aparece esa rara figura con los ojos rojos, que lo mira fijamente.

—Víctor —le dice Pol.

—Sí, sí.

—¿Te pasa algo?

—Nada importante. Creo que me voy a ir. No me encuentro muy bien —le responde Víctor, mirando el mismo punto.

—Te acompaño o, si quieres, te llevo a casa.

—Tranquilo. Como tengo el coche un poco lejos, mientras voy caminando, posiblemente me ponga mejor. Si no, llamo a un amigo que no vive muy lejos de aquí y me voy a su casa hasta que me recupere.

—Vale. Llámame cuando llegues a tu casa —le dice Pol, preocupado.

Víctor asiente con la cabeza y se despide de los dos con un apretón de manos. Sale de la vivienda y baja las escaleras lentamente. Siente un leve dolor de cabeza y continúa escuchando ese murmullo. Llegando abajo, vuelve a ver la rara figura humana que, al pestañear, desaparece.

Sale del edificio y encamina la estrecha calle hacia el *parking* donde tiene el coche. En la calle, ya no se observa el bullicio de horas antes. Los pocos comercios comienzan a bajar la persiana, debido a la hora y, posiblemente, al poco movimiento de personas.

Terrassa. Minutos antes.

Carmen insiste, de nuevo, y vuelve a llamar al timbre.

—¿Quién es?

—Mario, soy Carmen. Abre, por favor. Necesitamos hablar.

En ese momento, se oye el sonido de apertura de la puerta. Carmen entra en el local. Una vez dentro, observa la oscuridad. Tan solo hay algunas velas encendidas y alguna luz roja. Al fondo, ve a una persona que parece ser Mario, pero le asusta su forma de vestir. El hombre se gira y confirma que es Mario. Va vestido de negro y lleva encima una capa con capucha.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Carmen, al ver la extraña escena.

—Nada —responde Mario, con voz plomiza y mirándole a los ojos fijamente.

Carmen comienza a mirar a su alrededor. Encima de la mesa hay una foto de su hijo Víctor. A cada lado de la imagen, hay colocadas unas velas negras y, delante, a pocos centímetros, una pequeña copa de cristal, con un poco de líquido rojo. También ve un libro abierto en uno de los lados y hojas con extraños símbolos y dibujos.

Al ver el escenario, Carmen no puede evitar la sensación de miedo. Recuerda algo parecido años atrás, cuando asistió a un ritual esotérico.

—¿Qué estás haciendo?... ¿qué es todo esto? —pregunta asustada.

—Lo sabrás muy pronto.

—¿Y esa foto de mi hijo Víctor? ¿Qué le vas a hacer? Lo que tú y yo tengamos no tiene nada que ver con mi hijo. Es culpa nuestra solamente.

—Llegas tarde. ¡Ya está hecho!

Mario coge un diario que tenía cerca y se lo tira al suelo. Carmen lo coge y lee una de las noticias referentes al violador *heavy*.

—Ya sé esas noticias, pero mi hijo no tiene nada que ver. Lo conoces y sabes que no es capaz.

—¡Acércate, Carmen!

Ella hace caso. Se acerca a la mesa y comienza a leer unos pequeños textos que parecen sermones. Carmen comienza a llorar al leer algunas palabras, entre ellas, *Diabolus in música* y el nombre de su hijo.

—¿Le estás haciendo un ritual a mi hijo? —pregunta sollozando.

—Llevo años queriendo ser el jefe y para serlo tenía que hacer esto. Tu hijo nunca me vio con buenos ojos. También es al que tenía más fácil para controlar, debido a su contacto con las *notas del diablo*. Sabía que no fallaría.

—Mi hijo no te ha hecho nada para que le hagas esto —le grita.

Carmen, llevada por el enfado, se abalanza sobre Mario, empujándolo hacia la mesa. Mario cae al suelo, tras golpear la mesa, haciendo caer todo lo que había sobre ella.

Carmen comienza a darle patadas en uno de los costados y se echa sobre él, pero Mario la empuja. Carmen cae de espalda y Mario la golpea salvajemente.

Ella intenta ponerse de pie, pero es inútil. Mario no deja de pegarle, a la vez que se ríe fuertemente, diciéndole que por su hijo, será un gran jefe supremo.

Retorciéndose de dolor, Carmen alcanza un candelabro de una pequeña repisa que había caído minutos antes. Lo coge y, aprovechando que Mario se gira levemente, le da un gran golpe en la cabeza. Mario cae sobre ella, pero se lo quita de encima, se incorpora como puede y, muy dolorida, no para de darle golpes y patadas. Aprovecha que Mario no se mueve y sale corriendo del local.

Una vez fuera, busca su teléfono, lo teclea rápidamente y, al ver que no le ha pasado nada, llama a la policía.

—Policía municipal, dígame —dice una joven voz.

—En la calle Maresme, número 6, acaban de hacer un ritual satánico y me han atacado.

—¿Su nombre?

—Carmen.

—Tranquila, vamos para allá ahora mismo.

Carmen corta la llamada. Le tiemblan las manos. Recordando lo que ha visto, piensa en su hijo y lo llama. Espera unos minutos y no recibe contestación. Llama a la casa y tampoco recibe respuesta. Comienza a llorar. Se sienta, a la espera de la policía, deseando que su hijo no se vea implicado en los casos de violación.

—Estos rituales no funcionan a día de hoy —susurra en voz baja, a la vez que unas lágrimas vuelven a aparecer.

CAPÍTULO 29

Barcelona, minutos después.

Víctor sigue caminando lentamente, con la mirada perdida, por la estrecha callejuela del barrio gótico. A lo lejos, ve una tienda de tatuajes que tiene la persiana medio bajada. Llega hasta ella y se agacha. En el cristal ve unos diseños y dentro advierte a una joven que parece estar recogiendo para cerrar.

Justo al lado de la joven ve al extraño hombre, con los ojos ensangrentados, y vuelve a escuchar ese susurro. La chica se va hacia dentro del local. Víctor coloca su mirada hacia donde se dirige la chica y sin pestañear, y lentamente, se introduce en el local.

Una vez dentro, ve de espaldas a una joven de figura espectacular, con una melena morena. En sus brazos pueden verse varios tatuajes entrelazados, que crean una obra de arte. Al lado de la joven está esa figura espectral que señala a la joven. Víctor fija su mirada en la joven y sin parpadear se abalanza sobre ella. La chica se da un fuerte golpe con la mesa que tiene a su lado, quedando inconsciente en el suelo.

Víctor se baja el pantalón y le sube la falda a la chica. Seguidamente, le baja la ropa interior y tras bajarse su slip, abusa de ella violentamente, ante la mirada espectral que parece tenerlo hipnotizado.

Han pasado casi veinte minutos y Víctor acaba la relación sexual. Se levanta, todavía con la vista fija y perdida en un punto del local. Se coloca bien la ropa y sale del local lentamente. Se agacha y mira hacia el interior, observando que la figura se desvanece. Se incorpora, mira a su alrededor y comienza a alejarse del local con la mirada fija hacia delante y sin mirar a su alrededor.

Tras caminar varios minutos por el barrio, sus ojos pestañean y comienza a jadear. Se siente cansado y acalorado. No sabe por qué está así. Recuerda esa

tienda de tatuajes y a una preciosa joven con la que deseaba tener sexo. "*¿Y mis ganas de sexo?*", se pregunta.

Mientras continúa caminando, piensa en la posibilidad de haber tenido ese encuentro sexual, debido al cansancio que siente y el calor. "*¿Y por qué no recuerdo nada?*".

A lo lejos, escucha el sonido de varias sirenas, sin darle la mínima importancia.

—Siempre pasa algo en este barrio.

Mira su reloj y observa que es muy tarde. Aligera el paso y ve que la entrada del *parking* la tiene cerca. Quiere descansar, pero antes debe preparar el concierto que ofrecen en unos días, en una conocida sala de la ciudad y cercana al lugar donde está.

Antes de entrar en el *parking*, saca su teléfono y ve una llamada perdida de su madre, que le hace recordar lo que le dijo. Se queda unos minutos pensando y guarda el teléfono.

"*Mañana la llamo. Espero que lo que me tenga que decir no sea nada malo*", se dice, mientras se pierde en el interior del *parking*.

Unas horas después.

Emma despierta y ve que está en un hospital.

—¿Emma? ¿Cómo te encuentras? —le pregunta un doctor.

—Me duele la cabeza.

—Eso es normal. Ahora, tranquilízate.

—¿Qué me ha pasado? —pregunta, llevándose la mano a la frente.

—Ya te lo explicaré. Ahora debes mejorarte y relajarte. Mañana vendrán de la policía para hacerte unas preguntas.

—¿La policía? No recuerdo nada. Tan solo un fuerte empujón y ya está.

—Ahora, descansa y duerme.

Emma hace lo que le pide el médico, se pone de lado y cierra los ojos para intentar dormir.

Sabadell. A la misma hora.

—¿Te gusta? —le pregunta David a Julia, tras darle una cucharada de su postre.

—Está muy bueno.

Después de una jornada agotadora de trabajo, los chicos han decidido salir a cenar a un conocido restaurante de la ciudad. Durante la cena, han intercambiado miradas, han hablado de sus vidas, pero ninguno de los dos ha dado el paso para mostrar sus sentimientos.

—Hay una cosa muy rara que no entiendo —dice David, frunciendo las cejas.

—¿Qué cosa?

—Según el profesor, quien tocaba esas famosas notas, quedaba poseído por el demonio.

—Sí, pero eso sucedía en la Edad Media.

—Ahora, ese sonido se toca mucho en la música *heavy*, pero veo raro que solo por interpretar esas notas, el interprete quede hipnotizado o abducido por el diablo. No hay ningún caso de estas características y hay muchos músicos *heavy*. Lo hemos comprobado.

—Tienes razón. Pero lo que sí se han dado, son casos de posesión, por rituales satánicos de grupos que se dedican a eso.

—Entonces, ¿quieres decir que hay algo satánico detrás de esas violaciones?

—Sí, David, es una posibilidad.

—Actúa con una total seguridad o abducido por un supuesto demonio, ¿no? —pregunta David, extrañado por el nuevo apunte del caso.

—¡Exacto! Lo sabremos cuando cojamos al presunto violador.

—¿Este sábado?

—Sí, este sábado iremos de concierto y, cuando termine, lo cogemos —dice Julia, sonriendo.

—¿Has encontrado alguna información de la banda?

—No. Tan solo algunos de sus conciertos y programa interpretado. No tiene página *web* ni figura en ninguna base de datos sobre grupos musicales. Tampoco figura como asociación o grupo en la *web* del Ayuntamiento de Terrassa.

En ese momento, David recibe una llamada de la Jefatura. Responde, ante la mirada atenta de Julia. En pocos minutos, deja su teléfono sobre la mesa y se acerca a ella.

—Me comentan de la Jefatura que ya tienen preparada la orden de detención del presunto violador —le dice David en voz baja, para no llamar la atención.

—¡Perfecto! —exclama ella con entusiasmo.

A continuación, Julia le explica el plan a seguir para la detención de Víctor. Para ello, tiene preparada una patrulla de mozos de escuadra, que vigilarán el interior del local, junto con otra que lo hará en el exterior, todos vestidos de paisano. Minutos antes de finalizar el concierto, Julia y David entrarán acompañados de los policías que están fuera y se reunirán con los de dentro. Una vez acabado el concierto y tras asegurar que Víctor está en el camerino, se dirigirán a su encuentro para detenerlo. Una vez bajo custodia, saldrán por una de las puertas de atrás, para no armar revuelo en la zona, donde les estará esperando un coche camuflado.

—¡Bien! Me parece genial —dice David.

Tras acabar el postre y los cafés, David se levanta, seguido por Julia, y se dirige a la barra del restaurante. Julia corre tras él, interponiéndose entre él y el camarero.

—Pago yo —dice Julia.

Salen del restaurante y Julia se agarra de forma espontánea al brazo de David, que la mira cariñosamente. Julia se siente cada vez más atraída y segura a su lado.

—David, tengo muchas ganas de acabar este caso. Me tiene agotada.

—Seguro que este fin de semana cerramos.

Tras caminar unos minutos, llegan hasta sus coches. Se acercan los dos y se dan un fuerte abrazo, del que Julia no desearía soltarse. Él le da un cariñoso beso en la mejilla y ella, sonriente, le corresponde con otro igual.

—Hasta mañana, Julia.

—Hasta mañana, cielo —contesta Julia.

Él le sonríe y se separa de ella para dirigirse a su coche, ante la mirada tierna de ella.

CAPÍTULO 30

Terrassa. La madrugada del día siguiente.

—¡Policía! —grita con voz potente un joven, a la vez que golpea la puerta.

Mario se levanta del suelo, sobresaltado por los gritos y los golpes. Se siente dolorido. Mira su reloj y ve que es la una de la madrugada. Se dirige a la puerta, la abre y entran cuatro policías municipales.

—¿Es usted Mario Pol? —pregunta uno de los agentes.

—Sí, soy yo. ¿Algún problema?

—Nos tiene que acompañar a comisaría. Está detenido por violencia y celebración de rituales satánicos ilegales.

—Eso no puede ser.

—Eso lo dirá cuando declare ante el juez.

El policía le coloca las esposas y sale acompañado de tres de los policías. El otro agente comienza a fotografiar la escena y el local.

Al salir, se encuentra con Carmen, acompañada de otro policía que, al verlo, gira la cabeza. Mario es introducido en uno de los coches patrulla y, seguidamente, salen hacia comisaría. Durante el transcurso del trayecto, Mario no dice palabra y se muestra tranquilo, aunque algo dolorido todavía.

Llegan a la comisaría tras poco más de 10 minutos de carrera, durante la cual, Mario no ha pestañado ni hablado. Entran en el edificio y un policía lo acompaña a una pequeña estancia, donde tan solo hay una pequeña mesa y cuatro sillas.

—Siéntese y espere unos minutos —le dice el policía.

El agente abandona la sala y lo deja solo.

—Carmen, me lo vas a pagar y tu hijo también —murmura.

Minutos después, que se le hacen eternos, Mario siente que se abre la puerta y observa que entran dos agentes, seguidos por Carmen.

Uno de los policías se coloca junto a Mario y, el otro, le invita a sentarse en una de las sillas. Mario mira desafiante a Carmen.

—¿Este es el hombre que la agredió y que realizaba supuestos rituales? — pregunta el policía que tenía Mario a su lado.

—Sí, es él —contesta Carmen, con voz temblorosa.

—Esta mujer se equivoca; ni la conozco —dice Mario.

En ese momento, Carmen saca su cartera y extrae de ella una foto, donde están los dos juntos, y se la muestra al policía.

—Mientes —dice ella.

El policía que estaba junto a Carmen se levanta y le indica que abandone la sala. Mario la observa desafiante.

—Ya es tarde —dice Mario.

—¿Tarde el qué? —le pregunta Carmen, comenzando a alterarse.

El agente que la acompaña la coge y la saca suavemente de la sala, al ver que se pone nerviosa. La puerta se cierra y Mario se queda con el otro policía, que le indica que será ingresado en prisión preventiva, hasta que se celebre el juicio rápido en unos días.

Mario se levanta, después de que el policía le indicara que debía acompañarlo. Salen de la sala y ve que Carmen se dirige a la puerta de salida cabizbaja y mirando su móvil, mientras él es conducido a otra sala.

Carmen sale de la comisaría y llama a su hijo Víctor. Tras la señal de tono, espera que suene el teléfono un rato. Se preocupa, al ver que no obtiene respuesta de su hijo. Espera que esté bien y el motivo de esa no respuesta, sea solo porque está dormido.

Tras caminar unos minutos hacia su casa, escucha el sonido de su teléfono. Corriendo lo saca del bolso y advierte con una leve sonrisa que es Víctor.

—¡Hijo! ¿Dónde estás? —pregunta preocupada.

—Mamá, estoy en casa. Estaba durmiendo y me has despertado. ¿Sabes que es casi la una de la madrugada?

—Estaba preocupada por ti. No sé nada desde ayer tarde.

—Ayer tarde estuve por Barcelona con Pol y llegué por la noche cansado y me fui directo a la cama —le dice Víctor, con voz plúmbea.

—Han detenido a Mario. Ya te explicaré lo que me ha pasado cuando nos veamos. Lo que he visto y me ha dicho no me ha gustado y me ha asustado.

—Si quieres nos vemos por la mañana. ¿Te va bien sobre las 11h?

—Vale, hijo. A esa hora voy para tu casa.

—Bien. Así, de esa manera, me da tiempo de ducharme, tomar el café y leer la prensa.

—Vale. Hasta mañana, hijo.

Tras despedirse de su madre, cuelga la llamada y deja el teléfono sobre la mesita de noche, se tapa, entrando en pocos minutos en un profundo sueño.

Horas más tarde.

El sonido ensordecedor del despertador despierta a Víctor. De un golpe lo apaga, lo mira y ve que son las 8 de la mañana. Se incorpora, sentándose en el filo de la cama, mientras comienza a estirarse.

Tras ducharse y vestirse, se dirige a la cocina, coge un vaso y lo llena de leche. Se va hacia el comedor, enciende la tele y tras una noticia sobre la política nacional, la periodista da la noticia del violador *heavy*.

“Posible nueva violación en el caso del violador heavy. Anoche, una joven fue violada en Barcelona, en su establecimiento, momentos antes de cerrar. Según la narración de la víctima, podría ser el mismo autor de las anteriores violaciones. La joven no ha dado ninguna característica del autor, debido a que fue empujada por la espalda, pero no recuerda más. El departamento que lleva el caso tiene en su custodia las imágenes de una de las cámaras de la calle, donde puede verse a un hombre entrar y salir del establecimiento a esa hora. El departamento ha declarado secreto el sumario, debido a que están a punto de detenerlo”.

En ese momento, en la televisión muestran las imágenes de Víctor entrando y saliendo del establecimiento. Víctor se queda inmóvil y deja caer el vaso de leche que llevaba. Comienza a sentirse nervioso, al verse en las imágenes y saber que esa mala casualidad de sus actos con las violaciones, es en verdad una cruda y macabra realidad.

Sabadell. A la misma hora.

Julia deja su chaqueta en el perchero y se sienta delante de su ordenador. Como cada día, abre su correo y lo mira. Le llama la atención dos de la decena de mensajes que tiene en la bandeja de entrada. Uno de ellos es sobre la detención de un hombre en Terrassa por violencia de género y artífice de posibles rituales satánicos. Otro, es sobre la violación en el centro de Barcelona, de la cual Julia ya está enterada desde la noche anterior.

Al verlos, Julia abre el primero. Tras imprimirlo, lo lee y, según explica el texto, ha sido detenido y llevado a prisión preventiva un hombre de mediana edad, por agredir a su expareja y pertenecer y realizar supuestos rituales satánicos, en un local clandestino en Terrassa. El otro email le confirma la apertura del secreto del sumario y la publicación de las imágenes en los medios de comunicación para prevención y ayuda ciudadana.

Asombrada por el caso de unos supuestos rituales satánicos, piensa en una posible relación de las violaciones con el diablo, tal como sucedía en la Edad Media.

—No es posible —dice pensativa.

En ese momento, coge el teléfono y llama a la comisaría de la policía municipal.

—Policía municipal, ¡dígame! —pregunta una voz grave.

—¡Buenos días! Soy Julia, del Departamento Superior de Investigación de los mozos de escuadra. Necesito toda la información sobre el caso del hombre que ha sido detenido por supuestos rituales satánicos. Es importante.

—Ningún problema, Sra. Julia. En un momento le paso la declaración y las fotografías del lugar y de algunos objetos.

—¡Perfecto! —exclama Julia.

Cuelga la llamada y enseguida llama a la comisaría de Ciutat Vella de la policía municipal.

—¡Buenos días! —dice un joven policía, por su jovial voz.

—¡Buenos días! Soy Julia, de la Jefatura de los mozos de escuadra. Necesito toda la información sobre la violación de la chica en el barrio gótico.

—Ahora le envío toda la información y la declaración de la chica. También le informo que estamos procediendo al traspaso del caso a su departamento, viendo la similitud de éste con los anteriores sucedidos en Terrassa.

—¡Muy bien! ¡Muchas gracias!

Cuelga y observa que ya le ha llegado el email de la comisaría de Terrassa con ficheros adjuntos. Abre el email y ve que contiene varias fotos. Clica sobre una, donde puede verse sobre una mesa varios papeles y una fotografía de un joven de melena y tez delgada. Se queda unos segundos pensativa y, seguidamente, escribe en el buscador “*The metalls imágenes*”. Aparecen decenas de imágenes de la banda y de rostros.

—¡Dios mío! —susurra.

Una de las imágenes es un rostro de un joven muy parecido al de la fotografía recibida minutos antes. La amplía y abre la otra página. Mira las dos fotos. Abre sus archivos y busca en las imágenes guardadas la foto de la cámara de seguridad del barrio gótico. Observa con detenimiento las tres fotografías y confirma que son la misma persona. A Julia comienza a acelerársele el corazón.

—¿Es él?

Clica el enlace de la fotografía buscada en *internet* y se le abre una ventana de un portal de músicos *heavy* y debajo de la fotografía puede leerse: “*Víctor B. Guitarrista y voz de The metalls*”. Julia se queda asombrada y rápidamente llama a su compañero David.

—¡David, ven rápido!

Cuelga y mientras observa detenidamente las fotografías, David llama y entra en el despacho.

—¡Lo tenemos! —dice, sonriendo.

—¿Cómo?

—Mira estas fotografías —dice Julia, girando suavemente la pantalla del ordenador. David mira las imágenes, ante la mirada sonriente de Julia.

—Prepara la detención, que vamos ahora a su casa.

David sale corriendo del despacho, mientras ella se dispone a avisar a las patrullas para su detención. Minutos después de avisar a los agentes, llama al

Ayuntamiento para localizar la dirección de Víctor.

—¡Te tenemos! —dice antes de marcar.

CAPÍTULO 31

Terrassa. Minutos después.

Víctor comienza a hacerse preguntas y continúa inmóvil delante del televisor. "*¿Por qué no recuerdo esos momentos?*" "*¿Por qué esa voz y esa extraña figura diabólica?*", se pregunta, recordando las veces que supuestamente hacía el amor con esas jóvenes, pensando que disfrutaban los dos.

—Soy incapaz de hacer eso. Esto es cosa de esa figura que se apoderaba de mí y ahora entiendo esas lagunas mentales —susurra, mientras se le escapan unas lágrimas.

Tras un rato metido en esos pensamientos, coge el móvil que antes había dejado sobre la mesa y busca el contacto de su madre.

"Mamá: Ya te habrás enterado y no merezco perdón. Solo deseo decirte que te quiero y siempre te he querido. Espero que me perdones si te he hecho daño. Y si así ha sido, lo he hecho por ti, porque te quiero. Un beso mamá. Víctor".

Tras escribir este mensaje a su madre, busca el contacto de su amigo y compañero Pol.

"Pol, no puedo continuar con vosotros. Ya sabrás lo que ha pasado. Ha sido demasiado lo sucedido y voy a dejar de tocar para siempre. Un abrazo para todos y en especial para ti, amigo. Víctor".

Con este mensaje, se despide de la que ha sido durante muchos años su familia y su casi hermano. Por su cabeza continúan sucediendo cosas y no puede dejar de pensar en esas chicas a las que les ha roto parte de su vida, a algunas, y toda la vida, a otra.

Deja el móvil donde estaba y se dirige a la cocina lentamente, con la mirada fija y los ojos vidriosos. Coge un cuchillo con una gran hoja y se va hacia su estudio.

—Voy a acabar contigo —murmulla.

Ya en su estudio, deja el cuchillo sobre una silla y coge un papel, en el cual comienza a escribir con letras grandes:

"Soy Víctor. Pido perdón a las chicas a quienes he destrozado la vida y a sus familias. No se lo merecían y deseo que algún día me perdonen. Así, de esta manera, acabaré con la bestia que lo hizo y me iré al infierno con él. Con la música viví y con la música he de morir. Víctor B".

Deja la nota sobre la mesa del ordenador, coge una de sus guitarras y se la coloca. Seguidamente, coge el cuchillo, se va hacia la puerta y la cierra lentamente.

Sabadell. Horas después.

Julia está nerviosa. Le falta la confirmación del juez para poder detener a Víctor. Mira el teléfono y son casi las 10:00 de la mañana. Han pasado dos horas desde que la envió y no tiene respuesta. Se mueve de un lado para otro del despacho, a paso ligero. Tiene todo preparado. Las tres patrullas que irán con ellos les esperan en la salida del recinto.

—¡Julia! —dice David, entrando rápidamente en el despacho.

—¿La tienes?

—¡Sí, vámonos!

Suena el teléfono y Julia suelta un gruñido.

—¿Quién coño es, ahora?

David coge la llamada.

—¡Julia! Llaman de la policía. Me comentan que la última chica que ha sido violada está ingresada en el hospital del Mar de Barcelona.

—Diles que iré a interrogarla durante el día —dice, soltando seguidamente un suspiro.

David contesta al policía que está al aparato y enseguida cuelga.

—Una vez detenido, podemos hacer el interrogatorio y la rueda de reconocimiento.

—Vale, Julia.

Salen rápidamente del despacho y bajan las escaleras como si fueran a apagar un fuego. Fuera del edificio, se van hacia el coche de ella, saca una sirena y la coloca sobre el techo del vehículo. Comienza la marcha hacia la puerta de salida del recinto y observa que los tres coches de patrulla la esperan preparados. Se abre la valla y comienzan a salir rápidamente en dirección a Terrassa, con el sonido ensordecedor de las sirenas de los coches.

Terrassa. Minutos después.

Carmen camina ligeramente e intranquila hacia la casa de Víctor. No sabe qué es lo que le puede haber influido a su hijo el ritual que le ha hecho Mario. A cada paso que da, menos aire nota. Se ahoga y decide ralentizar el paso. Mira su reloj y son apenas las 10:30. Su cansancio y la edad hacen de las suyas y decide parar y descansar. Observa que hay un bar cerca y se dirige hacia él para tomar un cortado.

—Voy bien de tiempo —murmulla.

Entra en el bar, donde ve una pequeña barra en el lado derecho y tres pequeñas mesas en el lado izquierdo, todo de estilo viejo. Se sienta en la primera mesa nada más entrar y enseguida se le acerca una mujer oriental.

—¿Qué desea?

—Un cortado, por favor, con la leche templada si puede ser.

En ese momento, suena su móvil y se mueve sobresaltada. Lo saca del bolso y ve que le está llamando Pol.

—¡Qué raro! —susurra.

—¡Hola, Pol, dime! ¡Qué de tiempo sin hablar contigo!

—¡Hola, Carmen! ¿Cómo estás?

—Preocupada y nerviosa.

—¿Sabes algo de Víctor? Me ha mandado un mensaje, despidiéndose de nosotros y no me ha gustado. Algo malo le ha pasado —dice preocupado Pol.

Carmen siente cómo el corazón se le acelera, hasta el punto de que parece que le va a explotar. Sabe que algo no va bien.

—He hablado esta madrugada con él y he quedado a las once para explicarle una cosa que me tiene preocupada. Ahora voy para su casa. ¿Y qué

le ha pasado?

—No sé. Pero el mensaje dice que deja la banda y de tocar. Me ha sorprendido. Lo he llamado y no contesta ni en casa ni el móvil.

—Pues ahora lo llamo yo y le digo que voy para allá. A ver si contesta.

—¡Déjalo! Voy a su casa, nos vemos allí y hablamos con él para saber qué le ha pasado. En unos quince minutos estoy allí. ¡Hasta ahora!

Pol cuelga la llamada sin dar tiempo a Carmen para que se despida. Su corazón late como si fuera a salirse. Al guardar el móvil, mira que no tenga algún mensaje y ve que tiene uno de su hijo. Le comienzan a temblar las manos. Se lamenta, al ver que el mensaje lo había enviado hace menos de media hora y lo ha visto ahora. Lo abre y comienza a leer.

"Mamá: Ya te habrás enterado y no merezco perdón. Solo deseo decirte que te quiero y siempre te he querido. Espero que me perdones si te he hecho daño. Y si así ha sido, lo he hecho por ti, porque te quiero. Un beso mamá. Víctor".

Carmen se levanta sin beberse el cortado que minutos antes le había servido la misma señora que le atendió. Se va hacia la barra y lo paga. Sale del local y comienza a caminar lo más rápido que su edad le permite.

Su preocupación va en aumento al leer el mensaje de Víctor.

—Se ha despedido de mí —murmulla, a la vez que comienza a sollozar—. Algo no va bien y seguro que Mario tiene algo que ver —susurra, mientras se dirige a casa de Víctor.

CAPÍTULO 32

Veinte minutos después.

El alboroto en el barrio es espectacular. La calle está cortada por la policía municipal. Delante del edificio se encuentran tres coches de los mozos de escuadra, junto a uno de camuflaje y delante del portal del edificio donde vive Víctor, se encuentran seis agentes armados, a la espera de la orden para poder entrar.

Cada vez hay más gente que se acerca al lugar, llamados por la curiosidad y se preguntan qué es lo que ha pasado. En el edificio, pueden verse los vecinos asomados a sus ventanas, mirando el espectacular despliegue policial de la calle.

Julia y David salen del coche, abren el maletero y comienzan a ponerse unos guantes de color negro. Cierran fuertemente la puerta del maletero y se dirigen hacia el portal donde los esperan los agentes.

Se paran un momento. Julia mira a David y se sonríe.

—¡Ya es nuestro! —dice sonriente.

—Ya estamos preparados —advierde uno de los mozos, casi inaudible, por el casco que lleva puesto.

—¡Adelante!

Julia hace una señal con la cabeza y los agentes comienzan a entrar en el edificio. Julia y David los siguen. Los vecinos de la zona miran con perplejidad la escena.

En pocos minutos, llegan al piso de Víctor. Julia les hace una señal de espera, hasta que estén colocados y preparados. Tras otra señal de Julia, uno de los agentes llama al timbre. Esperan unos minutos y vuelve a llamar, mientras los otros agentes se mantienen en silencio.

Al no tener respuesta, comienza a llamar en la puerta de suave a fuerte, al ver que continúan sin respuesta de Víctor.

—¡Abra la puerta! ¡Somos los mozos de escuadra! —grita el agente.

Tras varios intentos golpeando fuertemente la puerta y gritando a Víctor, Julia ordena la entrada forzada al inmueble. Otro de los agentes abre una especie de maleta metálica y de ella saca una maza. Los otros agentes se apartan y comienza a dar unos fuertes golpes en la parte de la cerradura. Después de varios golpes, consiguen abrir la puerta. Julia ordena esperar, a ver si Víctor sale, alertado por el fuerte sonido de los martillazos. Esperan unos minutos con la puerta abierta unos centímetros, pero no hay señal de Víctor. Julia mira David, que observa con detenimiento todo lo que sucede. Ella hace una señal de entrada y los mozos de escuadra empiezan a entrar rápidamente en el piso. Tras ellos, lo hacen Julia y David.

Entran en el comedor y registran habitación por habitación, hasta llegar al estudio. Julia observa con detenimiento el comedor, hurga en los papeles que hay sobre el mueble y observa que la televisión está encendida y que en el suelo hay leche y un vaso roto. En ese momento, David se acerca y le hace unas fotos. De fondo, se escuchan los pasos de los agentes por el piso.

—Localizado —grita uno de ellos.

Julia y David corren hacia ellos y ven que están en la puerta de una de las habitaciones. Llegan hasta allí y Julia se lleva una mano a la boca, para evitar vomitar, debido a lo que ven sus ojos. Se gira y ve a David perplejo. Él la mira y hace una señal de negación con la cabeza.

—Llegamos tarde —le dice él.

Ante sus ojos, está Víctor inerte, pálido y ensangrentado. Está sentado en una silla. Su cabeza cae hacia atrás y sus brazos están caídos. De su cuerpo está colgada una de sus guitarras. Tiene varios cortes en cada una de sus muñecas y un gran corte en el cuello, del que todavía sale un hilo de sangre, que llena el suelo y en el charco puede verse un cuchillo.

—¡Dios mío! —dice Julia—, este hombre estaba en Premià de Mar, lo recuerdo —añade.

David comienza a mirar el estudio y observa una nota sobre la mesa de ordenador. Se acerca y ve que es de Víctor.

—Julia —le dice, a la vez que le muestra la nota.

Julia se acerca, la coge y comienza a leer:

"Soy Víctor. Pido perdón a las chicas a quienes he destrozado la vida y a sus familias. No se lo merecían y deseo que algún día me perdonen. Así, de esta manera, acabaré con la bestia que lo hizo y me iré al infierno con él. Con la música viví y con la música he de morir. Víctor B".

Se le escapan unas lágrimas al leer la nota de Víctor. Se le encoge el corazón, al ver que pide perdón y hace referencia al demonio.

—¿Qué lo ha llevado a esto? ¿Quién? Según la nota, sabía que no era él, sino el diablo y pide perdón. Ese perdón dice que, posiblemente, no lo hacía conscientemente.

—¿Crees que estaba poseído por el diablo? —pregunta David.

—Posiblemente.

En ese momento, Julia coge el teléfono y llama al juez para el levantamiento del cadáver.

Fuera del edificio, en ese momento.

Pol llega a la calle donde vive Víctor. Mira con asombro el despliegue policial y su preocupación aparece al ver los coches de los mozos delante del portal donde vive Víctor. Se dirige hacia unos de los policías que se encuentra en la zona acordonada. Pasa entre algunas personas que se preguntan qué es lo que habrá sucedido en ese edificio.

—¡Pol!

Se para y se gira al escuchar su nombre y ve que es Carmen que se dirige hacia él llorando.

—¡A mi hijo le ha pasado algo! Mira todo esto.

Pol la abraza fuertemente, intentando mantener la calma ante la situación.

—Tranquila, Carmen.

La coge del brazo y se dirigen hacia el policía. Llegan hasta el agente y les dice que no pueden pasar.

—Mi hijo vive en ese edificio y no sé nada de él desde esta madrugada. Por favor, déjenos pasar o, al menos, dígame si mi hijo está bien.

—¿En qué piso vive su hijo?

—En el 3º-2ª y se llama Víctor.

El policía, sin decir palabra, se acerca al otro policía, le dice unas palabras en voz baja y se va hacia el portal, para entrar en el bloque. Pol mira con atención, mientras intenta calmar a Carmen. La espera se le hace eterna. Solo desea que llegue el policía y le digan que su hijo está bien y que estaba dormido, pero comentarios de algunas personas que dicen "*hay un joven que se ha quitado la vida*" le llevan a perder esa calma que intenta mantener.

Tras esperar unos largos minutos, el policía con el que ha hablado se acerca a ellos, acompañado de un joven.

—¡Buenos días! Mi nombre es David. Subjefe del Departamento de Investigación y Criminología Superior de los mozos de escuadra.

—¿Qué le ha pasado a mi hijo? —dice Carmen, llorando.

—¿Cómo se llama su hijo?

—Víctor y vive en el 3º-2ª —contesta Pol, al ver que Carmen no puede hablar compungida.

David saca el móvil y llama a Julia. Pol lo mira atento y vuelve a mirar a Carmen, que no puede reprimir las lágrimas presagiando lo peor. Los que allí se encuentran los miran con ojos de pena y asombro.

—¡Acompáñenme!

El policía levanta levemente la cinta y Pol con Carmen agarrada a su brazo, siguen a David hasta el edificio, ante la mirada de los que están en la zona. Entran en el edificio. David les indica que se paren antes de subir. En ese momento, entran dos chicas jóvenes.

—¡Hola, somos psicólogas!

—¡Perfecto! ¿Les ha llamado Julia?

—¡Sí!

—Por favor, esta mujer y este hombre van a necesitar su ayuda —les dice David con voz tranquilizadora y acariciando la espalda de Carmen.

Pol continúa manteniendo la calma, pero siente que no va a poder. Recuerda el mensaje que Víctor le envió despidiéndose y presagia el peor final para su mejor amigo.

—¿Qué le ha pasado a Víctor? —pregunta serenamente Pol.

Hay un corto silencio. Pol mira a David.

—Víctor se ha quitado la vida —dice David, seriamente.

Pol, al escuchar esa maldita frase, comienza a llorar. No acaba de creer lo que está sucediendo. Abraza a Carmen, ante la mirada atenta de las psicólogas. Su mejor amigo ha muerto y de la peor forma que se puede imaginar.

—¿Qué es lo que se le habrá pasado por la cabeza? ¿Por qué lo ha hecho? —son algunas de las preguntas que hace, mientras abraza fuerte a Carmen.

Tras varios minutos, en los cuales Pol y Carmen están abrazados y las psicólogas haciendo su trabajo, ante la mirada de David, Carmen se separa unos instantes de Pol y se dirige a él.

—Quiero ver a mi hijo.

—Es muy desagradable. No le aconsejo que lo vea, señora Carmen.

—Es mi hijo y quiero verlo. Hace mucho tiempo que no lo veía y hoy venía a reunirme con él —continúa hablando Carmen, sin dejar de sollozar.

Pol le hace una señal de suplica a David. Tras la mala noticia, Pol intenta volver a calmarse. No quiere derrumbarse ante la madre de su mejor amigo.

—Lo que ustedes quieran, pero les vuelvo a decir que no es nada agradable.

Pol y Carmen siguen a David hacia el tercer piso, seguidos por las psicólogas. Mientras caminan, nadie habla. Tan solo se escucha el llanto de Carmen que, enseguida, es calmado por algún abrazo de Pol y alguna palabra de tranquilidad de las psicólogas.

Llegan al piso donde Pol puede ver en la entrada dos agentes custodiando la puerta. Observa que David se adelanta y se dirige hacia ellos. Enseguida hace una señal para que entren en el piso.

Pol continúa sujetando a Carmen y manteniendo la calma. Siguen a David. Algunos policías se encuentran en las habitaciones, registrando objetos y casi llegando al comedor, observa a una joven en la puerta del estudio de su amigo. Se paran al llegar hasta ella, que les corta el paso para continuar y David se dirige a otra de las habitaciones del inmueble.

—¡Hola! Soy Julia. ¿Usted es Carmen y usted Pol? —pregunta con voz suave.

—Sí.

Tras contestar a Julia, Pol comienza a sentir de nuevo los nervios y a perder esa calma ante lo que va a ver. Se pregunta si no es mejor quedarse con la buena imagen de su amigo, que verlo en un estado no muy agradable.

—Lo siento mucho, Carmen. Le aconsejo no entrar a ver el cuerpo de su hijo. No desearía que ustedes se quedaran con una imagen desagradable de Víctor.

Pol mira a Carmen con los ojos vidriosos.

—No entremos, Carmen. Vamos a quedarnos con lo mejor de Víctor.

Carmen le hace una señal de negación con la cabeza.

—Quiero saber qué es lo que le han hecho a mi hijo. Él se ha quitado la vida, pero no era su vida sino otra que estaba dentro de él. Por eso quiero verlo.

Pol traga saliva y decide entrar primero. Se separa de Carmen, que es ayudada por las psicólogas. Siente la caricia de Julia que lo acompaña al estudio. Se acerca a la puerta y mira hacia el interior. Se le pone un nudo en la garganta y traga saliva. Los ojos se le humedecen al ver lo que están mirando. Su mejor amigo acababa con su vida, con su pasión que era la música, y lo deja demostrado con la guitarra colgada a su cuerpo y confirmando que el último mensaje era su despedida.

Sale de inmediato, al no poder estar ante esa escena dantesca. Sollozando, se acerca a Carmen y se abraza a ella.

—Carmen, no entres, te lo pido por favor. ¡Quédate con la imagen de tu hijo en vida, por favor!

Las psicólogas le muestran ayuda a través de palabras y abrazos. Pol mira a Carmen, que se dirige hacia la puerta del estudio. Julia llama a una de las psicólogas. Abraza a Carmen y mira hacia el estudio, ante la mirada triste de Pol.

Carmen cae de rodillas ante lo que ve. La psicóloga se agacha y la abraza. Pol se acerca a ella, junto a la otra especialista y se abraza a Carmen, que se derrumba ante el cuerpo sin vida de su hijo, rodeado de un gran charco de sangre.

—¡¡¡Hijo!!!

En ese momento, sale David alertado por el grito de Carmen. Pol se levanta y mira a David que se acerca a Julia. Observa que los dos jóvenes investigadores tienen los ojos vidriosos y David traga saliva mientras los observa.

—¡Vámonos, Carmen!

Pol la levanta y es ayudado por las psicólogas. Observa que David está hablando con Julia y, seguidamente, se dirige a ellos tras recibir las llaves de un coche.

—¡Vamos! —dice David.

Pol agarra con fuerza a Carmen, que está destrozada y no puede mantenerse en pie. Con la ayuda de las psicólogas salen del piso y bajan lentamente las escaleras. Salen del edificio ante la mirada asombrada de los que allí se encuentran. Pol escucha las indicaciones de David, que los invita a seguirlos hasta el coche.

—¡Acompañenme!

Se dirigen al coche de Julia. David les abre una puerta y les invita a subir. Una vez dentro, David se despide de las dos jóvenes psicólogas y se mete en el automóvil. En pocos segundos, salen de la zona para dirigirse a un lugar más tranquilo, ante la mirada atónita de la gente congregada.

CAPÍTULO 33

Tres días después.

La brisa primaveral acaricia la piel de la veintena de personas que le daban el último adiós a Víctor, en un funeral emotivo en el cementerio de las Rocas Blancas. Rodeado de árboles y vegetación, reposa el cuerpo del malogrado músico.

Todos los asistentes comienzan a marcharse. En pocos minutos, se quedan Pol y Carmen ante la tumba de Víctor. Miran la gran lápida de mármol blanco del suelo y donde justo abajo yace su amigo e hijo, en la gran piedra puede leerse: “*Víctor B.: Que la música te acompañe*” y debajo de esta frase, la fecha. A su alrededor, hay colocadas varias coronas florales; en una de ellas se puede leer: “*Nunca te olvidaré. Tu madre*” y “*Siempre estarás con nosotros. Tu amigo Pol*”, en otra.

—¿Me llevas a casa de Víctor? —pregunta Carmen, con voz cansada.

—Claro que sí.

Carmen se agarra al brazo del que fue el mejor amigo de su hijo y salen del cementerio, dejando atrás el lugar de reposo de su hijo. Llegan al coche y en unos minutos salen hacia Terrassa.

Durante el trayecto, ha predominado el silencio. Carmen está cansada. Han sido tres días de citas con los mozos de escuadra, donde ha declarado por el tema de las violaciones de su hijo y sobre la denuncia de Mario. Ha conocido a las víctimas de su hijo y les ha pedido perdón en su nombre y en el suyo propio, mostrándoles la nota dejada minutos antes de quitarse la vida. Aunque está cansada, siente alivio por el perdón concedido por esas chicas y sus familiares a su hijo. Saben que ha sido todo fruto de una inexplicable posesión diabólica y que Víctor actuaba bajo los efectos de esa posesión, de la que Mario es culpable y que lo pagará con años de cárcel, según la sentencia.

Llegan al bloque donde vivía Víctor y Pol para el coche.

—Pol, desearía estar sola en este momento. Perdona que no te deje subir.

—No te preocupes, Carmen. ¡No faltaba más! —le dice Pol, acariciándole los hombros.

Salen del coche y se funden en un cariñoso abrazo que dura varios minutos. Por la calle, todavía se ve gente que se para delante del edificio, después de saber lo ocurrido y miran hacia arriba con tristeza.

Se separan y Carmen se despide de Pol con un beso. Éste se sube en el coche y reanuda la marcha hacia su domicilio. Carmen se dirige al bloque y entra, mientras es observada por algún vecino.

Carmen llega a la puerta del inmueble de su hijo, jadeante por las escaleras. Se para unos minutos para descansar y saca la llave de su bolso. Entra en el piso y el corazón comienza a latirle más rápido. El silencio se mezcla con sus pasos. Conforme se acerca al estudio, más se le acelera el corazón. Se pone delante y abre la puerta. Ya limpio de señales, lo mira. Observa la guitarra que tantos éxitos le dio a su hijo y con la que tanto disfrutó. Lo recuerda tocando alguna de esas peculiares melodías y no puede evitar emocionarse. Entra en el estudio y se sienta en una de las sillas. Las lágrimas hacen aparición y se queda en silencio. En ese silencio, parece que oye el sonido de la voz de su hijo y la guitarra.

—Hijo, descansa en paz. Tienes el perdón de esa chicas. Yo no tengo que perdonarte nada, porque sé que no lo hacías tú. Sí te voy a pedir que me perdones por lo que te he podido hacer y lo que te hice. Y, desde donde estés, cuida de mí. Yo siempre te llevaré conmigo, hasta el reencuentro allí arriba. Descansa en paz, hijo.

Carmen susurra estas palabras para su hijo, con la mirada puesta hacia arriba. Se seca las lágrimas que corren por sus mejillas y se levanta de la silla. Sale del estudio y, tras cerrar la puerta, se va del piso en busca de descanso.

Pol espera en un bar cercano a su casa a los compañeros de la banda. Al día siguiente, tienen un concierto en Barcelona y como homenaje a su compañero decide no anularlo. Se le escapan algunas lágrimas recordando los momentos

vividos con Víctor y ahora entiende esos cambios de estado de su amigo después de los conciertos, y que tanto le preocupaban a él.

Se ha enterado por la prensa que todo ha sido por unos rituales satánicos, con la mezcla de la música *heavy* y una venganza. Se enfada con él mismo por no haber podido ayudar antes a su compañero; de haberlo hecho, tal vez no hubiera terminado de esa manera.

En ese momento, es llamado por uno de los compañeros que entraba en el bar. Se sientan junto a él. Sus caras muestran tristeza por la situación que están pasando.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dice uno de ellos, intentado no emocionarse.

—No vamos a anular el concierto de mañana. Víctor no nos querría ver desanimados. Vamos a hacer del concierto un homenaje a Víctor. Era nuestro líder y seguirá con nosotros en cada concierto que hagamos.

Los otros componentes asienten firmemente la decisión de Pol. Alguno no puede reprimir alguna lágrima que se seca con la mano.

Tras varios minutos hablando sobre el concierto, sobre los buenos momentos vividos juntos con Víctor, se levantan y abandonan el bar. Ya fuera del local, se despiden con unos emotivos abrazos y se separan, para dirigirse cada uno a su próximo destino. Pol se queda solo. La calle está llena de personas. La brisa choca en su cara. Mira hacia arriba y comienza a susurrar:

—Descansa en paz, amigo mío. Allá donde la banda vaya, allá estarás, dándonos fuerza para continuar adelante. Seguro que es lo que hubieras querido. No te voy a olvidar.

Se seca unas lágrimas y comienza a caminar con el pensamiento puesto en un nuevo futuro para el grupo.

Jefatura de los mozos de escuadra en Sabadell. Horas después.

Julia trabaja en el cierre del caso de las violaciones, tras el interrogatorio tres días antes a Mario, ex pareja de la madre de Víctor. En el acto, declara que hizo un ritual satánico, donde necesitaba de esas *notas del diablo* para la

posesión del cuerpo, y aprovechando que Víctor conocía e interpretaba esas notas, decidió usarlo para la posesión y vengarse de Carmen.

En el informe, se le acusa de agresión por violencia de género y tentativa de asesinato, además de efectuar ciertos rituales, entre otras cosas. El fiscal pide treinta años de cárcel, sin fianza, y continúa en prisión preventiva hasta la salida del juicio.

Julia acaba de redactar el final del caso y tras escribir “Investigación cerrada a la espera de juicio”, se abre la puerta de su despacho.

—¡Buenos días, Julia! —dice David, sonriendo.

—¡Hola! Pasa. Estaba acabando de redactar el caso de Víctor.

David se acerca a ella y le da un beso cariñoso.

—¿Cómo estás?

—Bien. Ya estoy acostumbrada a casos así; pero, la verdad, éste me ha dejado descolocada.

—¿Por qué?

—Todavía me pregunto cómo puede haber casos de posesión satánica en el siglo que estamos. Víctor me ha dado pena, después de saber lo que le ha sucedido —dice, agachando la cabeza.

—La verdad es que sí.

David le acaricia una de las piernas.

—Víctor ha sido la primera víctima. Por eso siento pena por él.

—En este mundo, siempre habrá casos que salgan de lo normal. Espero que, como éste, no vuelvan a suceder.

David le da un cariñoso abrazo, viendo que Julia comienza a emocionarse.

—¡Venga! —dice David, para sobreponerla de la situación—. ¿Qué te parece si vamos a comer y nos cogemos la tarde libre?

—Pues, sí. Nos la merecemos.

Julia se levanta y apaga el ordenador. Ordena los papeles y coge sus cosas. Salen del despacho y van hacia las escaleras. Julia se para antes de bajar y coge a David del brazo.

—¿Te apetece ir de concierto de música *heavy* mañana? Le hacen un homenaje al malogrado Víctor.

—¡Uf! No sé... no me acaba de convencer esa clase de música.

—Es que había pensado en salir esta misma tarde para la montaña y pasar un bonito fin de semana, y me encantaría hacerlo contigo.

A Julia se le dibuja una tímida sonrisa. Siente ese cosquilleo en su estomago. Su compañero la mira tiernamente, mientras piensa en lo que le ha dicho. En ese momento, David la coge de la cintura y se la acerca a centímetros de él.

—¿Cómo no me va a apetecer? —le dice sonriente.

Julia siente el cuerpo de David pegado a ella. Su cara a escasos centímetros, llegando a sentir su aliento. Ahí mismo, David acerca sus labios a los de ella, fundiéndose los dos en un abrazo y sensual beso.

FIN